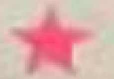


MENTES INHUMANAS

TRES QUE CAPTURAR

ERIC FRANK RUSSELL



NOVELA DE CIENCIA - FICCION



ERIC FRANK RUSSELL

Tres que capturar

Traducción de Jesús Silanes Larrosa

Cenit

Sinopsis

Wade Harper nació con una mente singular que le separaba de las demás gentes por conocerlas demasiado.

Pero cuando los seres desconocidos de Venus se apoderaron de los cuerpos muertos de tres terrestres introduciendo su mente en los mismos, es cuando Wade Harper se ve acosado por la policía y por los seres de aquel planeta.

Una nueva obra de Eric Frank Russell amena y emocionante.

Título Original: *Three to Conquer*

Traductor: Silanes Larrosa, Jesús

Colección: Ciencia Ficción, 35

ISBN: 5705547533428

Generado con: QualityEbook v0.62

TRES QUE CAPTURAR

I - LA VOZ INTERIOR

ERA un hombre de poca estatura, anchísimas espaldas, velludas manos y pobladas cejas. Wade Harper mantenía su atención fija en la carretera mientras conducía su coche hacia el peligro a sesenta millas por hora.

Era el 1° de abril de 1980, «un día como otro cualquiera», pensó maliciosamente. Disponían de tres carreteras cambiables en Los Angeles, Chicago y Nueva York; también tenían seis herméticas estaciones en la Luna. Pero, exceptuando los motores colocados en la parte posterior y el combustible a base de alcohol lubricado, los coches se diferenciaban muy poco de los de treinta años atrás.

Durante los anteriores diez años se había hablado muchísimo de helicópteros fabricados en serie a dos mil dólares cada uno. Pero de esto a la realidad, la distancia era enorme. Tal vez fuera mejor así, considerando la probable mortalidad que se alcanzaría cuando los borrachos, locos del volante e insensatos; se lanzaran a los cielos en loca carrera suicida.

Durante los mismos diez años se habían estado publicando artículos científicos dedicados al vulgo pronosticando la próxima llegada del hombre a las desconocidas tierras de Marte. Pero de esto, tampoco, se había realizado nada en definitiva.

El hilo de sus pensamientos fue roto cuando una voz desconocida vibró dentro de su peculiar mente diciendo:

—¡Ay... qué dolor! ¡Oh, Dios mío... qué dolor!

La carretera era ancha, recta y espesamente cubierta de árboles a ambos lados. El único vehículo que tenía a la vista era un pesado camión aljibe que avanzaba perezosamente remontando una cuesta a unas dos millas al frente. Una mirada al espejo retrovisor le confirmó que no tenía detrás ningún otro vehículo. El achaparrado

individuo no demostró sorpresa alguna al comprobarlo.

—¡Qué dolor! —repetía la voz, debilitándose rápidamente—. ¡No me dejaron oportunidad de defenderme!

El macizo individuo fue reduciendo la velocidad de su coche hasta que la aguja de su cuentakilómetros descendió a menos de veinte. Efectuó una hábil maniobra con el volante y dio la vuelta al coche llevándolo hacia un camino lleno de baches y polvoriento que se introducía en el bosque. Se metió por él, sabiendo que la voz provenía de aquella dirección.

En las primeras quinientas yardas se encontró con dos pronunciadas curvas, una a la derecha y otra a la izquierda. Junto a la segunda, bloqueándola por completo, se hallaba detenido un coche, que paralizaba la circulación. Él recién llegado dio un súbito frenazo y desvió su coche a un lado del camino para evitar el encontronazo.

Salió del mismo, dejando la portezuela abierta; permaneció un momento quieto y escuchó con su mente, más bien que con sus oídos.

—Betty… —susurraba la condolida voz—. Tres hombres me hirieron en el vientre. Todo está oscuro. Ato puedo levantarme. Se lo tengo que decir a Forst. ¿Dónde estás, Forst?

Dando media vuelta, el macizo individuo corrió velozmente a lo largo del margen del camino, descendió un pequeño ribazo y encontró al hombre en la zanja. No se detuvo junto a él más que unos pocos segundos. Remontando el ribazo con agilidad llegó hasta su coche y recogió un frasco que luego llevó hasta el herido.

Levantando la cabeza del otro, Harper vertió entre los pálidos labios un poco de whisky. No le preguntó nada, no le dijo nada para animarle o reconfortarle. Manteniéndole la cabeza apoyada en su brazo, trataba sólo de mantener aquel hilo de vida que estaba debilitando por momentos. Y mientras lo hacía, escuchaba, pero no por medio de sus oídos.

—Un hombre alto y rubio —murmuraba la mente del moribundo, desde una gran distancia— disparó contra mí… salieron otros… y me apartaron del camino, Betty, me estoy…

El flujo de palabras mental se desvaneció. Harper bajó la cabeza del otro, examinándolo cuidadosamente, pero sin tocarlo. Era indudable que había muerto. Tomó nota del número de la placa,

fijada en la guerrera del cadáver.

Dejando el cuerpo en la zanja se fue hasta el coche detenido en el camino y ocupó el asiento del conductor. Encontró un micrófono de mano y lo cogió, empezando a manipular con diversos dispositivos.

—¡Atención! —llamaba, probando una especie de palanca—. ¡Atención!

Inmediatamente le contestó una voz:

—Puesto de la Policía del Estado. Sargento Forst al habla.

—Me llamo Wade Harper. ¿Me oye?

—Aquí Puesto de Policía —repitió la voz algo impaciente—. Al habla Forst.

Evidentemente, Forst no le podía oír. Harper probó otra vez, ajustando la palanca a un nivel diferente.

—¡Oiga! ¿Me oye?

—Sí, ¿qué le pasa?

—Llamo desde el Coche Patrulla Diecisiete. Uno de sus policías está muerto en una zanja cercana a mí. —Le informó del número de la placa.

Una pausa angustiosa y luego:

—Se trata de Bob Alderson. ¿Dónde se encuentra usted ahora?

Harper le informó detalladamente de su situación y añadió:

—Ha recibido dos impactos, uno en el vientre y otro en el cuello. Debe haber ocurrido hace poco porque estaba todavía vivo cuando llegué junto a él. Murió en mis brazos.

—¿Dijo algo?

—Sí, que lo hizo un hombre alto y rubio. Habían otros con él… pero no dijo cuántos ni los describió.

—¿Iban en coche?

—No lo dijo, pero puede apostar a que sí.

—Quédese en donde está, señor Harper. Ahora mismo vamos.

Se oyó un fuerte chasquido y una nueva voz a continuación, que dijo:

—Coche nueve, Lee y Bates. Escuchamos la conversación, sargento, y vamos hacia allí. Estamos a dos millas.

Harper dejó el micrófono y se volvió al ribazo, quedándose contemplando el cadáver. Esta noche alguien llamada Betty sufriría una terrible emoción.

Al cabo de unos pocos minutos se oyó el ruido de pesadas ruedas al rodar por la carretera principal; un coche apareció en el polvoriento camino. Harper remontó el ribazo e hizo señas al conductor para que se detuviera, por temor de que chocara contra el obstáculo que bloqueaba el paso. Dos policías del Estado emergieron del coche precipitadamente. Un gesto de amargura se denotaba en sus rostros…

Se metieron en la zanja, salieron en seguida y uno de ellos dijo:

—Está muerto. Algún canalla lo va a sentir de veras.

—Así lo espero —dijo Harper. El más alto de los dos le examinó con curiosidad y le preguntó:

—¿Cómo es que le encontró en este lugar apartado de la carretera?

Harper estaba preparado para la pregunta. Desde su infancia, había estado practicando el arte de disimular. Ya a los nueve años había aprendido que ciertas formas de saber las cosas pueden ocasionar resentimientos en los demás.

—Tuve necesidad de hacer aguas y me encontré con este coche plantado en el camino. Al principio creí que a alguien más le ocurría lo mismo; luego oí sus gemidos y me acerqué a la zanja.

—Quinientas yardas son muchas yardas sólo para eso —observó el más alto—. Cincuenta hubieran bastado, ¿verdad?

—Posiblemente.

—Si el camino no hubiera estado bloqueado, ¿hasta dónde habría llegado usted?

—No lo sé —repuso Harper encogiéndose de hombres con gesto de indiferencia—. A todos nos gusta buscar el lugar que nos llama más la atención y entonces nos detenemos ahí, ¿verdad?

—No lo puedo afirmar —contestó el policía.

El otro policía intervino entonces, diciendo:

—Déjalo, Bert. Ledsom estará aquí dentro de unos minutos. Déjale a él llevar este asunto; para eso se le paga.

Burt lanzó un gruñido y los dos agentes empezaron a buscar posibles indicios. En poco tiempo descubrieron huellas recientes de ruedas a unas veinte yardas más arriba del camino. Poco después hallaron un casquillo y lo estaban examinando cuando llegaron tres coches más.

Un hombre portador de un maletín se metió en la zanja, subió al

cabo de un breve momento y dijo con rostro sombrío:

—Dos balazos, calibre aproximado al 32. Los dos mortales de necesidad. No hay necesidad de chamuscamiento en la piel. Se le disparó desde unas pocas yardas. Las balas no están en su cuerpo.

Otro, con las insignias de capitán, se dirigió a los dos policías más próximos a él.

—Aquí está la ambulancia. Sáquenlo de ahí —Y a otros varios—. Ustedes busquen esas balas. Es preciso que las encontremos. —Y encarándose con Les y Bates, les ordenó—: Pongan unas tablas sobre esas huellas de ruedas; nos pueden servir de mucho. Vean si pueden hallar el otro casquillo y también busquen la pistola; es posible que el asesino la haya arrojado por algún sitio.

Se acercó a Harper.

—Soy el capitán Ledsom. Fue muy inteligente por su parte el valerse de la radio de Alderson para ponerse en contacto con nosotros.

—Me pareció que era lo lógico.

—La gente no hace siempre lo que es lógico, especialmente si no siente deseos de verse, mezclada en cosas como estas —repuso Ledsom estudiándole con fría autoridad—. ¿Cómo descubrió a Alderson?

—Llegué hasta aquí impulsado por una necesidad fisiológica… y me lo encontré ahí.

—¿Se adentró bastante, eh?

—El caso es que en un camino tan estrecho como este uno procura encontrar un sitio en donde luego pueda dar la vuelta a su coche para volver atrás.

—Sí, me parece que es así.

Pareció quedar satisfecho con la explicación, pero Harper podía leer claramente el interior de su mente. Sospechaba de todo el mundo a cincuenta millas a la redonda.

—¿Qué dijo exactamente Alderson antes de morir?

—Murmuró algo sobre Betty y…

—Su esposa —le interrumpió Ledsom, frunciendo el ceño—. Detesto mi deber de tener que informarla de esto.

—Mencionó a un individuo alto y rubio que disparó contra él y a otros que lo arrojaron a la zanja. No dio más detalles, desgraciadamente; estaba en sus últimos momentos y su mente se

iba debilitando rápidamente.

—Es terrible —dijo Ledsom, al mismo tiempo que desviaba su atención hacia un policía que se acercaba a él—. ¿Y bien?

—Capitán, las huellas demuestran que un coche seguido por Alderson dio la vuelta aquí. El coche se detuvo a un lado. Alderson frenó detrás del mismo, pero en medio del camino. Salió de su coche y se encaminó hacia el primero y entonces fue derribado a tiros. Fueron dos hombres al menos quienes le recogieron y arrojaron a la zanja. —Presentó el otro casquillo y señalando un lugar dijo—: Lo encontramos allí.

—Automática calibre 32 —dijo Ledsom, estudiando el pequeño cartucho metálico—. ¿Hay algún indicio que demuestre que el coche de Alderson fuera apartado a un lado y luego vuelto a dejar en su posición anterior?

—No.

—Entonces deben marchado hacia adelante, ya que no podía salir por aquí con ese coche atascado en medio del camino—. Quedó en actitud pensativa un momento y luego prosiguió—: Este camino se interna diecisiete millas en el bosque, formando un recodo y vuelve a salir a la carretera principal a unas diez millas más arriba.

—Se necesitarían al menos veinte minutos para recorrer diecisiete, millas por un camino como éste —se aventuró a decir Harper—. Aunque lleven el coche a la máxima velocidad que les permita el terreno, no pueden hallarse todavía muy lejos.

—Sí, lo sé. Llamaré a los muchachos para que establezcan puntos de bloqueo en la carretera. También registraremos este camino de cabo a rabo. Está casi exclusivamente al servicio de los madereros. Si esos canallas están familiarizados con él, nos demostrará que trabajan o trabajaron alguna vez para Las madererías. Estudiaremos más tarde este aspecto de la cuestión.

Ledsom penetró en su coche y habló un rato al micrófono. Luego salió y dijo:

—Ya está resuelto. Muy pronto quedarán establecidos los bloqueos. El sheriff local está en camino hacia aquí con cuatro hombres. —recorrió con mirada curiosa el bosque que los rodeaba —. Nos van a servir de mucha ayuda. Los fugitivos pueden haber optado por abandonar el coche y continuar la marcha a pie… en

cuyo caso necesitaremos un ejército para registrar esta zona boscosa.

—¿Puedo cooperar en algo? —preguntó Harper.

Ledsom se lo quedó contemplando por tercera vez, cuidadosamente, con mirada escrutadora, mientras su mente pensaba:

A algún granuja se le podría ocurrir que sería una prueba irrefutable de su inocencia el simple hecho de meter su cabeza en la misma boca del león. Me gustaría saber más cosas de este tipo. Todo lo que sabemos hasta ahora es lo que él nos ha contado.

—¿Y bien? —apremió Harper.

—Si encontráramos el arma homicida tendríamos una buena pista en que basarnos —indicó Ledsom, sin darle énfasis al aserto—. Y para conseguirlo, no debemos dejar perder ninguna posibilidad, por remota que parezca. —Y entonces sus ojos se clavaron intensamente en los de Harper y su voz se volvió punzante, autoritaria—. Por lo tanto, señor Harper, tenemos que registrarle a usted y a su coche.

—Naturalmente —replicó Harper con diáfana indiferencia.

Diagnóstico equivocado —decidió la mente de Ledsom—. Está limpio de culpa. De todas formas, lo registraremos.

Registraron el coche de arriba a abajo y luego cachearon a Harper, ocupándole una diminuta pistola automática de color azulado en su bolsillo derecho. Ledsom empuñó nerviosamente la pistola, extrajo el cargador y lo examinó, mientras sus cejas se arqueaban con sorpresa.

—¡Recórcholis! ¿Qué es esto? Veinte cartuchos en el cargador con balines del tamaño de cabezas de cerillas. ¿Dónde la consiguió?

—Me la hice yo mismo. Hasta una distancia de cincuenta yardas, es muy eficaz.

—Me lo imagino. ¿Tiene permiso?

—Sí. —Harper sacó un documento de un bolsillo y lo entregó al policía.

Ledsom le echó una ojeada y su rostro denotó aun mayor sorpresa.

—¿Es usted Agente Federal?

—No, capitán. El F.B.I. me dio ese papel por razones de su incumbencia. Si a usted le interesa saber cuáles son esas razones,

tendrá que preguntárselas a ellos.

—No es asunto mío —repuso Ledsom, un poco chasqueado, volviendo la pistola y el permiso—. De todas formas, ese juguete no es el arma que andamos buscando. ¿Vio u oyó algo sospechoso antes de encontrar a Alderson?

—No, nada.

—¿El ruido del motor de un coche, por ejemplo?

—No oí ningún ruido.

—¿No oyó el estampido de disparos antes de llegar?

—No.

—¡Hum! —Ledsom se mostraba disgustado—. Entonces debía hacer al menos dos o tres minutos que se habían marchado. Usted es un testigo importante y deseamos su información al respecto en nuestra oficina. Lamento tener que causarle más molestias, pero...

—Es para mí un placer el poder prestar mi colaboración —le interrumpió Harper.

Ledsom nombró dos patrullas para que exploraran el meandro y luego regresó al Puesto de Policía. Al llegar a su oficina se dejó caer en un sillón y exhaló un largo suspiro.

—Es un deber odioso. Todavía se lo tengo que decir a su mujer. Y el caso es que no hace mucho que se casaron. Dios sabe cómo se lo tomará —Suspiró de nuevo y extrajo un formulario oficial de un cajón—. Tendré que llenarlo yo mismo, puesto que todos los muchachos están de servicio. ¿Lleva usted su documento de identidad, señor Harper?

Harper se lo entregó.

Rezaba:

WADE HARPER - MICROMINITURIZADOR.

—¡Que me zurzan! —exclamó Ledsom parpadeando—. ¿Qué clase de bicho es ése?

—Soy microdiseñador. Fabrico instrumentos quirúrgicos tan diminutos que pueden ser empleados para operar a un bacilo.

—¡Oh, no me venga ahora con esas! —protestó Ledsom—. Nadie tiene la suficiente vista para verlos.

—Se puede hacer mediante un poderoso microscopio.

—Cada año están inventando algo nuevo —se maravilló Ledsom —. Pero eso no es posible.

—No es nada nuevo —aseguró Harper—. Empezó en 1899, con

un holandés llamado doctor Schouten. Desde entonces, el único avance técnico importante ha sido efectuado gracias al micromanipulador neumático de Fonbrune. También yo realicé variaciones en ese aparato.

—Debe estar continuamente ocupado —dijo Ledsom, preguntándose cuánta gente estaría interesada en la disección de gérmenes.

—Voy saliendo del paso. No hay más que un par de docenas de microinventores competentes en todo el mundo. La demanda y la oferta están al mismo nivel.

—¿De modo que en el F.B.I. piensan que es usted imprescindible, verdad?

—Está usted haciéndose conjeturas —señaló Harper.

—¿Asunto de guerra bacteriológica tal vez?

—Sigue haciéndose conjeturas.

—Muy bien; sé cuándo debo preocuparme de mis propios asuntos.

Ledsom se puso o rellenar el formulario, anotando el nombre del testigo, dirección y ocupación, seguido de un informe al dictado de lo ocurrido y cuando terminó la pasó al otro para que lo leyera y firmara.

Una vez Harper se hubo marchado, Ledsom cogió el teléfono y efectuó una conferencia. Acababa justamente de hablar cuando el sargento Forst entró en su oficina y le miró con curiosidad.

—¿Algún problema, capitán?

—Ese Harper me contó una historia fantástica. Por eso llamé a la policía de la ciudad en la que tiene su residencia para ver si tiene antecedentes.

—¿Los tiene?

—Sí.

—¡Repámpanos! —exclamó Forst, provocando la caída de un par de libros de la mesa del capitán al lanzarse precipitadamente hacia la puerta—. ¡Voy a avisar que lo detengan!

—No —Ledsom parecía pensativo—. La policía de su ciudad le manda besos y abrazos. Les ha ayudado a resolver varios casos difíciles y ha derribado a tiros a tres delincuentes en defensa propia.

—¿Es acaso algún detective privado?

—Nada de eso. Dicen que tiene la costumbre de meterse de

narices en lo que todo el mundo anda buscando. Dicen que lo ha hecho varias veces y que es un tipo muy misterioso —Buscó una teoría satisfactoria, la encontró al parecer y terminó—: Creo que lo hace por capricho.

Si el sujeto de esta conversación se hubiera hallado a menos de media milla de distancia se hubiera enterado de ella y estaría sonriendo.

Harper, llevando su coche a buena velocidad por la carretera principal, pasó tres puestos de control sin incidente alguno. Su mente trabajaba mientras él conducía. Si un coche perseguido —opinaba— se introducía en una bocacalle, se podría apostar cincuenta contra uno a que el conductor se decidiría a torcer hacia su propio lado, en vez de atravesar la calzada.

Puesto que el camino que se introducía en el bosque estaba en alguna parte hacia adelante de Harper y al otro lado de la carretera, a su izquierda, era muy probable que Alderson y el coche perseguido hubieran llegado de la dirección opuesta, o sea, hacia él.

Miró a su reloj. Eran las seis y media. Había encontrado a Alderson a las cuatro y diez, hacía algo más de dos horas. Durante ese tiempo los asesinos podrían haber recorrido cerca de cien millas, si es que continuaron su huida sin interrupción. Probablemente la policía habría ya establecido puestos de control a mayor distancia que ésa; posiblemente habrían dado la alarma general en varios Estados.

Pero no serviría de mucho, puesto que no se poseía una adecuada descripción de los fugitivos y ninguna en absoluto de su coche. «Un hombre alto y rubio» no era pista suficiente en qué basarse.

Recorrió unas cuantas millas hasta qué vio una estación de servicio al otro lado, el lado que, según su teoría, Alderson y los asesinos debían haber utilizado. Cruzó la carretera y se detuvo junto a las bombas. Dos empleados se le acercaron.

—Estaban ustedes aquí alrededor de las cuatro?

Ambos asintieron.

—¿Vieron un coche-patrulla conducido por un policía llamado Alderson? Era el coche Diecisiete.

—Conozco a Bob Alderson —contestó uno de ellos—. Esta mañana estuvo aquí un par de veces.

—¿Lo vio entre las tres y las cuatro.

—No —Se quedó pensativo un momento—. Pero si estuvo a esa hora, yo no le vi.

—Yo tampoco —afirmó el otro.

Sus mentes demostraban que estaban diciendo la verdad; Harper lo sabía con absoluta precisión. Por lo que a él atañía, no había necesidad de que abrieran, la boca para hablar.

—¿Hay alguien más que pueda haberlo visto a esa hora?

—Sólo Satterwaite. ¿Quiere que se lo pregunte?

—Me haría un favor.

El empleado desapareció tras la estación. Para Harper significaba lo mismo. Los pedía oír mentalmente, aunque sus voces estuvieran fuera del alcance de sus oídos.

—Eh, Satty, aquí hay un señor que pregunta si viste a Bob Alderson hace dos o tres horas.

—*No, no lo vi.*

Volvió junto a Harper.

—No, señor. Satty no lo vio.

—¿Hay alguien fuera de servicio que estuviera aquí a esa hora?

—No, señor—. El empleado demostraba cierta curiosidad—. ¿Quiere que le diga a Bob que usted le anda buscando, si se presenta por aquí?

—No se presentará aquí... nunca más —dijo Harper.

—¿Qué quiere usted decir?

—Algún miserable disparó contra él. Está muerto.

—¡Cielos! —exclamó el empleado, tornándose lívido.

—La policía no tardará mucho en venir aquí a hacerles preguntas por el estilo—. Harper miró hacia la carretera—. ¿Saben de algún sitio en que Alderson acostumbraba a detenerse durante sus horas de servicio?

—Acostumbraba a tomar café a menudo en el «Star Café».

—¿Dónde está?

—En la encrucijada, cuatro millas más adelante.

—Gracias.

Puso en marcha su coche, imprimiéndole buena velocidad. Dos millas de recorrido y encontró otra estación de servicio, esta vez a su derecha. Deteniéndose junto a la misma, les hizo las mismas preguntas.

—Si, lo vi —contestó un individuo joven de cabello rizado lacónicamente—. No recuerdo exactamente la hora, pero debe hacer cosa de tres horas.

—¿Perseguía a alguien?

El otro reflexionó un momento y dijo:

—Sí, ahora que pienso creo que era así.

—¿Qué sucedió?

—Uno de esos endemoniados Thunderbugs, de color gris, pasó por aquí como una exhalación, y Bob le seguía detrás a una media milla de distancia… y parecía que tenía mucha prisa también.

—¿Pero no está seguro de que estaba persiguiendo al Thunderbug?

—Entonces no lo pensé así. La mayor parte de los coches que pasan por aquí se desplazan a gran velocidad… pero ahora que me lo menciona usted, creo que podía estar persiguiéndolo.

—¿Se dio usted cuenta de quién iba dentro?

—No.

—¿Alguien más lo presenció? ¿Había alguien con usted en aquel momento?

—No.

Harper le dio las gracias y puso en marcha el coche. Hasta ahora había ganado un punto: un Thunderbug gris. No se felicitaba por ello; la policía lo averiguaría antes de que pasara la noche. Les llevaba alguna ventaja sólo porque se concentraba en un punto específico de la investigación, mientras ellos estaban ocupados con un centenar. Harper sentía gran respeto por la policía.

En el «Star Café» una descocada camarera le informó de que Alderson había estado comiendo allí y salió alrededor de la una y media. Sí, había estado solo. No, no había demostrado ningún interés especial por ninguno de los clientes ni tampoco conversado con nadie. No, ella no había visto a un individuo alto y rubio con un Thunderbug gris.

Otra camarera había visto Alderson tomar la bocacalle del lado izquierdo.

Harper siguió aquella ruta a plena velocidad. Quince minutos después se encontró con un posadero que había visto al coche Diecisiete. Sí, entonces pensó que Alderson perseguía a alguien, probablemente a algún gamberro con una copa de más.

Siete millas más adelante, Harper se encontró con otra estación de servicio. Salió a recibirle un hombre de edad que le facilitó noticias interesantes. Poco después de las tres se detuvo aquí un Thunderbug para repostar diez galones de alk. En su interior había tres hombres y una joven. La muchacha estaba sentada detrás con uno de ellos al lado. Me estuvo mirando de una forma que parecía querer pedir auxilio; creo que quería gritar, pero que no se atrevía a hacerlo por temor.

—¿Qué hizo usted al darse cuenta de ello?

—De momento nada. Me encontraba solo y ya no soy joven. Esos tres podían saltar sobre mí y levantarme la tapa de los sesos.

—¿Y después, qué pasó?

—Pagaron y se marcharon; tan pronto como el coche empezó a tomar velocidad, salí a la carretera para echar una mirada a su matrícula.

—¿Pudo ver el número?

—No, esperé demasiado. No llevaba mis lentes y los números estaban demasiado borrosos para que los pudiera leer —El anciano hizo un gesto de contrariedad, como lamentando la perdida oportunidad—. Un par de minutos después llegó un coche patrulla. Le hice señas para que se detuviera y le conté al policía lo que ocurría con la chica. Contestó que iba a ver lo qué pasaba y se lanzó en pos del Thuderbug a gran velocidad. —Sus pagados ojos se iluminaron con un brillo de esperanza— ¿Consiguió algo?

—Sí… un ataúd.

—¡Dios mío! —El anciano estaba visiblemente conturbado—. Y fui yo quien le envió contra ellos.

—No es culpa suya buen hombre. Usted hizo lo que era su deber en esas circunstancias. —Harper esperó un minuto para que el otro se recobrara y luego le preguntó—: ¿Dijeron esos individuos algo que se refiriera al lugar de dónde procedían o adonde se dirigían?

—Dijeron exactamente una sola palabra. El rubio alto bajó su ventanilla y dijo:

—¡Diez!

—Le pregunté si quería aceite y agua, pero hizo un gesto negativo. La muchacha parecía estar muy asustada para poder hablar.

—¿Cómo eran esos individuos? Déme la información más

completa y detallada que pueda.

El otro se humedeció los labios y dijo:

—El rubio estaba al volante. Era un hombre de aspecto serio de unos treinta años, pelo rubio, ojos azules, bien afeitado, bien parecido y de mirada inteligente. Se le hubiera podido llamar un tipo agradable, si sus ojos no miraran como los de una serpiente.

—¿Alguna cicatriz en el rostro u otras señales para identificarle?

—No recuerdo ninguna. Pero sí puedo decirle que estaba pálido, y los otros dos también. Ya sabe usted, descolorido… el color blanquecino de los que han estado mucho tiempo a la sombra.

Miró a Harper significativamente. Harper asintió.

—Como si acabaran de salir de la cárcel. Son evadidos o están en libertad provisional… más probable lo primero, viendo la forma en que se comportan.

—Eso es lo que me parece.

—¿Estaban bebidos? —inquirió Harper, viendo una posible pista en el establecimiento en que pudieron haber adquirido la bebida.

—Me parece que estaban completamente sobrios.

—¿Qué más puede decirme?

—El individuo que estaba sentado junto al conductor era otro tipo ceñudo, de una edad aproximada a la suya: Pelo negro, ojos grises y bien afeitado. También estaba pálido y su mirar era siniestro. No tuve ocasión de ver al tercero, sentado en la parte posterior.

—¿Y en cuanto a la muchacha?

—Tenía unos veinte o veintiún años… ojos pardos, pelo castaño, algo metida en carnes. Una muchacha atractiva, sin ser nada extraordinario. Llevaba una chaqueta obscura, blusa amarilla y un collar de perlas blancas. Vi su mano apoyada en la ventanilla y llevaba en un dedo un anillo con un ópalo.

—Alguien nacida en octubre. Tiene usted buena memoria, amigo.

—Como le dije, me llamó la atención la muchacha —dijo el viejo.

—¿Cómo iban vestidos los tres hombres?

—Todos igual… chaquetas color verde oscuro, camisas grises y corbatas verde oscuro. Parecía como su usaran uniformes a los que se les hubiera quitado las insignias. Jamás vi esa clase de ropa. ¿Y

usted?

—Yo tampoco —admitió Harper—. No parecen ser ropas de presidiario —Continuó unos cuantos minutos más su interrogatorio y terminó preguntando—: ¿Dispone de teléfono aquí?

—Sí. Sígame por favor.

La voz del auricular gruñó:

—Puesto de Policía del Estado. Capitán Ledsom al habla.

—Mi día de suerte —apuntó Harper, confirmando inconscientemente teorías al otro lado—. Usted es el hombre que necesito.

—¿Quién habla?

—Harper ¿me recuerda?

—Ah, ¿de modo que ha recordado algo que olvidó decirnos, eh?

—Le dije en aquel momento todo cuanto sabía. Desde entonces he averiguado algo más.

—¿Qué es ello?

—El coche que anda buscando es un modelo reciente de Thunderbug de color gris, ocupado por tres hombres y una mujer. Poseo datos personales de todos menos de uno de los hombres.

Ledsom estalló:

—¿En dónde demonios averiguó eso?

Sonriendo para sus adentros, Harper le informó de cómo y dónde.

—¿Por que no se alista en la Policía y se dedica a ella en vez de ir por esos mundos con aparatos para operar gérmenes?

—Porque me faltan un par de pulgadas para la talla, soy seis pulgadas más ancho de la cuenta, detesto la disciplina, y quiero seguir viviendo.

Con un profundo gruñido, Ledsom contestó:

—Ahora mismo voy a enviar un coche allí. Puede que los muchachos averigüen algo más. Entretanto, puede informarme de todo cuanto sepa.

Harper le contó todo y terminó diciendo:

—Está ahora claro que hay dos pistas que no puedo seguir, aunque quisiera. Es un trabajo propio para usted, que dispone de los medios necesarios. En primer lugar, ¿han sido puesto en libertad o se han fugado tres individuos que respondan a esos datos personales? En segundo, ¿ha sido denunciada hace poco la

desaparición de una muchacha que concuerde con la descripción que le di?

Una suave carcajada sonó antes de que Ledsom replicara:

—Nos cuidaremos de esos detalles y también de otros seis que le han pasado por alto.

—¿Por ejemplo?

—¿Dónde consiguieron los uniformes que llevan, el dinero que están gastando, el coche que usan, la pistola con la que dispararon? —Permaneció un momento en silencio, y luego prosiguió—: Enviaremos un helicóptero que quizá nos traiga las respuestas. Con suerte, nos enteraremos de la matrícula de ese Thunderbug. Apuesto diez contra una a que es robado.

—Yo podría explorar esta ruta y quizá descubriera algo más —dijo Harper—. Es posible que se hayan detenido para comer o beber cerveza en algún sitio y hablado algo que alguien pueda haber escuchado. ¿Pero para qué molestarme? ¿Para qué pago mis impuestos? Tengo mis propias obligaciones.

—Está usted argumentando consigo mismo, no conmigo —indicóle Ledsom—. Nadie espera que haga usted nada. —Pero se apresuró a decir—: Naturalmente, apreciamos debidamente el papel que hasta ahora ha desempeñado. Demuestra su buen espíritu cívico. Las cosas irían mejor para todos si todo el mundo hiciera como usted.

Harper separó el auricular de su oreja, se lo quedó mirando recelosamente, lo aplicó de nuevo a la misma y dijo:

—¿Por qué no dispondrán estos aparatos de las zonas rurales de pantallas visuales?

—¿A qué viene eso ahora?

—Si fuera así, uno podría observar la expresión del otro mientras le están cepillando. —Colgó el receptor y dijo al viejo—: Ahora vienen hacia aquí. Es mejor que trate de recordar cualquier detalle que se le pueda haber escapado. Necesitarán de cuanto sepa.

Encaminóse a su coche, Harper se dispuso a volver a sus ocupaciones habituales, seguro de que, por lo que a él afectaba, el episodio había terminado.

II - BAJO SOSPECHAS

SE detuvo en la próxima ciudad, en uno de cuyos hoteles alquiló una habitación para pasar la noche, y se fue a matar la tarde a un cinematógrafo. Escuchó las noticias de medianoche antes de irse a la cama, pero sólo hicieron una breve mención del crimen.

La pantalla estereoscópica concedió al suceso algo más de atención, mostrando a la policía y agentes del sheriff local escudriñando los bosques.

Lo mismo la radio que la televisión estaban más interesadas en cuestiones atmosféricas, resultados deportivos, la carrera alrededor del Globo de los cohetes y la complicada batalla legal entre el Gobierno y la «Compañía de Investigaciones Lunares».

Durmió profundamente, se levantó a las ocho, desayunó y pasó la mañana en los «Laboratorios de Investigación Schultz-Masters». Necesitaban allí ciertos manipuladores especiales y sustentaban la aduladora teoría de que sólo Harper podía hacerlos. A la una se marchó de los laboratorios, dejando solventados dos difíciles problemas técnicos, dos para solventar todavía y un pedido provisional en su bolsillo.

Después de comer se dirigió hacia su casa, pero a las tres fue detenido por un coche-patrulla en un lugar situado a cuarenta millas de la escena del crimen del día anterior. Uno de los dos policías del coche-patrulla salió del mismo y se encaminó hacia él.

Harper le vio acercársele con interés y sorpresa, porque la mente del policía estaba diciéndose cautamente:

—Puede que sea y puede que no; pero si lo es, esta vez no se va a salir con la suya.

—¿Ocurre algo —preguntó Harper.

—Es usted Wade Harper?

—Sí.

—Hace media hora preguntaron por usted; el capitán Ledsom quiere verle.

—Ya le vi ayer.

—Hoy no es ayer —le recordó el policía.

—¿Puedo hablarle por su onda corta?

—Quiere verle en persona.

—¿Sabe para qué?

El otro se encogió de hombros. Su mente indicaba que desconocía las razones pero que consideraba a Harper como un sospechoso en primer grado, simplemente por el hecho de que se le había mandado buscar. Indicaba también que tanto como él como su compañero estaban dispuestos a llevárselo de la forma que fuera si trataba de negarse a acompañarles.

—¿Quiere decir que tengo que dirigirme ahora mismo hacia el Puesto de Policía?

—Exactamente. Dé la vuelta y adelante. Vaya a buena marcha, pero sin excesiva velocidad, y no trate de valerse de ninguna artimaña. Nosotros le seguimos detrás.

Sintiéndose bastante molesto, Harper hizo lo que le mandaban. Y no era precisamente porque tuviera mucha prisa, pues, en verdad, disponía de bastante tiempo libre, pero no le gustaba que le dieran órdenes perentorias sin un motivo adecuado.

En este aspecto, siempre había sido igual, ya desde su niñez. Su perceptiva mente resentía ser mandada por otra persona no perceptiva. Hacer exactamente lo que se le ordenaba le sonaba a algo así como que los videntes fueran llevados de la mano por los ciegos.

De vez en cuando se censuraba a si mismo por sus rebeldes tendencias. El aislamiento mental y la falta de contacto íntimo con una mente similar a la suya podían conducir a sentimientos de superioridad. Harper no sentía deseos de ser un hombre humilde, pero estaba menos inclinado aún a dejarse avasallar por los demás. Buscaba un término medio entre las dos tendencias.

Introdújose de mala gana en la oficina de Ledsom y se dejó caer en una silla que crujió bajo su peso, mirando beligerantemente a los ojos del otro, leyendo en su mente con la misma facilidad con que una persona lee las hojas de un libro.

—Bueno, ya estoy aquí.

Ledsom le dijo en son de advertencia:

—Esta vez tenemos aquí una cuita magnetofónica. —Diciendo esto, puso en marcha el magnetofón—. ¿Dónde estaba usted anteanoche?

—En un hotel.

—¿Cuál?

Harper se lo dijo.

—¿A qué hora salió de él? —inquirió Ledsom.

—A las nueve treinta.

—¿Dónde pasó la mañana?

—En la «Estación de Control de Plagas».

—¿Hasta cuándo?

—Hasta cerca de la una, hora en que me fui a comer.

—¿Dónde?

—Al «Cathay», un restaurante chino.

—¿Con quién?

—Con nadie; estuve solo. Oiga, ¿a qué viene esto? —La pregunta era sólo para disimular; podía ver la efervescencia en el cerebro de Ledsom.

—No se preocupe, señor Harper, limítese a contestar las preguntas. ¿No tiene nada que temer, verdad?

—¿Y quién no? En cualquier instante Gabriel puede hacer sonar su trompeta.

—Ya sabe lo que quiero decir —contestó Ledsom mirándole fijamente, sin la cordialidad de ayer—. ¿A qué hora salió usted del «Cathay»?

—A las dos y cinco minutos más o menos.

—¿Y qué hizo usted luego?

—Me dirigí hacia Hainesboro. Hoy tenía que efectuar un trabajo allí, en el laboratorio de «Schultz-Masters».

—¿Siguió este camino?

—Naturalmente; es la ruta directa.

—¿A qué hora pasó por el camino del bosque?

—A las cuatro.

—Ahora cuénteme exactamente lo que ocurrió desde ese momento en adelante.

—¡Oh, señor! Ayer se lo expliqué todo detalladamente. Usted lo

tiene por escrito.

—Lo sé, pero ahora quiero que me lo cuente otra vez —la mente de Ledsom añadió—: *Un embustero necesita buena memoria. Si es que hay contradicciones, ahora las descubriremos*.

Harper volvió a contárselo todo ceñudamente, mientras la cinta magnetofónica iba registrando sus palabras. Lo contó todo igual que la primera vez.

—Y en cuanto a esa pistola de juguete de que es portador —dijo Ledsom—, ¿no tendrá la costumbre de llevar otra, una del 32, por ejemplo, verdad?

—No, no llevo ninguna otra.

—En el bosque, a unas cincuenta yardas del lugar en que fue asesinado Alderson, hay una charca grande y profunda. ¿Se dio usted cuenta de ella?

—No me adentré en el bosque.

—¿Conocía usted la existencia de la charca?

—No.

—Usted nos dijo que se internó en aquel camino para cierto propósito, presuntamente debió detenerse al hacer su descubrimiento. ¿Realizó aquel propósito?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Después de hablar por radio con Forst.

—¿Descubrió a Alderson, llamó a la policía y luego se internó en el bosque?

—No era necesario internarse en el bosque, puesto que no había señoras por las inmediaciones.

Haciendo caso omiso de este detalle, Ledsom. prosiguió:

—¿A qué hora salió de su hotel ayer por la mañana?

—Ya me hizo esa pregunta antes. A las nueve y media.

—¿Y dónde pasó toda la mañana?

—En la «Estación de Control de Plagas». Si trata de cogerme en una contradicción, está usted perdiendo el tiempo y la saliva. Podemos seguir este procedimiento durante toda una semana.

—Muy bien —repuso Ledsom, cambiando de táctica—. ¿Si tenía trabajo en perspectiva en los laboratorios «Schultz-Masters», por qué no fue allí hasta hoy?

Harper exhaló un suspiro de resignación y dijo:

—Primero, porque estaba citado para hoy, no para ayer. Segundo, porque llegué a Hainesboro demasiado tarde para dedicarme a hacer visitas profesionales. De hecho, era ya demasiado tarde cuando salí de aquí.

—Eso es lo que nos interesa —informóle Ledsom, mirándole escrutadoramente—. Cuando terminamos con usted, ya iba retrasado de tiempo, pero a pesar de ello, se permitió dedicarse a la caza de cuatro personas metidas en un Thunderbug. ¿Por qué lo hizo?

—Alderson murió en mis brazos y a mí no me gustó.

Ledsom parpadeó.

—¿Es ésa su única razón?

—Es la más importante.

—¿Cuál es la menos importante?

—Se me había estropeado el día. Un par de horas más o menos no significaban nada.

—¿Hay algún otro motivo?

—Uno —admitió Harper.

—¿Cuál?

—Sentía cierta satisfacción personal al buscar la pista de los asesinos.

—Si ellos fueran los asesinos —comentó Ledsom. Desconectó el magnetofón, meditó un minuto y prosiguió—: Hasta hace un par de horas no lo dudaba; ahora no estoy tan seguro. —Mantenía fija la atención en Harper, vigilando sus reacciones—. Estamos extrayendo el agua de esa charca. Quizá podamos encontrar la pistola y saber quién la empleó.

—¿Se refiere a mí?

—Yo no he dicho eso.

—Lo está usted sugiriendo con cada contracción muscular de su rostro. —Harper hizo un gesto desdeñoso—. No le puedo censurar en lo más mínimo el que abrigue sospechas contra todo el mundo; yo pude haber matado a Alderson. La hora, el lugar y la oportunidad son adecuados para ello. Lo único que falta es el motivo y la pistola. Va a perder una infinidad de tiempo tejiendo un motivo contra mí que me ligue a su muerte. Hasta aquel momento, jamás había visto a Alderson.

—Hace cuatro años, tuvimos cerca de aquí un asesinato

insensato —contestó Ledsom—. Dos hermanos se riñeron por un asunto increíblemente insignificante. Finalmente, el de carácter más violento mató al otro, y durante el juicio ocultó inteligentemente su culpabilidad distrayendo la atención hacia otra parte. Casi tuvo éxito.

—Así es que seguí a Alderson metiéndome en el camino, me detuve tras él y empezamos a discutir. Una palabra trajo la otra y, fuera de tino, le pegué dos tiros, arrojé la pistola a la charca y le llamé a usted para que le echar un vistazo al cadáver. —Harper miró al otro con indignación—. En ese caso tendrían que examinarme la cabeza.

—No puedo pasar por alto ninguna posibilidad —contestó Ledsom—. No he hecho más que hacerle unas cuantas preguntas. ¿Está dispuesto a contestarlas de nuevo ante un detector de mentiras?

—¡De ningún modo!

Ledsom inspiró profundamente y dijo:

—¿Se da usted cuenta de que debemos dar cierto significado a su negativa?

—Pueden ustedes darle todo el bombo y platillo que gusten. El polígrafo es un ultrajante artilugio pseudocientífico cuyos resultados oscilatorios no son admitidos como pruebas legales.

—Ha ayudado a arrancar unas cuantas confesiones.

—Sí, claro, a los niños y tontos. Yo soy fabricante de instrumentos científicos de la máxima precisión. Si me pone delante de un polígrafo, lo haré pedazos delante de sus narices.

Aquello preocupó a Ledsom. Sus pensamientos revelaban que creía a Harper capaz de hacerlo.

—¿Y la scopomalina? —sugirió Harper—. Me someteré a esa prueba descartada por el uso si me da media oportunidad. —Se echó hacia adelante, sabiendo cuales de respectivas posiciones se habían invertido aunque sólo fuera momentáneamente—. Desde el punto de vista criminal ¿qué tengo yo que no puedan tener esos tipos del Thunderbug? ¿Cree usted que son producto de mi imaginación y que he comprado testigos para apoyar mi argumento?

—Son de carne y hueso. Tenemos prueba de ello.

—¿Cómo fue eso?

—Hace un par de horas que atrapamos a la chica. Su relato no concuerda con el de usted; uno u otro miente.

Recostándose en su asiento, Harper miraba al otro pensativamente.

—Así que tienen a la chica. ¿Es su versión un secreto comercial?

Ledsom consideró un momento la pregunta y decidió que no había nada que perder.

—La chica perdió su autobús y se decidió a hacer autostop. La recogieron en un Thunderbug ocupado por tres individuos. Los tres se hallaban muy alegres y la llevaron dando vueltas diciéndola que la habían secuestrado. Estaba verdaderamente asustada por ello cuando llegaron a la estación de servicio; pero, un poco más tarde, después de dar unas cuantas vueltas más haciendo el loco, la dejaron en el sitio que ella quería. Todo fue una broma.

—¿Y qué hay de Alderson?

—Ella no le vio ni sabe nada acerca de él.

—Pero él persiguió a ese coche.

—Lo sé. La chica dice que el rubio conducía como un maníaco sin otra razón que porque le gustaba correr, y por eso puede que Alderson no llegara nunca a alcanzarlos.

—¿Usted cree esa patraña?

—Yo no creo *ninguna* declaración sin que cuente con pruebas suficientes para apoyarla. Pero la de ella hace recaer graves dudas sobre la de usted…

—Muy bien. Sé que van a comprobar la mía. Comprueben también la de ella, y vean si resiste a la prueba.

—Ya hemos hecho una comprobación parcial de ambas, y vamos a terminar nuestro trabajo lo más pronto posible. La chica no conoce los nombres de los tres individuos ni nada que se refiera a ellos, ni tampoco se dio cuenta del número de la matrícula. Como no la habían maltratado, no tenía motivos para tomar nota del número.

—Una gran ayuda.

—Pero el resto parece convincente —continuó Ledsom—. Es una joven de excelente reputación y distinguida familia. Salió de su domicilio a la hora que dijo, perdió el autobús que dice perdió y fue vista por dos testigos cuando le ofrecieron llevarla en el Thunderbug. Llegó a su destino a la hora que mencionó, y puede

probarlo.

—¿Estuvieron esos individuos dando vueltas con ella durante mucho tiempo?

—Estaban muy alegres y tenían ganas de divertirse.

—Una bonita forma de dar cuenta del tiempo perdido, especialmente del que se necesita para detenerse, disparar, ponerse en marcha y desaparecer.

—Mire, señor Harper, hace casi veinticuatro horas que mataron a Alderson. Todo cuanto hemos conseguido hasta ahora es a usted y a esa joven; todo cuanto sé es que alguien disparó una pistola y que alguien nos está mintiendo.

—Si esa joven dice la verdad, lo que me permito dudar —aventuróse a decir Harper—, no queda más que una solución. Hay una tercera persona o personas que andan sueltas, sobre las que no recaen sospechas y que en estos momentos deben estar riéndose a mandíbula batiente.

—No existe la más ligera evidencia de ello —contestó Ledsom titubeando, y prosiguió—: Puede estar seguro de que yo no me andaría con remilgos con usted si no fuera que la policía de su ciudad le hubiera cobijado bajo su seno con tanto cariño. Esas cosas todavía cuentan mucho para mí.

—Lo supongo.

—Por lo tanto, le contaré algo más. Los tres individuos en cuestión no tienen nada que ver con ningún trío libertado o fugado de la cárcel durante este año.

—¿Y las prisiones militares? El viejo de la estación de servicio pensó que iban ataviados con uniformes alterados.

—No hay uniformes de las fuerzas de Tierra, Mar o Aire que concuerden con esa descripción.

—En este país, no, pero tal vez fueran extranjeros.

—La muchacha dijo que no. Hablaban el idioma como sólo nosotros podemos hacerlo y conocían el país como la palma de la mano.

—¿Han preguntado a las autoridades competentes si saben de *cualquier* uniforme que corresponda con el de ellos?

—No. La joven está de acuerdo en que sus ropas tenían cierta semejanza a uniformes militares y cree que vestían ropas del Ejército teñidas de verde. Si es así, tenemos muy escasas

posibilidades de seguir su rastro hasta el origen. Los uniformes militares han sido lanzados al mercado a millares.

—¿Y en cuanto al coche? Usted pensó que podía haber sido robado.

—Hasta ahora, hemos recibido informes de diez coches que han desaparecido en diversas partes del país. Cuatro de ellos son grises. Los hemos buscado desesperadamente, pero hasta ahora no hemos tenido suerte. —Miró lánguidamente a través de una ventana contigua—. De todas formas, pueden haberlo repintado y haber cambiado su matrícula. O puede que sea de propiedad legítima y también alquilado. El Thunderbug es una marca popular; se necesitarían meses para comprobar las ventas y alquileres desde costa a costa.

Harper meditó un momento y dijo:

—Bueno, eso lo averiguarán si alguna vez cae ese coche en su poder. Ya posee las huellas de sus ruedas, lo que es algo.

—Si es que son sus huellas. Cualquiera puedo haber llegado hasta allí el mismo día. Lo que sí sabemos es que no pertenecen a ningún vehículo maderero. Tampoco ninguno de esos individuos concuerda con las descripciones del personal de las compañías madereras de la zona, trabajando actualmente o que trabajaron en ellas alguna vez.

—A pesar de lo que esa joven diga, sigo creyendo que son los hombres que usted busca.

—La joven sería una testigo involuntaria del crimen. No era en ese caso culpable, ¿por qué entonces tenía que encubrir a una pandilla de desconocidos?

—Quizá no fueran desconocidos —señaló Harper.

—¿Qué quiere decir?

—El hecho de que la recogieran en el coche no significa necesariamente que no la conocieran.

—Ella juró que no los había visto en la vida.

—Podría usted apostar a que declararía eso mismo… si resultara que alguno de ellos fuera un buen amigo de ella un poco alocado o cualquier pariente descarriado.

—¡Hum! —A Ledsom le parecía esto remotamente posible, pero bastante improbable.

—Si miente sobre un asesinato, debe tener fuertes razones. Tal

vez estuviera intimidada.

—Una opinión errónea —espetó Ledsom, convencido—. Hace ya mucho tiempo que vengo haciendo este trabajo y puedo decir con seguridad cuándo un sospechoso teme algo secretamente.

—Yo también soy un sospechoso... un gran sospechoso, a juzgar por lo que está ahora ocurriendo. ¿Cree que estoy asustado?

—No —admitió Ledsom.

—Debería estarlo... si lo hubiera hecho. Pero no lo hice.

—*Alguien* lo hizo, de eso estamos seguros —contestó Ledsom mirándole escrutadoramente—. Podría detenerle durante veinticuatro horas, y lo haría si viera la posibilidad de acusarle de algo para entonces. Pero se necesita ese tiempo para vaciar el agua de la charca, así es que puede marcharse. Que Dios le ayude si sacamos del fondo una pistola comprometedora para usted.

—Me tiene sin cuidado.

Harper se marchó con evidente malhumor, emprendiendo el largo camino hacia su casa en reflexivo silencio.

III - ENTRAMPADO

TENÍA un pequeño taller en el que trabajaban seis miopes individuos, aunque escasos de vista, disponías de ágiles y diestros dedos. Tenía una oficina en la que apenas cabía su mesa y la de una secretaria que hacía lo mismo de taquimecanógrafa que de telefonista. Esta persona, Moira, era tres pulgadas más alta que él y de casi la mitad de su anchura. Cupido no podía colocar una escalera en la oficina y esto convenía a Harper.

Sentado ante su mesa, Harper estaba entretenido examinando un juego de minúsculas pinzas con la ayuda de un poderoso lente de aumento cuando Riley abrió la puerta y dio los dos pasos necesarios para llegar al centro. Sus ropas de paisano le delataban inmediatamente como policía disfrazado.

—Buenos días, teniente —le saludó Harper, levantando un momento la cabeza y volviendo de nuevo su atención al trabajo que estaba efectuando.

—Buenos días, Hombre de las Cavernas —contestóle el otro, quien no viendo silla disponible ni espacio para una, se acomodó como pudo dejando descansar una gruesa pierna en un ángulo de la mesa. Se inclinó hacia adelante para mirar a través de la lente—. Me sorprende sobremanera que pezuñas tan gruesas y peludas puedan manejar cosas tan minúsculas.

—¿Por qué no? Tú te mondas los dientes, ¿verdad?

—Olvídate de mis hábitos personales —contestóle Riley, cuyos ojos habían adquirido ahora un brillo acusador—. Hablemos de algunos tuyos.

Harper lanzó un suspiro, dejó las pinzas en una caja forrada de terciopelo y la introdujo en un cajón. Apartó a un lado la lente amplificadora y levanto la cabeza para mirar al recién llegado.

—¿Tales cómo…?

—Estar merodeando por los alrededores de los lugares en que suceden las cosas.

—¿Puedo evitarlo?

—Lo ignoro; a veces me lo pregunto. Es muy extraña la forma en que apareces en escena.

—Explícate mejor —le invitó Harper.

—Nos llamaron por conferencia. Quieren saber si estás todavía aquí y si no estás por qué no.

—Muy bien. Todavía estoy aquí. Vete a decírselo.

—Yo quería saber *por qué* quieren saberlo —dijo Riley con perspicacia.

—Y él te lo dijo; dijo que no está en el Iodo.

—¿Lodo? ¿Qué lodo?

—En el fondo de la charca —contestóle sonriente Harper—. También te preguntó si se sabe que yo posea una pistola del calibre 32.

—Tienes razón; era el capitán Ledsom. Me informó de todo detalladamente.

—Y entonces tú le solventaste el caso por completo —le sugirió Harper—. Dos cerebros piensan más que uno solo.

—*Tú* eres quien se lo vas a solventar —indicóle Riley.

—¿Yo? —dijo Harper, frotándose ruidosamente la barbilla—. Moira, eche a la calle a este pollo.

—Esas ruindades te corresponden a ti —increpóle Riley—. ¿No le pagarás también a la chica para que haga de matón, verdad? Volvamos al asunto base que nos interesa. Vas a tener que dejar que tus negocios se arruinen mientras tú te dedicas a hacer de Sherlock.

—¿Y eso por qué?

—En primer lugar, porque le dije a Ledsom que eres capaz de solventar este asunto si se te aguijoneaba continuamente. Así es que quiere que te pinche.

—¿Y en segundo?

—Porque hay una recompensa por la información conducente a la aprehensión y convicción del asesino o asesinos. Con ese olfato especial de que dispones, podrías hacerte pronto con esa bonita recompensa.

—¿Es eso todo?

—De ninguna manera. He dejado lo mejor para el final. —Sonrió, mostrando sus gruesos dientes—. Hace cosa de una hora alguien de voz ronca llamó por teléfono a Ledsom y le dijo que había visto a Alderson discutiendo con un tipo rústico y rechoncho cuya descripción concuerda bastante con la tuya. ¿Sabes en qué te convierte eso?

—En la cabra del sacrificio —repuso Harper melancólicamente.

Riley asintió.

—Te hubiéramos detenido y arrancado una confesión si no fuera por dos cosas. Una de ellas es que te conocemos demasiado bien para pensar que fuiste tú quien lo hiciste; la otra es que el testigo no se presenta para identificarte.

—¿Por qué no se presenta?

—Hizo su denuncia y cortó la comunicación, así es que Ledsom no sabe quién es el que llamó.

—Eso parece sospechoso.

—Hay personas que no quieren verse comprometidas en estas cosas —observó Riley—. Es una lástima que suceda así.

—No me sorprende. Mira lo que me pasa a mí por meterme en donde no me llaman.

—Tú mismo te metiste dentro. Muévete y sal cuanto antes de ese lío.

—No puedo perder el tiempo —protestó Harper.

—No te queda otro remedio —indicóle Riley—. Si Ledsom nos pide que te encerremos, tendremos que hacerlo.

—¿Crees que es probable?

—Quién sabe. Todo depende del resultado de sus investigaciones.

—Si encuentran alguna prueba contra mí, será puramente circunstancial.

—Si la encuentran, tendrás que esperar a la sombra hasta que se celebre el juicio —contestóle Riley—. En el momento en que Ledsom crea que tiene lo bastante para convencer a un jurado, mandará la orden de arresto. Quizá luego se dé cuenta de que se ha equivocado, cuando el jurado no se deje convencer por sus alegatos. Pero, aun cuando te declaren inocente, habrás perdido miserablemente el tiempo, la paciencia y también tu dinero.

—No pueden conseguir prueba alguna a menos que encuentren a

ese testigo que me identifique —contestó Harper categóricamente —. Y aun entonces no sería una prueba convincente. No haría más que sugerir un motivo. Y si ese hombre me identifica, será un embustero que sabe salgo acerca del crimen y está interesado en distraer la atención. No puede presentarse delante del Tribunal sin convertirse en un sospechoso.

—Es posible. La forma de averiguarlo sería dar con él y sacarle una confesión.

—Los policías del Estado pueden encargarse de ese trabajo.

—Puede ser —dije Riley—. Pero puede que no consiguieran nada.

—Tal vez yo tampoco consiguiera nada.

—De eso ya no estoy tan seguro. Estos últimos años has hecho algunas cosas muy sorprendentes.

—¿Por ejemplo?

—El asunto del asesinato de Grace Walterson. Doce años archivado por irresoluble… hasta que llegas tú y te sientas en un banco del Parque escuchando a un hampón que murmura algo mientras duerme. Luego nos llamas, le atrapamos y canta de plano.

—Pura casualidad —informóle Harper.

—¿De verdad? El caso de Grace Walterson hacia muchísimo tiempo que había sido relegado al olvido y no correspondía a nuestra jurisdicción; tuvimos que pedir datos a otras partes de la nación. Aquel individuo la mató, es cierto. Estaba borracho, como tú dijiste. Sólo en un punto su declaración no confrontaba con la tuya.

—¿Cuál?

—No estaba dormido ni tampoco murmuró nada. Juró que estuvo sentado en aquel banco con los ojos casi cerrados, pero completamente despierto y sin pronunciar palabra, mientras tú aprovechabas el tiempo marchándote sigilosamente y volviendo al poco con un policía.

—Debió escribir su confesión en un papel —dijo Harper—. Luego me comí el papel. No puedo resistir la tentación de comer panel. —Miró al otro ceñudamente—. No seas lelo. El muy estúpido denunció en voz alta el secreto que pesaba sobre su conciencia y se perdió.

—Muy bien —contestó Riley mirándole duramente—. Pero *tú*

tenías que estar allí cuando lo hizo. Y también tenemos el caso de Tony Giacomo. Asalta un banco, mata a dos, y *tú* tenías que aparecer por donde él se encontraba, dos días más tarde, cuando él…

—Oh, deja ya eso —le sugirió Harper aburrido. Tengo treinta y siete años; me he encontrado junto a nueve hombres buscados por la Ley y tú crees que es algo notable. ¿Cuántos has tenido tú sentados a tu lado durante tus cincuenta años de pecados?

—Bastantes, la verdad; pero ninguno de ellos me dijo que era culpable ni que lo detuviera.

—Tampoco a mí.

—Pero todos los que conociste, sin excepción, lucieron lo más a propósito para ello. Cometieron el error de encontrarse cerca de ti en algún momento. Has avejentado en mucho nuestros métodos de captura, y el comisionarlo está en la creencia de que eres un adivino. Hay algo decididamente extraño en todo esto.

—Explícalo, entonces.

—No puedo —confesó Riley—. Apenas puedo imaginarme una explicación.

—Hay algunas personas que siempre están presentes cuando ocurren los accidentes —señaló Harper—. No pueden evitarlo; las cosas van así. Piensa en mi tía Matilde que…

—Deja que otro se cuida de ella… soy casado —contestó Riley—. ¿Vas a esclarecer este caso o prefieres esperar hasta que me ordenen meterte a la sombra?

—¿Cuál es la recompensa?

Riley miró suplicante al techo.

—Cinco mil dólares.

—Me lo pensaré.

—Si piensas esperar a que la recompensa se eleve, quizá esperes demasiado tiempo.

Diciendo esto, Riley hizo un leve signo de despedida a Moira y se marchó. Escucharon un momento el ruido de sus pesadas botas amenguándose con la distancia hasta que desapareció.

—Moira, ¿notas algo extraño en mí?

—Oh, no, señor Harper —aseguróle ella.

Era cierto. La mente de Moira revelaba que deseaba que él fuera diez pulgadas más alto y diez años más joven; eso podría añadir un

poco de gracia al trabajo de la oficina. No pedía más que eso porque sus intereses emocionales más fuertes eran satisfechos en otra parte.

Harper no profundizó más en los pensamientos de la chica. Su vida parecía la de una persona que caminara perpetuamente por la noche por una bien iluminada ciudad de dormitorios completamente abiertos. Trataba de no mirar, no *quería* mirar, pero con demasiada frecuencia no podía evitar que sus ojos vieran. Era veinte veces al día culpable de invasión de los secretos ajenos y veinte veces diarias tenía que arrepentirse por ello.

—Riley debe estar un poco mochales.

—Sí, señor Harper.

A media mañana del siguiente día, llamó a Riley y le dijo:

—Me has puesto sobre ascuas, Riley.

—Esa fue mi intención —contestóle Riley, sonriendo astutamente en la diminuta pantalla.

—Todo lo tengo aquí en perfecto orden, pues has de saber que estamos mejor organizados que algún Departamento Central de la Policía. Puedo dejar mis negocios durante unos cuantos días sin temor a que me vaya a la ruina; pero no creas que me voy a marchar a la buena de Dios.

—¿Qué quieres decir?

—Para empezar, te diré que no voy a hacer nada si en el momento en que salgo a la calle los muchachos de Ledsom me echan el guante.

—Ya me cuidaré yo de eso —prometióle Riley—. Te dejarán en paz… a menos que puedan probar que eres culpable.

—Quiero las direcciones de la viuda de Alderson y de la muchacha, y asimismo la del individuo que telefoneó a Ledsom… si es que han conseguido averiguar quién es.

—Déjamelo a mí; te llamaré tan pronto pueda.

Harper colgó el aparato, contemplando cómo su fluorescente disco se iba apagando poco a poco hasta quedar sumido en la obscuridad. Lo que le molestaba eran las sospechas que Riley abrigaba contra él a causa de su actitud para descubrir el mal largo tiempo oculto a los demás.

La treta era bastante fácil. Había descubierto que si miraba fijamente un buen rato a un hombre cuya conciencia estuviera

sucia, el que recibía el impacto de su mirada se volvía cauteloso mientras la maldad irradiaba de su mente en vividos detalles. Nueve veces durante los pasados diez años había mirado distraídamente a gente que se habían visto literalmente en la cárcel a la silla eléctrica.

Harper no tenía dificultad en imaginarse la reacción que se produciría si alguna vez se sabía que podía leer en la mente de los demás. Sería abandonado por todos, sin amigos, sin nadie que se atreviera a ponerse a su lado por temor de que rompiera el secreto de su mente, como no fuera otra persona de su misma condición… si tal persona existiese.

En cuanto a los elementos criminales, ya se cuidarían ellos de que su vida no valiera un comino.

Posiblemente la policía sospecharía algo sobre esto, como resultado directo de su estupidez al comunicarles tan abiertamente y con tanta frecuencia sus noticias. Había sido impulsado a hacerlo porque odiaba tremendamente encontrarse en presencia de alguien que hubiera cometido un delito criminal logrando escaparse del castigo correspondiente y que pudiera sentirse tentado a repetirlo. Hería su sentido de la justicia.

En el futuro sería mejor comunicárselo a la Policía por algún medio indirecto, como por ejemplo la llamada telefónica anónima. Era dudoso, sin embargo, que se pudiera valer de ese medio. Harper se había convertido en un personaje local demasiado conocido para que la Policía dudara de la procedencia de tales denuncias anónimas.

Sonó el apagado timbre del teléfono y apareció Riley.

—Ya tengo esas dos direcciones. —Las leyó mientras Harper las anotaba y luego añadió—: No se ha podido identificar a la persona que efectuó la llamada, pero Ledsom cree ahora que su denuncia no te afecta. Han encontrado a un individuo cuyas señas personales se ajustan bastante a las tuyas y que tuvo unas palabras con Alderson a media mañana. Estaban allí presentes varios testigos y, con toda seguridad; el que telefoneó fue uno de líos.

—¿Qué estaba haciendo ese hombre a las cuatro de la tarde?

—Está fuera de sospechas; se encontraba a unas cuantas millas del lugar del crimen y lo puede probar.

—¡Hum! Muy bien, iré a darme una vueltecita por ahí y espero

qué me continúe la suerte.

—¿Es eso suerte? —le preguntó Riley con sutileza.

—Mala suerte, según mi modo de pensar —contestóle Harper.

—Sea como sea, ahora estás metido en el ajo y tienes que seguir adelante… ¡buena suerte!

Desapareció de la pantalla. Harper suspiró por tercera vez, se metió el pedazo de papel con las direcciones en un bolsillo del chaleco y dijo a Moira:

—Telefonearé diariamente para estar al corriente del negocio. Si hay algo demasiado difícil que no pueda resolver, deberá dejarlo para cuando yo la llame.

—Sí, señor Harper.

—Y si viene alguien a detenerme, dígales que han llegado tarde… que estoy ya en la brecha.

—¡Oh, señor Harper!

IV - LA TESTIGO

RUTH Alderson era una atractiva rubia de ojos tristes. Sus facciones demostraban claramente que seguía embargada en la tristeza de su infortunio.

Sentado frente a ella y dando vueltas ociosamente al sombrero que tenía entre sus manos, Harper dijo:

—Lamento tener que molestarla a esta hora, señora Alderson, pese es necesario que lo haga. Tengo un interés especial en este caso. Yo encontré a su esposo y fui el último en hablar con él.

—¿Sufrió…? —Tragó saliva con esfuerzo y mirándolo patéticamente, prosiguió—. ¿Sufrió… mucho?

—Fue todo muy rápido. Estaba demasiado débil para sentir dolor; habló de usted. «Betty», decía, «Betty». Luego murió. —Harper frunció el seño extrañado y añadió—: Pero usted se llama Ruth.

—Siempre me llamaba Betty. Decía que era un nombre que cuadraba conmigo. Se encariñó con él.

Se cubrió el rostro con ambas manos, pero no lloró audiblemente. Harper la contemplaba en silencio.

Cuando ella se hubo recuperado, él le dijo:

—Quizá usted pudiera ayudar a encontrar al criminal que lo mató.

—¿Cómo?

—Dígame, ¿tenía Bob enemigos?

Ella consideró la pregunta, esforzándose en concentrar sus pensamientos y luego contestó:

—Arrestó a cierto número de personas. Algunas de ellas fueron a parar a la cárcel. No creo que sintieran simpatía por él a causa de ello.

—¿Amenazó alguna de ellas vengarse cuando saliera de la cárcel?

—Si alguien lo hizo, él nunca me lo mencionó. Es algo que él nunca me diría. —Hizo una pausa y prosiguió—: Hace cuatro años que detuvo a un hombre llamado Josef Grundoff. Bob me dijo que cuando ese hombre fue sentenciado juró que mataría al juez.

—¿Pero no amenazó a su esposo?

—Que yo sepa, no.

—¿No puede recordar alguna amenaza personal contra su esposo?

—No, no puedo.

—¿Ni alguna ocasión en que cumpliendo con su deber su esposo hubiera tenido una fuerte discusión?

—Tenía discusiones verbales dos veces por semana —contestó ella fatigada—. A menudo llegaba a casa irritado con alguien. Pero, según creo, eran las diferencias de opiniones normales entre el público y la Policía. No conozco a nadie que le odiara lo suficiente para matarlo.

—¿Sólo ese Grundoff?

—Grundoff amenazó solamente al juez.

—No me gusta insistirle en este asunto, señora Alderson, ¿pero puede recordar algún incidente que pareciera preocupar a su esposo, aunque sólo fuera temporalmente? Trate de recordar algo, por insignificante qué parezca, ocurrido en el pasado.

—Sus preocupaciones no tenían nada que ver con sus deberes policíacos —replicó ella, con una leve sonrisa en el rostro—. Todos sus desasosiegos eran domésticos. Se ponía hecho un manojo de nervios cuando estaban a punto de nacer mis hijos.

Harper asintió comprensiblemente y continuó con preguntas referentes a un motivo pasional. No se encontró ninguno.

Finalmente, le preguntó:

—¿Cuando conoció a Bob, dejó a alguien por él?

—No. Yo era libre completamente.

—Gracias, señora Alderson. —Se levantó, satisfecho de terminar aquel asunto—. Le pido sinceramente mil disculpas por haberla sometido a todo esto y le agradezco sinceramente su cooperación. —La siguió hasta la puerta, se detuvo en el umbral de la misma y dándole unas suaves palmaditas en el hombro la dijo—: Tiene usted

mi tarjeta, señora. Si en algo puedo servirla, no dude en llamarme: Lo consideraré un privilegio.

—Es usted muy amable —murmuró ella.

Se introdujo en su coche y la contempló cuando cerraba la puerta y luego exclamó indignado:

—¡Maldito asesino…!

Había recorrido una milla cuando se detuvo junto a una cabina telefónica y llamó a Ledsom.

—Vaya, es usted —dijo el capitán de la policía, al parecer no demasiado contento—. ¿Qué quiere usted ahora?

—Alguna información.

—¿Sobre qué?

—Sobre un individuo llamado Josef Grundoff.

—Está usted haciendo un estupendo trabajo al sacar a relucir a ese haragán —comentó Ledsom—. Yo no hubiera pensado en él.

—¿Por qué no?

—Fue sentenciado a veinte años por asesinato en segundo grado. Pasará mucho, mucho tiempo, antes de que salga.

—¿Es eso todo?

—¿Qué más quiere saber?

—La seguridad oficial de que todavía está encerrado; se podría haber evadido.

—Nos lo hubieran comunicado antes de transcurrir veinticuatro horas.

—¿No cree que sería conveniente comprobarlo? —persistió Harper—. ¿No podría ser que se les hubiera pasado por alto comunicarles la noticia?

—Lo puedo hacer en cinco minutos. ¿Cómo fue que supo usted del nombre de Grundoff?

—Me habló de él la señora Alderson.

El otro demostró sorpresa.

—¿No le habrá dicho seguramente que Grundoff…?

—Me dijo solamente que juró matar al juez —interrumpióle Harper—. Pero me pareció posible que pudiera haber anotado el nombre de Alderson en su lista también.

—No hay tal lista; no hizo más que proferir bravatas. El juez le sentenció a veinte años y Grundoff se puso hecho un basilisco. Estas cosas suceden a menudo. —Permaneció en silencio un momento y

luego continuó—: A pesar de todo, haré las averiguaciones necesarias. No hay más que una posibilidad entre un millón, pero no podemos pasarla por alto. Llámeme más tarde.

Harper le telefoneó desde un restaurante a veinte millas más lejos.

—No hay suerte —le dijo Ledsom—. Grundoff sigue todavía encerrado y es un individuo solitario.

—¿Cree posible que haya podido hacerse amigos en la cárcel que luego hayan salido en libertad y cuidado de sus asuntos?

—No, es algo imposible —dijo en tono burlón Ledsom—. No hay ningún ex presidiario que mate a un policía con el propósito de complacer a cualquier granuja que se quede dentro. Tendría que haber dinero por medio, mucho dinero; Grundoff no podría sacar a relucir más de diez dólares.

—Gracias —dijo Harper malhumorado—. Otra vez he seguido una pista falsa. Oh, pero... ¿y la chica del Thunderbug? ¿Sabe algo más sobre ella?

—Sí. Su novio está en las Fuerzas Armadas y está sirviendo allende los mares. No tiene ningún familiar con antecedentes en los ficheros policíacos. No hay ningún garbanzo negro en toda su parentela. Nos sirve de mucha ayuda, ¿verdad?

—¿Y si se diera el caso que estuviera protegiendo a cualquier amiga, quien, tal vez, se sintiera enamorada de un pistolero?

—¿Qué le parecería si buscáramos un mirlo blanco? La investigación ha sido completa y llevada a cabo con la mayor diligencia. El círculo entero de sus familiares, vecinos y amigos está compuesto de personas honradas.

—Muy bien, pero conserve la calma. Sólo soy un sospechoso en primer grado que trata de establecer su cristalina pureza.

Ledsom soltó un bufido de desdén y cortó la comunicación. Evidentemente, la falta de progresos estaba poniendo a prueba su paciencia.

La segunda dirección era la de una vieja mansión señorial de imponente aspecto, rodeada de jardines. La bien cuidada carretera que llevaba a la entrada era tranquila, ancha y bordeada de árboles a ambos lados, y el aire contenía un sello de distinción. Harper ascendió los seis escalones y tocó el timbre.

Apareció en la entrada un joven de unos dieciocho años, quien

le miró con ironía.

—¿Está en casa la señorita Joselyn Whittingham? —le preguntó Harper, procurando que su tono al pronunciar las palabras pareciera oficial, o al menos semioficial.

—No. —La mente del otro confirmó le verdad de ello, pero continuó diciéndose a sí mismo—: *Joyce no quiere ver a nadie. ¿Quién será este gorila? ¿Otro policía pesado? ¿No será otro reportero? Joyce está harta de contestar a preguntas. ¿Por qué no lo dejan en paz de una vez?*

—¿Sabe cuándo volverá?

—No..

Esto último era una mentira; la muchacha había prometido regresar a las seis.

—¡Huh! —Harper miró hacia la carretera perezosamente, como si estuviera preguntándose qué es lo que debía hacer a continuación. Pero de pronto le preguntó al muchacho, sin darle importancia a sus palabras:

—¿Disparó alguna vez contra un policía?

Ninguna alarma se produjo en el cerebro de su oponente. Los pensamientos del muchacho se arremolinaron confusamente mientras dudaba de lo que sus oídos habían percibido.

—¿Si algunas vez *qué*?

—Lo siento —contestóle Harper—. Estaba pensando en voz alta sobre cierto asunto. ¿Cuándo cree que podré ver a la señorita Whittingham?

—Lo ignoro.

Otra vez la misma mentira.

—Es una lástima —contestó Harper mostrándose indeciso.

—¿Para qué quiere verla? —inquirió el joven.

—Se trata de un asunto personal.

—Bien, pero no está en casa y no sé cuándo volverá.

—¿Qué le parece si vuelvo entre las seis y las siete?

—Bueno, vuelva a esa hora —contestóle el joven mostrando indiferencia en su rostro mientras su mente acariciaba el deseo de que el visitante se metiera de cabeza en el estanque.

—De acuerdo, probaré a esa hora.

El joven hizo un gesto de asentimiento y cerró la puerta. No estaba suficientemente interesado ni aún para preguntarle el

nombre a Harper. Estaba libre de culpa y preocupado por los asuntos de su hermana, la señorita Jocelyn Whittingham.

Harper pasó una hora deambulando ociosamente por la ciudad mientras su coche estaba siendo engrasado en un garaje de la misma. A las seis menos veinte volvió a pie a la carretera, estacionándose en una parada de autobús situada a unas cincuenta yardas de la mansión, con objeto de poder vigilar desde allí la llegada de la muchacha a su domicilio.

Tenía de ella sólo una somera descripción, pero no necesitaba saber más. Una pregunta sería lo suficiente para estimular la autoidentificación voluntaria a involuntariamente. No hay forma de impedir que el cerebro registre sus reacciones negativas o afirmativas, sea cual sea el deseo de impedirlo.

Una vez que la joven se hubiera introducido en su casa, el problema sería cómo ganar una entrevista contraria a sus deseos. Si ella rehusaba de plano al verle, él no podría obligarla a hacerlo.

Era preciso entrevistarse con ella cara a cara. Si ella estuviera dentro de la casa, él podría permanecer en el mismo sitio toda la noche controlando sus pensamientos, separándolos de los de las demás personas que se hallaran en las cercanías, sin dificultad. Podía, si lo deseaba, estar espiando su en mente durante toda una semana.

Pero no le serviría de nada si la mente de la joven contuviera sólo pensamientos que no tuvieran nada que ver con el asunto que se llevaba entre manos. Era preciso que se estimulara en ella mediante preguntas directas a su mente la cuestión del caso y forzarla así a revelar cualquier detalle que pudiera ocultar. Se requería para este fin un estímulo vocal. Para materializarlo, era forzoso hacerle preguntas sobre tal o cuál cosa, captando con ello útiles conclusiones desde todos los puntos en donde sus pensamientos se contradijeran con sus palabras.

En dos ocasiones, mientras esperaba, pasó una joven que atrajo su atención momentáneamente. Pero como ninguna de ellas se dirigió hacia el portal, no hizo intento alguno de identificarlas mentalmente. Simplemente se limitó a contemplarlas hasta que desaparecieron de su vista.

Se detuvo un autobús en la parada que volvió a emprender la marcha después de que salieran de él cuatro pasajeros. Uno de ellos,

un hombre alto y pálido, le miró con curiosidad.

—Pasará media hora antes de que llegue otro.

—Sí, lo sé —dijo Harper.

El otro se encogió de hombros, cruzó la carretera y penetró en la casa enfrente de la parada. Harper se alejó alguna distancia de la parada, situándose en un lugar desde el que pudiera vigilar sin ser espiado desde las ventanas por el hombre pálido.

A las seis menos cinco surgió una mujer joven que entró en la carretera cerca del lugar en que antes había estado vigilando y que corría con paso decidido acompañada del ruido del taconeo de sus altos zapatos. Era de mediana estatura, lozana y algo regordeta y de unos veinte años. Sin mirar en torno suyo ni darse cuenta de Harper, ascendió los peldaños de la casa y buscó la llave en su bolso.

Desde una distancia de setenta yardas, Harper escudriñó su mente, buscando la confirmación de su identidad. El resultado fue sorprendente. En el preciso instante en que la mente de Harper se puso en contacto con la de ella, la joven acusó el impacto; él, a su vez, se dio cuenta de que ella lo había acusado. La joven dejó caer su bolso en su agitación, se agachó y lo recogió, mientras él empezaba su carrera hacia ella.

Abriendo el bolso, la joven buscó ávidamente en su interior mientras los precipitados pasos de Harper sonaban fuertemente sobre el pavimento. Los ojos de la mujer contenían un reluciente brillo cuando introdujo la llave en la cerradura. El sudor invadía el ancho rostro de Harper, mientras su mano derecha se movía nerviosamente bajo su brazo izquierdo y sus piernas continuaban corriendo.

La llave dio la vuelta en la cerradura. Harper se detuvo a diez yardas de la mujer, apuntó su pistola y apretó el gatillo. El arma empezó a disparar con tanta rapidez que parecía como si alguien estuviera rasgando una pieza de lona. Un torrente de balas del tamaño de cabezas de cerilla dio de lleno en el blanco. La señorita Jocelyn Whittingham dejó la llave, se arrodilló sin pronunciar palabra y cayó de cabeza contra la puerta. Harper contempló cómo la sangre iba manchando sus cabellos y escuchó con la mente cómo su cerebro se apagaba para siempre.

V - NO SON DE ESTE MUNDO

LA Policía debió actuar con rapidez y pericia. Apenas Harper había recorrido trescientas millas cuando su nombre fue publicado en las periódicos y difundido en el aire. Se hallaba cenando en un restaurante barato cuando se enteró de ello mediante un periódico nocturno que publicaba la noticia. «RECLAMADO POR ASESINATO», decía. Seguía a continuación una correcta descripción personal de él mismo y detalles de su coche, incluyendo la matrícula; cuando lo leyó se maldijo interiormente. En el restaurante se hallaban presentes unas veinte personas, la mayor parte de ellas conductores de camiones que recorrían grandes distancias. La mitad de ellas habrían leído o estarían leyendo la misma hoja. Algunas no se habían dado cuenta de su presencia; las demás le miraban sin demostrar interés alguno. El sabía con absoluta precisión que nadie abrigaba sospechas contra él, y esto era la única ventaja que poseía.

Afuera, a plena vista de todo el mundo, se hallaba su coche. Los números de su matrícula parecían hincharse haciéndose enormes, aun cuando los mirara fijamente. Tres corpulentos individuos vestidos con monos azules pasaron junto al coche y sin dedicarle una segunda mirada, se introdujeron en otro aparcado cerca del mismo y se alejaron de allí. Su suerte podía repetirse por algún tiempo, pero no podía ser eterna.

Podía abandonarlo y apoderarse de otro. Cuando a uno se le reclama por asesinato, el robo no puede complicar más las cosas. Pero si lo hacía, los datos de la matrícula del coche robado serían publicados al poco tiempo, dejándole otra vez en la misma situación que antes. Además, por el momento, la Ley no sabía adonde se dirigía y el robo de un coche denunciaría la dirección de su fuga,

poniendo en acción a toda la policía del Estado en contra suya. Asimismo, revelaría el hecho de que había atravesado las fronteras del Estado, para evadir su castigo, un delito federal que podría traer consigo la intervención del F.B.I.

Pero el F.B.I. necesitaba intervenir; de esto estaba más que seguro. Su muy peculiar posición le hacía desear ponerse en contacto con el F.B.I. antes de que ellos le arrestaran.

No le era difícil descubrir los medios de que se había valido la Ley para atribuirle la responsabilidad del delito. El conocimiento de Ledsom de que debía ir a visitar a la joven; la descripción que el hermano de la víctima hizo del visitante y la declaración del hombre de tez pálida sobre el individuo que merodeaba por la parada del autobús. Y, por encima de todo, las diminutas balas halladas en el cuerpo de la víctima, que no podían ser disparadas por otra pistola que no fuera la suya.

Considerando todo esto, a Harper no le cabía la menor duda de que Ledsom estaría completamente seguro ahora de quién era el asesino de Alderson.

Lo que menos le gustaba de toda esta publicidad súbita y desmedida que se hacía contra un individuo llamado Harper no era precisamente el que instara a la persecución oficial contra él, sino que quizá también pudiese provocar una persecución extraoficial. Las fuerzas de la Ley y el Orden no serían las únicas que se tomaran un gran interés en el hecho de que había cometido el asesinato de la señorita Jocelyn Whittingham. Ciertas otras, indudablemente, se lanzarían en su búsqueda… aquellos tres hombres del Thunderbug, por ejemplo.

Apuró el resto de café y salió del restaurante rápidamente, con prudencia, y luego se metió en su coche emprendiendo veloz marcha a través de la obscura noche sin luna. Le quedaban todavía quinientas millas por delante.

A las cuatro cuarenta de la mañana, con el pálido resplandor del amanecer apuntando hacia el Este, alguien debió leer su matrícula o bien le perseguía por capricho.

Harper no oía el gemido de una sirena ni tampoco podía captar los pensamientos de la persona o personas que le seguían. Se hallaba demasiado lejos y demasiado preocupado con la conducción de su coche. Apretó al máximo el acelerador y dejó que el vehículo

avanzara vertiginosamente por la carretera. Si sus perseguidores fueran policías, como su reflector parecía indicar, el hecho de que hubiera acelerado sería lo suficiente para convencerles de que perseguían a alguien que tenía mucho de qué temer.

Desplazándose a una velocidad de más de noventa millas, atravesó un cruce y se metió en una carretera todavía más oscura bordeada de grandes árboles ambos lados. Los árboles pasaban rápidamente con sus brazos extendidos, como si fueran enormes fantasmas asombrados ante la persecución nocturna.

No había más tránsito que el de su propio coche y el que le perseguía. Muy a lo lejos y ligeramente a su derecha, podía ver el suave reverbero en el cielo de las luces de las calles de un gran ciudad; se preguntó si podría cubrir aquella distancia y, si lo lograba, qué haría cuando llegara a ella.

Efectuó otro viraje y momentáneamente dejó de ver en su espejo la luz de su perseguidor, que ahora se encontraba a menos de media milla a sus espaldas. Su propio faro iluminó brevemente un sendero que se introducía en el espeso bosque. Viró tan súbita y temerariamente que, durante un par de segundos, creyó que el coche daba la vuelta de campana.

Apagó los faros y se introdujo en el bosque otras cincuenta yardas entre la más completa obscuridad, mientras rogaba que no chocara contra cualquier invisible árbol o se hundiera en una oculta zanja. Crujían las secas ramitas bajo las ruedas, pero la suerte le acompañaba. Frenó, abrió una ventanilla y escuchó atentamente.

Ahora podía oír el gemido de la sirena, un coche-patrulla, no cabía duda; en este momento pasaba por la carretera frente a la boca del sendero. Su reflector iluminó brevemente las nocturnas tinieblas acompañado por el lamento de la sirena. Su paso fue demasiado rápido para que Harper pudiera darse cuenta de cuántas personas viajaban en su interior o pudiera captar cualquier pensamiento.

Permaneció silencioso rodeado por las sombras de la noche hasta que vio desaparecer el reflector de su perseguidor tras un declive de la carretera a unas cuatro millas de distancia. Luego dio la vuelta, salió de nuevo a la carretera y tomó la dirección opuesta a la que le había llevado hasta el sendero. Alcanzó el cruce en el que poco tiempo antes había efectuado en viraje, volvió a la derecha y

continuó su marcha a lo largo de su nueva ruta.

Sin más incidentes, alcanzó Washington a últimas horas de la mañana. Aparcó el coche en las afueras de la ciudad y tomó un autobús que le condujo al centro de la misma. Una vez allí, se introdujo en una cabina telefónica y llamó a su oficina.

O bien la pantalla televisora estaba estropeada o es que había sido desconectada; su propia pantalla aparecía en blanco, y la respuesta de Moira, lo mismo.

—Oficina del señor Harper. ¿En qué puedo servirle?

—Sólo Dios puede servirme —repuso—. Soy su jefe.

Ella emitió un audible sonido entrecortado.

—¿De qué se asusta? —inquirió él—. Me ha hablado ya muchas veces antes para tenerme ahora miedo.

—Sí, señor Harper. Naturalmente, señor Harper. —Buscaba palabras desesperadamente—. Es que no le esperaba tan pronto.

—¡Vaya por Dios! —Rió maliciosamente a la pantalla en blanco —. ¿Por qué no? ¿Le dije que la llamaría, verdad?

—Es cierto, señor Harper, pero...

—¿Pero *qué*?

Ella no tenía la más vaga idea de lo que le debía contestar. Se le había pegado la lengua al paladar y estaba en un mar de confusiones.

—Ha estado leyendo los periódicos —observó él seriamente—. Pero no importa. ¿Hay alguna novedad?

—¿Alguna novedad?

—Mire, Moira, no haga caso alguno de esos dos gordinflones que se han tomado la libertad de sentarse en mi mesa. Escúcheme: ¿ha llegado alguna carta importante que requiera mi atención personal?

—N... n... no, señor Harper.

—¿Alguna complicación que tenga yo que resolver?

—N... no.

—Muy bien. Ponga a esos dos pollos al aparato.

Ella empezó a balbucear peor todavía.

—No comprendo, señor Harper. No hay... —dijo por último.

—¡Bueno, bueno, no más mentiras! —le ordenó.

En este punto la secretaria se retiró; Harper la oyó decirle débilmente a otra persona:

—Sabe que están aquí y quiere hablarse.

Oyó un sonoro gruñido de disgusto. La pantalla de Harper se iluminó y apareció una gruesa cara cuyos ojos le miraron de mal talante.

Antes de que el otro tuviera ocasión de pronunciar palabra, Harper dijo:

—Cuando se me impide la vista de mi propia oficina sé que hay alguien interesado que no quiere que la vea. También sé que se le ha ordenado a Moira que me retenga cuando pueda, a fin de que les permita averiguar el lugar desde donde efectúo la llamada. Bueno, están ustedes perdiendo miserablemente el tiempo que los sufridos contribuyentes tienen que abonar; sería mejor que se largaran y se dedicaran a la caza de los pecadores locales. Díganle a Riley que siento verdadero cariño por él, a pesar de todos sus defectos.

La cara se frunció más todavía.

—Oiga, Harper…

—Escúcheme primero —continuó Harper impaciente—. Llamo desde Washington y me dirijo al Cuartel General del F.B.I. para entregarme.

La incredulidad se expresó en la distante cara.

—¿Es eso cierto?

—Pregúnteselo al F.B.I. dentro de unos quince minutos; ellos le confirmarán que me tiene en su poder. Pero no lo celebren aprovechándose de Moira. ¡Soy yo quien le pago, no ustedes!

Colgó el aparato, salió de la cabina y se mezcló con la gente que deambulaba por la acera. Había recorrido dos manzanas cuando un hombre alto y joven de negra cabellera y distinguido porte le echó una breve cuan penetrante mirada al pasar junto a él; el hombre enarcó sorprendido las cejas, continuó andando unos pocos metros y luego dio media vuelta y siguióle.

Harper continuó impertérrito su camino, sonriendo plácidamente mientras recogía datos de la mente de su seguidor. Robert Slade, treinta y dos años, agente del F.B.I., estaba obsesionado con la idea de que Harper tenía una sorprendente semejanza con Wade Harper. El encuentro fue puramente accidental, pero el chico quería asegurarse de que se le ofrecía la oportunidad de echarle el guante al criminal.

Harper se introdujo en una bocacalle y recorrió tres manzanas más y se encontró algo desorientado. No estaba muy familiarizado

con Washington. Se detuvo en una esquina, encendió un cigarrillo y al hacerlo miró de reojo al agente, que al parecer se hallaba ahora entretenido en la contemplación de los objetos exhibidos en un escaparate.

Encaminóse hacia el policía y le tocó suavemente el codo, diciéndole:

—Perdone; ando buscando el Departamento Central del F.B.I. ¿Puede indicarme su dirección?

Aquello asombró más a Slade que si le hubieran aplicado el cañón de una pistola en el estómago.

—Pues… yo… sí… claro. —Su mente decía—: ¡*Vaya coincidencia*!

—Usted es Robert Slade, ¿verdad? —preguntóle Harper simpáticamente.

El otro acusó visiblemente su sorpresa.

—En efecto, lo soy. Pero no tengo la menor idea de conocerle.

—¿Le gustaría practicar una detención?

—Qué quiere usted decir?

—Estoy buscando su Departamento Central. Usted me puede indicar el camino. Si quiere llamarle a esto un arresto, por mí, encantado. Me llamo Wade Harper.

Slade inspiró profundamente.

—¿Se está burlando de mi, acaso?

—¿Por qué? ¿No me parezco a Harper?

—Ciertamente, es así… pero quizá esté usted harto de que lo tomen por él. Si es así, poco podemos hacer para impedirlo.

—Esto tiene una fácil solución. Tienen mis huellas dactilares en su fichero. —Metió la mano buscando bajo el brazo—. Aquí está mi pistola. No permita que los muchachos del Departamento de balística la pierdan. Espero que me la devuelvan algún día.

—Gracias. —Evidentemente desconcertado, Slade se guardo el arma en un bolsillo y señaló calle abajo—. Por ahí.

Empezaron a caminar, uno al lado del otro. Slade no hizo sugestión alguna de emplear sus esposas, ni tampoco se mantenía demasiado receloso. La actitud de Harper le había puesto en un estado de escepticismo; se sentía inclinado a creer que la captura que había efectuado no le ganaría mucho crédito, por cuanto el cautivo estaba demasiado engreído para no ser otro cosa que inocente.

Alcanzaron el gigantesco edificio y se introdujeron en su interior. Slade acompañó a Harper hasta una pequeña habitación y le dijo:

—Espere aquí un minuto —y se marchó. La salida y la calle eran fáciles de alcanzar. No había otro obstáculo para impedir la fuga que un individuo de fea catadura que se hallaba de servicio en la puerta.

Acomodándose a su gusto en una silla neumática, Harper se entretuvo estudiando los pensamientos de Slade. El agente recorrió un corto corredor, penetró en una oficina y habló allí con alguien.

—Acabo de detener a Wade Harper. Está en la habitación número cuatro.

—*¿Sólo?*

—*Sí.*

—*¿Está usted loco? Puede escaparse y...*

—*Venía hacía aquí cuando me encontré con él* —le interrumpió Slade, rehusando honradamente el mérito de la detención—. *Quería venir.*

—*¡Recórcholis! Hay algo muy extraño en todo esto*. —Una pausa—. *Tráigamelo aquí.*

Harper se puso en pie, recorrió el corredor y llegó a la puerta en el mismo momento en que Slade la abría. Por tercera vez consecutiva, Slade se sintió estupefacto. Se echó a un lado, silencioso y extrañado, mientras Harper impertérrito y tomando asiento clavaba la vista en la flaca cara del hombre sentado tras la mesa. El otro le devolvió la mirada y al hacerlo se entregó a su oponente sin saberlo: William Pritchard, de treinta y nueve años, supervisor de zona.

—Buenos días, señor Pritchard —le dijo Harper, con el aire festivo de aquel que no sabe lo que son preocupaciones mundanas.

Pritchard parpadeó, puso en orden sus dispersos pensamientos y dijo:

—Se le está buscando. Se le acusa del asesinato de Jocelyn Whittingham.

—Sí, lo sé. Leí los periódicos.

—*Alguien ha obrado a la ligera* —pensó Pritchard, impresionado por la frialdad con que el otro se expresaba—. *Tiene una coartada.* —Después de aclarar su garganta, preguntó—: Bien, ¿quiere hacer

alguna declaración al respecto?

—Tengo mucho que declarar… pero no a usted.

—¿Y por qué a mí no?

—No se trata de ninguna razón personal, se lo aseguro. Me gustaría hablar con Sam Stevens.

—Vaya a ver dónde está —ordenó Pritchard, tras una breve vacilación.

Slade se marchó, regresando al poco rato diciendo:

—Stevens está en Seattle.

En aquel momento se dejó oír el estridente timbre del teléfono. Pritchard lo cogió y dijo:

—¿Sí? ¿Cómo lo supo? Oh, ¿se lo dijo él mismo, verdad? No, no estaba bromeando; está aquí, en efecto. Ahora mismo lo tengo delante. —Colgó el teléfono de un seco golpe y mirando duramente a Harper, le dijo—: No puede ver a Stevens. Está ausente.

—Es una lástima. Podía haberme facilitado una entrevista con alguien más importante. Deseo ponerme en contacto con las más importantes personas hasta las que pueda llegar.

—¿Y eso por qué?

—Me niego a decirlo.

Frunciendo el ceño malhumorado, Pritchard se inclinó hacia adelante.

—¿Disparó o no disparó contra la señorita Whittingham?

—Sí, disparé contra ella.

—Muy bien. ¿Está dispuesto a firmar su confesión sí respecto?

—No.

—¿Admite que disparó contra ella, pero se niega a firmar su confesión?

—Exacto.

—¿Le importa decirme la razón? —invitóle Pritchard, estudiándole escrutadoramente.

—Tengo una buena razón. No la maté.

—Pero si está muerta, más muerta que una momia. ¿No lo sabía?

Harper hizo un significativo gesto con la mano como queriendo indicar que concedía muy poco importancia a aquel aserto.

—¿De modo que disparó contra ella, pero no la mató, verdad? —persistió en decir Pritchard—. ¿Así es que le metió una docena de

balines de acero en el cráneo, pero de un modo u otro logró abstenerse de cometer un homicidio, eh?

—Correcto.

Esto lo decidió. Las mentes de Pritchard y Slade pronunciaron un veredicto simultáneo: No se cree culpable de asesinato porque está más loco que una cabra. Suspirando profundamente, Harper dijo:

—Sam Stevens es la única persona del F.B.I. a quien conozco. Hace un par de años estuvo en mis talleres, efectuando una investigación. Fue allí para cumplimentar cierta clase de documento sobre la seguridad nacional. Me dio un permiso de arma y una serie de instrucciones burocráticas, la primera de las cuales dice que me convierto en propiedad federal en el preciso instante en que estalle la guerra, quedando mi persona confiscada por el Gobierno.

—¿Pero…? —empezó a decir Pritchard, no viendo la relación que hubiera entre esto y el asunto de que estaban hablando.

—El caso Wittingham está más o menos relacionado con el mismo documento… es decir, con la seguridad nacional. Por consiguiente, sólo puedo hablar con alguien que sepa de qué estoy hablando.

—La persona indicada sería Jameson —susurraron prontamente los pensamientos de Pritchard.

—Alguien como Jameson —añadió Harper.

Los dos agentes reaccionaron como si hubiera pronunciado un nombre sagrado en un lugar profano.

—O con quienquiera que sea su jefe —dijo Harper, refiriéndose a Jameson.

Con severo tono de voz, Pritchard preguntó:

—Acaba usted de decir que Stevens es el único miembro del F.B.I. a quien usted conoce. ¿Cómo es que sabe de Jameson? Y, hablando de esto, ¿cómo supo *mi* nombre?

—También supo el mío —indicóle Slade.

—Esta es una cuestión que sólo ante la presencia de alguien de la máxima importancia me permitiré solventar —dijo Harper. Miró entonces sonriente a Pritchard y le preguntó—: ¿Cómo está su cuerpo?

—¿Eh?

Y de la confusión que se produjo en la mente del otro, Harper

extrajo una detallada imagen y le dijo con voz en que vibraba la satisfacción:

—Tiene usted una marca de nacimiento en la parte interna de su muslo izquierdo que tiene forma de pez.

—¡Esto es ya el colmo! —bramó Pritchard poniéndose en pie terriblemente preocupado. Dirigiéndose a Slade, le dijo—: No le quite el ojo a este Houdini mientras yo voy a ver a Jameson a ver lo que dice. —Diciendo esto, desapareció inmediatamente.

Harper le preguntó entonces a Slade:

—¿Me hace el favor de darme una hoja de papel?

Extrayendo una de un cajón de la mesa, Slade se la pasó al otro. Contempló a Harper mientras éste sacaba una pluma y se disponía a escribir. La confesión, va a firmar la confesión, pensó. Definitivamente, es un pobre loco que dice una cosa ahora y luego hace lo contrario.

Haciendo caso omiso de estas poco halagadoras ideas, Harper esperó un momento y luego se puso a escribir. Escribió con mucha rapidez, terminando poco antes del regreso de Pritchard.

—No quiere recibirle —anunció Pritchard con aire indiferente.

—Lo sé —contestó Harper, pasándole el papel.

Los ojos de Pritchard parecían salírsele de las órbitas al leerlo. Salió corriendo, mientras Slade lo miraba fijamente y luego volvía la vista clavándola interrogativamente en Harper.

—Es una trascripción completa y minuciosa de su conversación con Jameson —le informó Harper—. ¿Quiere apostar algo contra mí a que le veo en seguida?

—No —contestóle Slade maliciosamente—. No me gusta perder inútilmente mi dinero.

Jameson era un corpulento individuo de mediana edad provisto de una rizada cuan grisácea cabellera. Sus ojos eran azules y de mirar frío y sus modales el de una persona largo tiempo acostumbrada a mandar. Sentado con el cuerpo erguido, mantenía con firmeza una fuerte índice sobre la hoja de papel que había sobre su mesa.

—¿Cómo lo hizo?

—Fue bastante fácil. Tomé puntería, apreté el gatillo, fuego y la derribé.

—No le pregunto sobre eso. —El índice golpeó impaciente sobre

el papel—. Me refiero a esto.

—Oh, el papelito con la conversación. —Harper pretendía comprender algo que ya había comprendido antes de que fuera dicho—. Lo hice del mismo modo que el enemigo puede hacerlo siempre que quiera enterarse de nuestros proyectos.

—Puede marcharse —le indicó Jameson a Pritchard—. Le llamaré en cuanto lo necesite. —Esperó hasta que la puerta se hubo cerrado y entonces, mirando fijamente a Harper, le preguntó—: ¿Asegura usted categóricamente que hay agentes de otras potencias que pueden leer nuestras mentes a voluntad?

—No.

—¿Por qué hizo entonces esa sugerencia?

—Me limito simplemente a señalar el hecho de que, lo que puede hacer uno, también lo puede hacer otro —dijo Harper—. Es una idea que me preocupa desde hace años. Pero hasta ahora no he podido encontrar ninguna prueba que me apoye.

—Es evidente que está hablando de algo que usted puede hacer. ¿Qué es lo que puede hacer?

—Eso —repuso Harper, señalando el papel.

Jameson no era ningún tonto. Había comprendido la idea desde el principio, pero todavía encontraba considerable dificultad en absorberla. La explícita explicación le estaba pareciendo indigesta.

—Sería necesario un telépata para hacer esas cosas.

—Ni más ni menos —convino Harper.

—¿Y quién conoce a alguno de ellos?

Harper se limitó a encogerse de hombros.

Conectando su intercomunicador, Jameson habló al micrófono:

—¿Está la señorita Keyes? Dígale que se ponga al aparato. Señorita Keyes, tenga la amabilidad de mecanografiar una columna de veinte cifras compuestas cada una de ellas por ocho números elegidos al azar. Tráigamela inmediatamente cuando la termine. —Desconectó y, mirando desafiante a Harper, empujó el papel hacia él, diciéndole—: Vea lo que puede hacer con esto.

—Es que ahora tengo que buscar entre el embrollo general a alguien que esté imaginando números sin significado —se lamentó Harper—. Mientras lo busco, se me pueden pasar por alto algunos.

—No se preocupe; hágalo lo mejor que pueda. Si solamente consigue detallar una cuarta parte de ellas, me convencerá de que la

época de los milagros no ha pasado todavía.

Harper anotó dieciocho de ellas, y los dos últimos números de la decimonona. Cogiendo el papel sin comentario alguno, Jameson esperó a la señorita Keyes. Llegó al poco tiempo, entregó a su jefe la lista y se marchó sin demostrar sorpresa. Jameson confrontó las dos columnas.

Finalmente dijo:

—Esto es peor que una bomba en el Pentágono. Ya no existe el secreto personal.

—En efecto.

—¿Cómo le ocurrió?

—¿Puedo yo saber cómo me ocurrió? Todo cuanto sé es que nací así. Durante unos años supuse que a todo el mundo le sucedía lo mismo que a mí. Siendo niño, me costó mucho tiempo aprender que no era así; Aprender que yo era un vidente en el país de los ciegos; aprender que podía ser temido por los demás, y que los que son temidos son odiados.

—Debe haber una razón para ello —dijo Jameson.

—¿Tiene importancia?

—Muchísima. Usted es un fenómeno creado por una serie de circunstancia verdaderamente especiales. Si pudiera detallar completa y minuciosamente tales circunstancias, podríamos estimar la posibilidad de que las mismas se hubieran repetido en cualquier otra parte. Esto, a la vez, nos proporcionaría una buena idea de si hay más personas como usted… y, si es así, quién las tiene.

Harper replicó tranquilamente:

—No creo que nos importe… ahora ya no.

—¿Por qué no?

—Porque me puse en contacto mental con Jocelyn Whittingham y me insultó inmediatamente. Por eso disparé contra ella.

—¿Consideró usted eso adecuado motivo para asesinarla? —inquirió Jameson.

—¡En vista del insulto, sí!

—¿Qué insulto fue ese?

—Un bastardo terrestre.

VI - REGRESO SECRETO

DURANTE dos minutos Jameson permaneció sentado inmóvil como si estuviera paralizado. Sus pensamientos revoloteaban incesantemente en su cerebro y se había olvidado momentáneamente de que Harper los podía leer con tanta facilidad como si estuvieran en luces de neón.

Luego preguntó:

—La única persona en el mundo que puede estar segura de la mente de otra, es un telépata —aseguróle Harper—. Le diré algo más—: Disparé contra ella porque sabía que no la podía matar. Era algo físicamente imposible.

—¿Cómo se explica eso?

—Ningún hombre podía causar daño a Jocelyn Whittingham... por que ya estaba muerta.

—Pero oiga... aquí tenemos un detallado informe policíaco...

—Maté alguna «cosa» —interrumpióle Harper—. Maté a la «cosa» que ya la había matado a ella.

La mente de Jameson se sumió de nuevo en un mar de confusiones. Poseía una aguda inteligencia acostumbrada a resolver los más difíciles problemas esencialmente normales. Esta era la primera vez que su gran experiencia recibía una bofetada por una muestra de lo supernatural.

Una cosa sorprendió al observador Harper y era que mucha de la confusión del otro partía del hecho de que le faltaba cierta información que era lógico esperar poseyera. Jameson ocuparía un cargo muy elevado en la burocracia sin duda; pero evidentemente no estaba lo suficientemente alto. A pesar de todo, tenía bastante poder para llevar adelante el asunto y hacer algo efectivo. Harper dijo:

—La información que ha recibido usted de la policía es incompleta. Me gustaría contarle lo que yo he experimentado personalmente.

—Empiece —le invitó Jameson, satisfecho de poder concentrarse en algo que pudiera aclararle el embrollo.

Empezando desde el momento en que captó los pensamientos del moribundo Alderson, Harper se lo contó todo hasta el final. Luego dijo:

—Ningún ser humano normal se da cuenta nunca de que se le leen sus pensamientos. No nota ninguna sensación de contacto físico que pudiera servir para advertirle; permanece completamente inconsciente de que está siendo espiado. He estado absorbiendo por decirlo así sus propios pensamientos durante todo el tiempo que hemos estado aquí juntos; sus sentidos no han registrado el espionaje a que han estado sometidos en manera alguna, ¿verdad?

—No —admitió Jameson.

—Y si yo no le hubiera dicho que soy un telépata y le hubiera satisfecho con pruebas evidentes ¿hubiese sido capaz de sospechar que su mente está completamente abierta para mí?

—No.

—Bien —prosiguió Harper acto seguido—, en el preciso instante en que toqué la mente del interior de Jocelyn Whittingham, sintió el contacto; aquella mente sabía de dónde procedía el contacto y se alarmó terriblemente y me odió con la más espantosa ferocidad. En el mismo instante detecté todas sus reacciones y reconocí que era una mente no humana. El contacto no duró una cincuentena de segundo, pero fue suficiente. Me di cuenta de que no era la mente de una mujer, con la misma facilidad con que usted se daría cuenta de que el ruido que produce la serpiente de cascabel no es igual que el llanto de un niño.

—Si no era humana —inquirió Jameson, con mucho escepticismo—, ¿qué era?

—Eso lo ignoro.

—¿Qué forma tenía?

—La forma del cuerpo de la señorita Whittingham. *Tenía* que ser así; estaba valiéndose de su cuerpo.

Un sentimiento de incredulidad se abrió paso de pronto en el cerebro de Jameson.

—Bueno, tendré que aceptar la idea de que es usted un auténtico telépata o bien que ha descubierto un nuevo y soberbio truco que le hace aparecer como tal. Pero esto no significa que me tenga que tragar el cuento que me ha servido sobre el asesinato. Usted basa los argumentos de su defensa en el supuesto de que disparó contra un cadáver animado por Dios sabe qué. Ningún jurado de este mundo concedería a sus alegatos ni un momento de consideración.

—Jamás me enfrentaré con un jurado —replicó Harper.

—Pues yo creo que sí... a menos que antes caiga muerto. La Ley debe seguir su curso.

—Por vez primera en mi estúpida existencia, estoy por encima de la Ley —contestó Harper, impresionantemente seguro de sí mismo—. Y lo que es más, la misma Ley lo va a reconocer así.

—¿V cómo llega usted a esa notable conclusión?

—La Ley no está solamente interesada en la muerte del Jocelyn Whittingham. Está aún más preocupada acerca del asesinato del agente de policía Alderson. Y usted no puede achacarme ese crimen, porque yo no lo cometí.

—¿Quién fue entonces? —preguntó Jameson inquisitivamente.

—¡Ah...! —exclamó Harper mirándole significativamente—. Ahora viene al meollo de la cuestión. ¿Quién mató a Alderson? ¿Y por qué?

—¿Y bien?

—Los tres hombres de un Thunderbug. Tres hombres que, con toda seguridad, se resintieron de la intrusión de Alderson en un crítico momento, el momento en que se estaba convirtiendo en una posesa a la señorita Whittingham.

—¿Posesa?

—No me mire de esa forma. ¿Cómo puedo saber exactamente lo que ocurrió? Todo cuanto sé es que ha debido suceder algo... algo extraño que tuvo como consecuencia el resultado que yo descubrí.

Jameson parecía estar desconcertado.

—Tres hombres —prosiguió Harper con énfasis—. Tres hombres vestidos con trajes verdes, corbatas de igual color y camisas grises. Tres hombres que usaban uniformes por nadie conocidos. ¿Por qué no se han reconocido esos uniformes?

—Porque no eran uniformes de ninguna clase —apuntó Jameson —. Simplemente, parecían uniformes porque tenían una especie de

confección oficial, por ejemplo.

—Porque eran uniformes que nadie conoce —sugirió Harper—, porque el Gobierno no dijo a nadie nada sobre ellos.

—¿A dónde diablos va usted a parar?

—Estamos destrozando la Luna y nadie se preocupa de ello. Ya ha transcurrido el suficiente tiempo para que se haya convertido en algo vulgar. Estamos tan acostumbrados a esos asuntos que hemos perdido nuestra capacidad para sufrir sorpresas.

—Estoy enterado de todo esto, puesto que vivo en el presente —dijo Jameson, algo impaciente—. ¿Y a qué viene esto?

—¿Abriga alguien la intención de explotar Venus o Marte? ¿Han enviado ustedes allí alguna expedición para investigar, y si es así, cuándo partió? ¿Debían estar ya de regreso? ¿Eran tres hombres vestidos con uniformes verdes y camisas grises?

—¡Dios mío! —exclamó Jameson.

—Tres hombres partieron hacia cierto lugar y se encontraron allí con algo más de lo que deseaban y se lo trajeron aquí involuntariamente para diseminarlo a su alrededor. Esta es mi teoría. Parta de esa base.

—Si me voy al sitio adecuado con esa fantasía, pensarán que estoy loco.

—Sé por qué lo teme; puedo leer en su mente, ¿recuerda? En primer lugar, usted personalmente no ha oído hablar de ninguna expedición espacial, ni tiene la más ligera idea de ninguna. En segundo, no puede dar crédito a mi diagnóstico. ¿Es cierto?

—Sería inútil negarlo.

—Entonces considere: Sé que, por un brevísimo momento, me puse en contacto con una mente genuinamente extraña en posesión de un cuerpo humano. Ese ente no podía haberse solidificado de la nada. Debe haber llegado de una forma oculta. Alguien tuvo que traerlo. Los únicos sospechosos posibles son esos tres hombres.

—Prosiga —le animó Jameson.

—No tenemos ni la más vaga idea del tiempo que llevan esos tres dando vueltas por aquí. Tal vez sea una semana. —Miró a su interlocutor con mirada acusadora—. Por consiguiente, la señorita Whittingham puede que no sea la primera. Ese trío puede haber dado el tratamiento a un centenar y quizá en estos mismos momentos están ocupándose de otras cien personas mientras

nosotros estamos aquí perdiendo el tiempo miserablemente. Si esperamos demasiado, tendrán tiempo de esclavizar a media humanidad antes de que nos demos cuenta de ello.

Jameson se movió nerviosamente y miró vacilante al teléfono.

—Brockman, de Servicios Espaciales —dijo Harper—. Ese es el hombre que ahora mismo tiene usted en la cabeza. —Efectuó un apremiante gesto—. Venga, comuníquese con él. ¿Qué se puede perder? Quizá le diga lo que ni en sueños me diría a mí. Pregúntele si está en el espacio alguna expedición y cuándo debe volver.

—Diez contra uno a que hará caso omiso de mi pregunta y que querrá saber por qué se lo pregunto —protestó Jameson—. Me cuesta mucho tener que decirle las opiniones de usted, y de segunda mano.

—Solamente se pondrá furioso contra usted si no existe tal expedición —aseguró Harper—. Pero si en realidad existe, y se trata de un secreto máximo, su pregunta le incitará a averiguar cómo se infiltró la noticia. Pruebe con él, y oigamos lo que dice.

Dubitativamente, Jameson cogió el teléfono y dijo con voz resignada:

—Póngame con el señor Brockman, del Departamento de Servicios Espaciales.

Cuando contestaron, Jameson habló en la forma reluctante de alguien obligado a anunciar el arresto de Blanca Nieves y los Siete Enanitos.

—Tenemos aquí algo muy extraño. No quiero hacerle perder el tiempo explicándole todos los detalles. Nos sería de gran utilidad el que usted pudiera informarme de si se ha efectuado en secreto alguna aventura espacial. —Escuchó un momento, mientras su rostro se iba tornando paulatinamente más lívido—. Sí, es muy importante que sepamos si se ha a llevado a cabo o no. ¿Me hace el favor? ¡Muchas gracias! —Dejó el teléfono con un seco golpe.

—¿No lo sabe? —preguntó Harper.

—Correcto.

—¿*Debería* saberlo?

—Supuse que sí; pero podía estar equivocado. Cuanto más importante es un secreto, a menos personas se le confía el mismo... y tendremos que alcanzar más altas esferas para buscar la respuesta, si es que *hay* una respuesta satisfactoria. —Jameson se extrajo un

pañuelo azul del bolsillo y se lo pasó por la frente, aunque no estaba sudando—. Brockman llamará tan pronto como sepa algo.

—Ganaríamos un tiempo precioso si llamáramos a la Casa Blanca y se lo preguntáramos al Presidente. No me diga que *él* no sabe lo que está ocurriendo.

Jameson se mostró atónito.

—Mire, déjeme hacer las cosas a mi modo, ¿querrá?

—Naturalmente. Pero cuanto más tiempo perdamos con esto, más pronto puede usted empezar a llevar las cosas de una forma extraterráquea. —Harper sonrió amargamente—. Como no tengo mi pistola, tendría que estrangularle con mis propias manos... si es que pudiera hacerlo sin que usted se posesionara de *mí*.

—¡Cállese! —ordenó Jameson empalideciendo ligeramente. Miró al teléfono, el que en seguida empezó a sonar, Lo cogió ávidamente y dijo—: ¿Y bien? —Y entonces media docena de expresiones se dibujaron en su rostro. Colgó luego el aparato y se puso en pie, diciendo?

—Quieren que vayamos allí inmediatamente.

—¿Y nosotros sabemos por qué, verdad?

Sin molestarse en responder, Jameson descendió las escaleras y se introdujo en su coche, seguido de Harper. Atravesaron diez bocacalles y luego subieron hasta el piso veinte de un edificio de cemento y cristal y penetraron en una oficina en la cual esperaban cuatro hombres de severos semblantes.

Estos cuatro miraron brevemente a Harper sin demostrar reconocerle, a pesar de toda la publicidad. Al parecer, raras veces tenían ocasión de leer los periódicos o contemplar la televisión.

El de más edad del cuarteto, un hombre de delgado rostro con ojos de acerado mirar y alba cabellera, dijo de pronto a Jameson:

—¿Qué es todo eso sobre una expedición espacial? ¿De dónde obtuvo usted la información?

Jameson indicó con un gesto a su compañero.

—Este es Wade Harper. La policía del Estado le acusa de asesinato. Se presentó en nuestro Departamento hace cosa de una hora. Mi pregunta se basa en su declaración.

Cuatro pares de ojos se clavaron en Harper.

—¿Qué declaración?

Estos hombres estaban irritados y Harper podía verlo. También

podía ver la causa de su irritación: estaban profundamente condolidos porque unos datos secretos habían pasado a ser del dominio público. Y también podía ver que, por el momento, Jameson había olvidado su especial aptitud.

Mirando al hombre de albos cabellos, Harper captó su nombre y díjole:

—Señor King, sé de cierto que hace dieciocho meses enviamos una nave espacial con destino a Venus, él planeta más cercano. Esa nave fue el resultado de veinte años de experimentos gubernamentales. Llevaba a bordo una tripulación de tres hombres cuidadosamente escogidos. Su regreso estaba fijado para dos fechas condicionales. Si la tripulación se hallase en condiciones inaguantables, la nave debería estar de vuelta para el pasado noviembre. Si las condiciones que encontraran les permitiera vivir y dedicarse a una pequeña exploración, su regreso estaba señalado para mediados de junio, o sea, de aquí a cinco semanas. El hecho, de que no se sepa que han vuelto está considerado oficialmente como algo alentador. El Gobierno espera su llegada antes de comunicar la noticia al mundo.

King oyó todo esto con rostro impasible, que él mismo se figuraba ocultaba el tumulto de sus pensamientos. Preguntó con forzada calma:

—¿Y cómo obtuvo usted esa información?

Aquello era ya demasiado para Jameson, quien había escuchado con asombro las palabras de Harper y había sido despertado por ellas de su letargo.

—Este hombre es un telépata, señor King. Lo ha demostrado ante mí dejándome completamente convencido; ha recogido los datos de su propia mente.

—¿De verdad? —King se mostraba abiertamente escéptico—. ¿Cómo entonces explica usted la naturaleza de su llamada a Brockman hace veinte minutos?

—Entonces lo sospechaba —intervino Harper—. Pero ahora lo *sé*. —Miró fijamente a los ojos de King y añadió—: En este momento está usted pensando que si el mundo tiene que verse atormentado por criaturas tales como los telépatas, sería algo bueno deshacerse de ellos cuanto antes para que no pudieran hacer daño a los demás.

—Usted sabe demasiado —contestó King—. Ningún Gobierno

podría desempeñar sus funciones con la debida seguridad con personas como usted en sus inmediaciones.

—Hace ya muchos años que voy dando vueltas por el mundo y hasta ahora no he ocasionado ninguna revolución sangrienta en ninguna parte.

—Pero ahora tenemos a un supuesto asesino traído hasta un departamento gubernamental por uno de los principales jefes del F.B.I. —dijo King—. Es un hecho verdaderamente insólito y sin precedentes. Espero que al menos hayan tenido la precaución de ver si lleva armas ocultas.

Jameson, que estaba junto a Harper, enrojeció y exclamó:

—Perdone, señor King, pero en esta cuestión hay mucho más que decir, aparte del aspecto de la misma que parece molestarle.

—¿Por ejemplo?

—La nave ha vuelto —terció Harper.

Los cuatro efectuaron un brusco movimiento, como si les hubieran pinchado con agujas.

King inquirió:

—¿Cuándo volvió? ¿Dónde aterrizó?

—Lo ignoro.

—¿Cómo sabe entonces que ha vuelto?

—Descubrió una pista de la tripulación —informo Jameson—. O al menos parecer ser así.

Harper contradijo cuidadosamente:

—No, no parece serlo; creo que los tripulantes han muerto.

—¿Los tripulantes murieron y usted no tiene ni la más ligera idea de dónde está situada su nave? —inquirió King—. ¿*Sabe*, sin embargo, que la nave ha regresado, verdad?

—En efecto.

—¿Hizo entonces el viaje por sí mismo? ¿Fue acaso lanzada a treinta mil millones de millas o más a través del vacío por un convulsión espacial única que la dejó en algún lugar desconocido para todos, excepto para usted?

—Su sarcasmo carece de fundamento y además de no servirnos de nada no me hace ninguna gracia —espetó Harper con voz que denotaba claramente su enojo—. La nave fue traída hasta aquí por un grupo de venusianos. ¿Qué tal le sienta esto eh?

A King no le gustó verdaderamente; nada. Su mente rechazó de

plano le imprevista afirmación y empezó a buscar una docena de objeciones.

El hombre con gafas que estaba a su derecha se aprovechó de la pausa para decir:

—El pilotar una nave espacial no es empresa fácil.

—No, señor Smedley, no creo que lo sea.

—Técnicamente es muy complicada y requiere para su manejo profundos conocimientos en la materia.

—Esto —dijo Harper— es precisamente el quid de la cuestión.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que cualquiera que pueda colarse dentro de una nave espacial y hacerla volar sin los previos conocimientos especiales, puede con la misma facilidad hacerse cargo de todo cuanto tenemos por aquí. —Hizo una pausa para que digirieran sus palabras y luego prosiguió —. Poco a poco, paso a paso, hasta que lo tengan todo y nosotros nos quedemos sin nada... ni siquiera nuestras propias almas.

—Esa idea es detestable —exclamó King, empezando a sentir un escalofrío continuo.

—Debería serlo —convino Harper—. Y además, haría usted bien en desechar esa última idea que está preocupándole.

—¿Qué idea?

—La de que soy un agente de una intrigante pandilla al otro lado del océano que están tratando de valerse de una hábil artimaña. Desde hoy, esa lucha ha terminado. Se encuentran con el mismo gravísimo problema que el resto de la humanidad; van a verse tan asustados como yo lo estoy en este momento.

—Lo dudo. Se sentirán igualmente suspicaces; nos censurarán por tratar de asustar al mundo con un terrible espíritu del mal.

—Cuando hayamos dejado de ser humanos, no nos importará quién censure a quién. Piénselo, ya no podremos censurarnos unos a otros.

King arguyó obstinadamente:

—Me está pareciendo que está usted haciendo una montaña de unas pruebas insignificantes. Esas pruebas pueden significar algo para usted, pero para nosotros no tienen importancia. Aunque le aceptáramos como a un auténtico telépata, no veo razón lógica que me haga suponer que los de su clase no están sujetos a errores. ¿Pretende seriamente que pongamos en estado de alerta la totalidad

de defensas de este país en razón de unos argumentos discutibles?

—No, no lo pretendo —admitió Harper—. No soy tan tonto como para eso.

—Entonces, ¿qué espera de nosotros?

—En primer lugar, deseaba confirmación oficial a mis sospechas de que había sido enviada una nave a algún lugar más allá de la Luna. Esa era la razón que me trajo directamente hasta aquí, evitando ser detenido por la policía local que sabe muy poco y vocifera demasiado. De una forma u otra *tenía* que averiguar algo sobre esa nave.

—¿Y en segundo?

—Ahora espero acción, dentro de unos límites razonables. Si ésta produce la prueba que ustedes desean, espero ulterior acción en una escala nacional.

—Es mucho más fácil hablar sobre la conveniencia de conseguir una prueba que irse a buscarla y arrancarlo uno mismo. Si esa prueba existe, ¿por qué no va usted a buscarla y se la trae consigo? Seguramente su mismo sentido común le dice que cuánto más increíble es un alegato, más pruebas exige para parecer convincente, ¿verdad?

—Le comprendo —dijo Harper—. Pero creo que si solamente pudiera obtener algo que tienen ustedes bien guardados en sus archivos secretos les haría sobrecogerse de pura angustia.

—¿A qué se está usted refiriendo?

—A las fotografías de esos tres astronautas —contestó Harper, mirando a King y a los otros tres graves caballeros con esa mirada de triste reproche de alguien sorprendido ante su incapacidad para comprender lo que era evidente—. Tenemos un testigo que tuvo la oportunidad de observar de cerca a dos de los tres y tomó nota cuidadosa de ellos. Muéstrenle sus fotografías. Si él dice que son ellos, ya está todo aclarado.

Jameson arqueó las cejas y dijo:

—Sí, eso es lo que lógicamente hay que hacer. Decidirá el asunto de una forma o de otra. Y también es posible hacer algo mejor. Podemos eliminar cualquier motivo de duda.

—¿Cómo? —inquirió King.

—Una docena, veinte o quizá cuarenta personas pueden haberse dado cuenta del Thunderbug y de los tres hombres que viajaban en

su interior. Puedo poner agentes en acción con la misión de seguir la pista del coche y averiguar quiénes son los testigos. Si toados ellos dicen lo mismo, es decir, que esos tres hombres son los astronautas desaparecidos… —Dejó que sus palabras murieran en el silencio, logrando con ello que produjeran un efecto mucho más siniestro.

—Para permitirle hacer lo que se propone —señaló King—, tendríamos que sacar esas fotografías de los archivos secretos y proveerle a usted de una gran cantidad de copias.

—Naturalmente.

—Pero eso significa la divulgación general de datos secretos.

Harper emitió un fuerte gruñido, se frotó la barba y recitó los nombres de los doce apóstoles.

Mirándole con disgusto, King dijo:

—Veré lo que decide el Departamento interesado.

—Mientras se ocupa de eso —sugirióle Harper— puede persuadir al Departamento correspondiente a que recoja el cadáver de la señorita Jocelyn Whittingham y lo someta a una experta autopsia. No sé si eso nos puede aclarar algo, pero es posible que sea así. Vale la pena tomarse la molestia.

—Veré lo que deciden —repitió King. Se marchó con visible desgana. Los tres restantes se movieron nerviosamente.

VII - CONFIRMACIÓN

KING estuvo un buen rato ausente. Finalmente volvió acompañado de un corpulento cuan fornido individuo de aspecto militar llamado Benfield. Este mismo era portador de tres grandes fotografías que mostró a Harper mientras le hablaba.

—¿Conoce a estos tres hombres?

—No.

—¿Está seguro?

—Completamente. Me son absolutamente desconocidos.

—¡Hum! ¿Cree que se adaptan a las descripciones del trío que tiene usted en la imaginación?

—Bastante. Aunque podría estar más seguro si esas fotografías fueran en color. Los uniformes no me sugieren nada estando en blanco y negro.

—Son uniformes verdes con botones plateados, camisas grises y corbatas del mismo color.

—Aparte de los botones plateados, lo demás coincide.

—Muy bien. Practicaremos una investigación inmediata. ¿Quién es ese testigo?

Harper le informó del viejo de la estación de servicio, mientras el otro tomaba nota de ello en una libreta.

Benfield dijo a Jameson:

—Probaremos primero con éste. Si la investigación produce resultados positivos, entonces efectuaremos cuantas copias sean necesarias para permitir a sus hombres dedicarse a la búsqueda de testigos oculares. Entretanto, radiaremos un juego a su oficina. ¿No perderán allí mucho tiempo para averiguar si se trata de una camama o no, verdad?

—Sólo un par de horas —replicó Jameson.

—Un par de minutos sería mucho mejor —observó Harper—. ¿Y qué les parecería dejar de considerarme culpable mientras tanto?

—Pensaremos en eso cuando recibamos el informe. Si nos comunican que su historia es un embuste, será mejor que le llevemos a que lo examine un psiquiatra.

—Sería verdaderamente gracioso —aseguró Harper—. El jugaría con todos los reyes y yo con todos los ases. Al final ustedes tendrían que llevárselo.

Benfield lo dejó pasar. Se estaba tomando el cuento de su poder telepático y todo el resto de su historia con una gran cantidad de ironía. El solo hecho que le impresionaba era que, de una forma u otra, un criminal reclamado por la Justicia había conseguido infiltrarse en los más elevados puestos de Washington. Esto sugería un mínimo de verdad increíble o bien unas soberbias dotes de fanfarrón. Pero era un hombre justo; estaba dispuesto a llevar el asunto hasta el final con el fin de descubrir si existía o no algo de verdad en él.

—Métalo en algún lugar seguro —ordenó Benfield a Jameson—, y téngalo allí hasta que obtengamos la respuesta.

Harper protestó:

—¿Es que cree que me voy a escapar, después de que he venido por mi propia voluntad?

—No, no lo creo así... porque no se le va a dejar la oportunidad de hacerlo. —Lanzó a Jameson una mirada de advertencia y se marchó, llevándose las fotografías.

—Le telefonearemos a su puesto de Policía tan pronto como sepamos algo —le prometió King a Jameson, mirando luego a Harper cara a cara en un esfuerzo para reafirmar su autoridad y continuó mirándole las anchas espaldas mientras éste se marchaba. Pero observó que sus pensamientos se arremolinaban y que no estaban libres de miedo.

Sentado aburrido en la oficina de Jameson. Harper dijo:

—Gracias por la comida. Dentro de poco me tendrá que arreglar le cena también —Miró o su reloj—. Son las tres cuarenta. ¿Por qué no le informan directamente? ¿Son sus hombres, verdad?

—Han recibido sus órdenes.

—Sí, lo sé. Órdenes de algún otro. En este momento está usted pensando que este asunto no está propiamente dentro de sus

atribuciones. El F.B.I. ha. sido llamado para dedicarse a la caza de todo, excepto de pilotos espaciales descarriados; esta es la opinión que tiene usted. Y abriga dudas de que se obtenga algo positivo.

—Lo sabremos a su debido tiempo.

—Están empleando bastante rato para sus pesquisas— indicó Harper, quedándose silencioso durante un par de minutos, al cabo de los cuales dijo, en tono de alarma—. ¿Y si ese hombre ha muerto y por consiguiente no puede identificar nada?

—¿Hay alguna razón que le sugiera esa suposición? —inquirió Jameson, mirándole de hito en hito.

—Sí. Esos tres pueden haber visto las cosas a su modo y haber vuelto para silenciarlo.

—¿Por qué tenían que hacerlo? La declaración de la señorita Whittingham les dejó libres de sospechas. El que se mezclaran de nuevo sería algo verdaderamente estúpido; atraería otra vez hacia ellos las sospechas, después de que habían logrado esquivarles la primera vez.

—Está considerándolo desde un punto de vista equivocado —declaró Harper—, y yerra en dos aspectos.

—Cítelos.

—En primer lugar, usted supone que, si son culpables, se comportarán como cualesquiera otros criminales nacidos en este mundo que hayan asesinado a un policía. ¿Pero por qué había de ser así? El crimen no significa lo mismo para ellos. Mi opinión, por el contrario, es que le dan tan poco importancia como aquel labriego que ve un pájaro extraño en el bosque, le apunta con su escopeta y lo mata. Quizá era el pájaro más raro de este mundo, pero ¿qué le importa a él?

—Esa es una buena razón que abona la teoría de que no debían volver para matar al testigo —señaló Jameson—. No están lo suficientemente interesados para molestarse en hacerlo.

—No se trata de eso. Es un razonamiento contra su suposición de que la muerte de Alderson debió ser su principal cometido. Me parece que tienen una preocupación muchísimo más importante.

—¿Cuál es?

—El temor de que se les identifique demasiado pronto. No les conviene en modo alguno ser reconocidos y perseguidos. Necesitan tiempo para ejecutar aquí lo que han venido a hacer.

—Puesto que está usted tan bien informado —comentó Jameson —, tal vez pueda revelar el propósito que los trajo aquí.

—Sólo Dios lo sabe; pero es algo perverso. ¿Cómo de otra forma se explica que traten de hacerlo furtivamente? Un motivo honrado garantiza un comportamiento sincero.

—Puede que esté usted cometiendo el mismo error que acaba de cargarme a las espaldas —dijo Jameson—. Los está considerando en términos humanos. Esa no es una buena forma de juzgar propósitos extraños, ¿verdad?

—En tanto que sus acciones nos afecten, debemos considerarlos desde nuestro propio punto de vista. Puede muy bien ser que estén justificadamente catalogados como los más fantásticos aventureros y grandes patriotas de la historia de Venus. Pero si sus patrioteras proezas me han de causar molestias, para mí no dejan de ser un trío de criminales peligrosos.

—En esto estoy de acuerdo con usted —convino Jameson.

—Muy bien. Pero el viejo de la estación de servicio no puede posiblemente acusarlos de la muerte de Alderson. Lo máximo que puede hacer con respecto a esto es señalarlos como sospechosos. Su testimonio no sería lo bastante para llevarlos a la horca —Se inclinó hacia adelante, los ojos brillándole intensamente—. Pero lo que *puede* hacer es precisamente lo que nosotros queremos que haga, o sea, contemplar tres fotografías, hacer un signo afirmativo y dar principio a la caza. Sólo hay un modo seguro de impedírselo y es el de cerrarle la boca para siempre antes de que sea demasiado tarde.

—Es un buen razonamiento —dijo Jameson— pero adolece de un defecto.

—¿Cual es?

—Mediante todos los procedimientos publicitarios se han divulgado detalles de los asesinatos de Alderson y de Whittingham. Todo el mundo, de costa a costa, está enterado de que a usted se le reclama como autor del último y sospechoso del primero. Los tres fugitivos saben que no están afectados por dicha publicidad y que, en todo caso, la descripción que de ellos hace el testigo que tiene usted encajaría con un millar más de personas. No hay nada en absoluto en las noticias sobre los asesinatos de sugiera la más remota idea de que se le vayan a enseñar a dicho testigo fotografías extraídas de los secretos archivos de Washington. ¿Cómo, pues,

podrían ellos deducir tal posibilidad?

—Porque yo maté a la señorita Whittingham.

—No le comprendo —confesó Jameson, frunciendo el ceño.

—Mire, ya le referí los hechos tal cual los veía. Recogieron a esa joven por una u otra razón… probablemente porque se les presentó inopinadamente la ocasión y quisieron probar su técnica. De todos modos, la convirtieron en otra, en una de su clase. Dejó de existir como Jocelyn Whittingham, pero continuó haciéndose pasar por ella. No me pregunte cómo se efectuó, porque lo ignoro y no me lo puedo imaginar.

—¿Y bien?

—Ahora, el gran interrogante que se nos presenta es: ¿Pudieron enterarse y recordar la identidad terrestre de la muchacha? ¿O fue eso algo de lo que no se preocuparon, bien porque lo consideraron sin importancia o porque les pareció incomprensible?

—Prosiga —le animó Jameson.

—Si no conocen su identidad, las noticias sobre su muerte no significarán nada para ellos. Aparecerá como cualquier otro sórdido asesinato, y no se darán cuenta de que están en modo alguno conectados con él. Pero si *conocen* su identidad…

—Continúe, por favor, no me tenga sobre ascuas —rogóle Jameson.

—El asesinato producirá en ellos una gran conmoción y les pondrá en inmediata acción. Querrán saber *porqué* fue asesinada. Se darán cuenta de que el conocimiento real de su presencia será inevitablemente eslabonado con aquella expedición espacial y sentirán un gran afán en averiguar si todavía les queda tiempo de romper el eslabón cortando un par de yugulares.

—Incluyendo la suya.

—Sí. Yo soy la víctima predilecta, se ha publicado a voz en grito a los cuatro vientos mi nombre y dirección, invitándoles a que me corten el resuello… si pueden hacerlo. De todas formas, no sería una muerte rápida.

—¿Qué le induce a pensar eso?

—Según la opinión que sustento, tienen un arma, una sola… pero algo de efectos formidables. Pueden desdoblarse en seres humanos, sin posibilidad de que sean detectados, a no ser mediante la intervención de una persona que reúna mis anómalas

condiciones. Es para ellos un motivo de la máxima importancia el averiguar cómo lo hice; no pueden hacer frente a una amenaza sin conocer la naturaleza de la misma. Harán cuanto les sea posible para arrancarme la verdad, del modo que sea. De lo contrario, no podrán saber cuántas personas más los pueden señalar ni cuándo será su último momento. Sus vidas no valdría un ápice.

—No existen otros telépatas —señaló Jameson— Usted mismo lo dijo.

—Pero *ellos* lo ignoran y estarán sumidos en un mar de confusiones. Para ellos, podría muy bien ser que cualquier mujer pelirroja tuviera la facultad de detectarlos... y hay una buena cantidad de pelirrojos por el mundo. Es *preciso* que averigüen cómo pueden ser descubiertos.

—Se explica usted estupendamente —dijo Jameson—, pero si algún día le encontramos sin cabellera entonces consideraremos sus desgracias como prueba evidente de la veracidad de sus afirmaciones.

—Gracias —concedió Harper—. Entonces pueden, regodearse a sus anchas sobre mi cadáver. Ríanse a gusto, mientras les queden ganas de hacerlo. ¡Pero no pasará mucho tiempo antes de que deseen estar en mi lugar!

—Ya sabe usted que estaba bromeando. Yo...

Cogió el teléfono casi antes de que el timbre tuviera tiempo de sonar y se lo aplicó a la oreja. Harper se puso en pie en ademán expectante.

—Lo mismo que antes —díjole Jameson, dejando el auricular y cogiendo su sombrero—. Quieren que vayamos en seguida. Hubiera sido mejor que nos hubiéramos quedado allí sin movernos.

—Algo se ha roto —declaró Harper mientras se apresuraban a salir a la calle para meterse en el coche—. Si esas fotografías hubieran resultado inútiles, nos lo hubieran dicho, sazonándolo con palabras irónicas. Nos arrastrarían hasta allí solamente para decirnos que la investigación había resultado un fracaso.

VIII - MOVILIZADO

ESTA vez solamente les esperaban dos hombres. Uno de ellos tenía un severo aspecto militar y era conocido en todo el mundo: el general Conway, un hombre alto, de grisácea cabellera y porte distinguido. El otro era Benfield, ahora decididamente sombrío.

—¡Bah! —rugió el general Conway, clavando en Harper su fría mirada—. ¿Usted es el adivinador de pensamientos?

—Si me lo dice de ese modo me hace el efecto que he venido a representar una comedia —replicó Harper, lejos de sentirse amilanado.

—Cosa bastante probable —convino el general, pensando que ello no estaba todavía descartado. Examinó al otro cuidadosamente, de pies a cabeza, dejando que su mirada se posara más tiempo en un par de gruesas y excesivamente peludas muñecas. Su diagnóstico mental no era adulador: determinantes al sujeto en cuestión como a un hombre fuerte y presumiblemente inteligente que tendría la desgracia de parecer un chimpancé cuando se le vistiera con un uniforme militar. Demasiado ancho, bajo e hirsuto para adaptarse al papel de capitán o coronel.

Harper dijo entonces en tono informativo:

—Esto no es nada; tendría que verme en cueros. Me parezco a un oso peludo. Pero como se dice que el hombre y el oso, cuanto más feo más hermoso…

El general se irguió adoptando una postura autoritaria. Jameson se tornó lívido. Benfield estaba preocupado para tener alguna reacción.

—Si sabe usted lo que hay en mi mente, poca necesidad queda de hablar —declaró el general Conway—. ¿Qué le dice mi mente?

—Que ha dado comienzo un caos espantoso —replicó Harper sin

vacilar— y que se me ha diagnosticado como persona en su sano juicio.

El otro hizo un gesto afirmativo.

—El testigo de usted ha informado que los hombres del coche eran los mismos que partieron hacia Venus hace dieciocho meses. El F.B.I. está rastreando su pista desde el principio al final y ya han encontrado a dos testigos más que dicen lo mismo. —Se sentó en el borde de una mesa, cruzó los brazos y miró fijamente a Harper—. Este asunto es extremadamente serio.

—Aún se pondrá peor, si sirve de consuelo —prometió Harper.

—No es la ocasión propicia para bromear —reprochó le el general—. Estamos dando al asunto la importancia que merece. Todas las fuerzas de la Ley y el Orden del Oeste están combinando sus esfuerzos, para descubrir el punto de partida del Thunderbug, con la esperanza de que se pueda localizar en aquella zona a la nave estelar. Asimismo, se está siguiendo el rastro de los fugitivos, a pesar de que probablemente va a resultar inútil, puesto que a estas horas, habrán abandonado el coche.

—Ni la nave ni el coche importan demasiado. Son esos tres miserables…

—Nos estamos ocupando adecuadamente de ello —interrumpióle Conway—. Todas las fuerzas militares, policíacas y auxiliares han sido o serán pronto puestas en estado de alerta. Fotografías, datos sobre huellas dactilares y otra información, han sido distribuidos o lo serán con la rapidez máxima que nos permita su reproducción. Se ha acordado que debe darse a su captura absoluta prioridad dejando pendiente todas las demás investigaciones criminales hasta que quede zanjado este asunto. Desgraciadamente, tal como están las cosas, no podemos avisar al público en general para evitar la natural alarma y las lógicas consecuencias que no serían imposibles de controlar.

—Muy bien —aprobó Harper—. Y aquí es donde me salgo yo.

—Por el contrario, aquí es donde se mete usted. Le tenemos, y tenemos la intención de quedárnoslo. Estamos en guerra, y usted ha sido movilizado.

—Entonces pido de inmediato un permiso ilimitado.

—Permiso denegado —espetó Conway, demasiado preocupado para permitirse una leve sonrisa. Dio la vuelta a la mesa, se sentó

tras ella y dejó que sus dedos tamborilearan incesantemente sobre su superficie—. Las fuerzas aéreas están buscando en su totalidad esa astronave. Todos los aviones civiles aptos han sido requisados para emplearlos en la búsqueda. Hemos confiscado los cuerpos de la muchacha y del policía, entregándolos a los científicos para que efectúen un examen especial. Todo cuanto puede ser hecho lo ha sido ya o lo será pronto. La cuestión palpitante que tenemos ahora es usted.

—¿Yo?

—Sí. Hay un montón de preguntas que deben ser contestadas. ¿Puede ofrecernos una explicación de su poder telepático? ¿Sabe cómo se originó?

—No.

—¿Simple casualidad?

—Por lo que recuerdo, debí nacer así.

—¡Hum! —Conway no se sentía satisfecho—. Estamos llevando a cabo una exhaustiva investigación del historial de sus padres y abuelos. Si nos es posible debemos a todo trance descubrir la razón que le hace ser tal cual es.

—Personalmente —señaló Harper—, no puedo preocuparme menos de tal razón. Nunca me ha interesado.

—Nos interesa a nosotros. Es preciso que averigüemos, lo más pronto posible, si hay por ahí alguna persona más de su condición, y si las hay, cuántas son. Y también si existe algún método adecuado para descubrirlas y mantenerlas bajo nuestro control hasta que haya sido superada la actual crisis.

—Tras lo cual, ellas, a su vez, serán tratadas desde el punto de vista de la crisis —apuntó mordazmente Harper—. Y el gran problema que tendrán entonces ustedes que dilucidar será cómo tenerlas alejadas de donde puedan ejercer sus maléficas dotes, hasta cuando llegue la hora en que de nuevo vuelvan, a necesitarlas.

—Pero comprenda que…

—Sé lo que está pensando y no me lo puede ocultar. Sé que el principio de autoridad se enfrenta con un aguzado cuan espinoso dilema. Un telepático es una amenaza para quienes detentan el poder aunque también una protección contra los enemigos que ahora tenemos delante. No pueden destruir la amenaza sin desprenderse de la protección. No pueden asegurarse el secreto de

sus pensamientos excepto al futuro precio de la esclavitud mental. Está usted sumido en un confusionismo que realmente no existe porque es puramente imaginario y nacido de la especial idiosincrasia de las mentes no telepáticas.

Conway no hizo intento alguno de contrarrestar esta enérgica revelación de sus pensamientos. Permaneció sentado, en silencio, su fría mirada clavada en Harper, y habló solo cuando el otro hubo terminado.

—¿Y en qué se basa para decir que no existe tal problema?

—En que todos los absurdos mojigatos que pululan por este engreído mundo llegan invariablemente a la conclusión de que todos los que son radicalmente diferentes a ellos tiene que ser malos. El ver las cosas, de esta forma ensoberbece su egolatría. Cada hombre es su propio parangón de virtud y bondad. —Clavó la vista en los ojos del general Conway y exclamó con ira—: Un telepático posee un código de ética tan bueno como el de cualquier otra persona, y tal vez un poco mejor, puesto que tiene que luchar contra más tentaciones. Yo no escucho a menos que las circunstancias lo hagan necesario, ni oigo si no es que me griten.

El otro estaba demasiado asombrado para interrumpirle; se sentía fuertemente impresionado. Finalmente, Conway, recostándose en su asiento y mirando de nuevo a Harper, le dijo:

—Hemos efectuado ya muchas indagaciones respecto a usted, Harper. Sabemos que oyó al policía Alderson desde una distancia de aproximadamente seiscientas yardas. ¿No escuchaba entonces, verdad?

—Oí sus lamentos de muerte. En banda neural es algo tan efectivo como si se gritase; no pude evitar oírle.

—Ha ayudado usted a la detención de cierto número de delincuentes reclamados por la Justicia y ahora queda patente cómo lo hizo. ¿Pero usted no escucha nunca?

—La maldad clama a gritos en las calles. El temor resopla como un toro enfurecido.

—¿Hay *algo* que emita en un nivel lo suficientemente apagado para que pueda escapar a su atención?

—Sí… los pensamientos normales inocentes, sin trascendencia.

—¿No les presta atención?

—¿Por qué diantre me debo preocupar de eso? ¿Trata usted de

enterarse de cada palabra del continuo murmullo de conversación que oye en el restaurante? ¿Acaso una telefonista atareada tiene tiempo para enfrascarse en el murmullo de su centralita? Si yo fuera por el mundo tratando de enterarme de todo, haría ya diez años que tendrían que haberme puesto una camisa de fuerza. Si un telepático no cerrara su mente al incesante parloteo mental, sería una verdadera tortura para él.

Ahora Conway estaba casi convencido. Su mente había efectuado un considerable reajuste. Sus dedos volvieron de nuevo a tamborilear sobre la mesa y sus ojos miraron escrutadoramente a Benfield y a Jameson. Ambos mostraron inmediatamente una expresión de espectadores imparciales, no calificados para tomar decisiones.

—¿He de entender entonces —continuó Conway— que hasta ahora no se ha encontrado usted con ningún otro telepático.

—Así es —convino Harper con pesar.

—¿Pero si dos de ustedes se cruzaran sin escuchar, ninguno de los dos se daría cuenta de la existencia del otro?

—Supongo que sería así; pero no lo puedo asegurar. Si emitimos con más fuerza que el ser humano normal…

—Sí, pero la falta de contacto no es prueba de su singularidad, ¿verdad Harper? ¿Podemos entonces pensar que en esta misma ciudad puedan haber cincuenta, o tal vez un centenar de telepáticos?

—Lo creo muy improbable, aunque no me atrevo a definirlo como imposible.

—¿Cuál es su alcance efectivo? —preguntó Conway.

—De unas ochocientas yardas, aunque varía de vez en cuando. En raras ocasiones he recibido desde una distancia tres veces superior. Otras, ha menguado hasta las cien yardas, y aún menos.

—¿Conoce la causa que motiva esa variación? ¿Es debida acaso a la naturaleza de los alrededores, obstrucción ocasionada por grandes edificios o algo similar?

—No lo podría asegurar, puesto que no he sometido la cuestión a una prueba sistemática. Los alrededores no ocasionan diferencia y esto es todo lo que me parece cierto.

—¿Pero tiene una teoría? —apremióle Conway.

—Sí —admitió Harper—. Sospecho que en una ocasión dada, mi

alcance es determinado por la amplitud de las radiaciones de la otra persona. Cuanto más poderosamente emite, más grande es la distancia desde la que puedo captarle y cuanto más débil, menos alcance. Como dije, se necesitarían pruebas científicas para establecer la verdad o falsedad de esta teoría.

—¿Está dispuesto a someterse a esas pruebas?

—No —declaró Harper.

—¿Por qué no?

—El problema inmediato no es el de qué hay que hacer con los telépatas, sino el de qué hay que hacer contra los venusianos invasores. Nadie va a emplearme como conejillo de Indias.

—No lo considere así, señor Harper —dijo en tono apaciguador Conway—. Apreciamos como merece el excelente papel que ha desempeñado. El problema es que no nos sentimos satisfechos. Necesitamos más de usted. Precisamos todo cuanto puedas darnos. En verdad, lo necesitamos tan peretoriamente que lo exigimos como de derecho.

—¿Qué exigen de mí?

—Toda la información que ahora pueda darnos y luego quizá se ponga en acción.

—Adelante. Que nadie diga que Wade Harper fue incapaz de sufrir.

Conway hizo una seña a Benfield.

—Ponga en marcha el magnetofón. —Volvió su atención a Harper—. Esto es de la mayor importancia; quiero que conteste con la mayor claridad que pueda. ¿Qué le impulsó a disparar contra Jocelyn Whittingham?

—Es una pregunta difícil —replicó Harper—. No puedo traducirla en términos comprensibles para usted; es como tratar de describir una rosa a un ciego de nacimiento.

—No se preocupe. Hágalo lo mejor posible.

—Muy bien. Fue algo así: usted se encuentra en el dormitorio de su esposa y se da cuenta de que en su tocador hay un nuevo y bonito joyero. Lleno de curiosidad, usted lo abre. El joyero contiene una víbora viva. La víbora le ve a usted en el mismo instante y salta. A pesar de la impresión, actúa con rapidez. La coge en el aire, la arroja al suelo y la aplasta bajo el tacón. Así es como fue.

—Ya veo —Conway le miró pensativamente y después le

preguntó—. ¿Puede expresarlo de una forma que esté más en relación con lo que realmente ocurrió?

—Ella empezó a subir los peldaños. Yo sabía que podía ser la joven a quien buscaba. Aguijoneé su mente con el único objeto de identificarla. En el momento en que la toqué me di cuenta de lo que había tocado. En el mismo instante...

—¿Qué tocó usted? —inquirió Conway.

—Algo no humano; no puedo describirlo con más precisión. Planté una mano telepática en el campo mental de una entidad ajena al linaje humano. En el mismo instante, *aquello* sintió mi contacto. Esto sirvió de confirmación adicional, que no hacía falta, porque ningún ser humano normal puede notar un tanteo telepático. En aquella fracción de segundo pude darme cuenta de varias cosas: Primera, ella no sabía de dónde procedía el contacto. No poseía un sentido direccional como el que yo tengo. Pero supuso correctamente que provenía de mí, porque yo estaba a plena vista y ya corriendo hacia ella.

—¿No sabía que procedía de usted? —repitió Conway—. ¿Quiere decir que no era en modo alguno telepática?

—No tuve ninguna evidencia de ello. Sólo noté en ella aquella anormal sensibilidad que, supongo, se ha desarrollado en cualquier otra parte como un mecanismo de defensa. No supo, sin lugar a dudas, que de repente y sin aviso, una extraña y peligrosa mente le había quitado la máscara y había visto lo que tenía debajo. Pensó inmediatamente, presa del pánico, que tenía que huir y avisar a los otros que no están tan bien ocultos como creen, y que pueden verse en peligro.

—¡Ah...! —exclamó Conway esperanzado—. ¿De nodo que ella sabía el lugar exacto de los otros? ¿sabía cómo ponerse en contacto con ellos?

—Si fue así —dijo Harper—, su mente no lo admitió. Las cosas se sucedieron rápidamente. Los dos quedamos estupefactos ante el encuentro. Su mente clamaba: *¡Huye, huye, huye!* mientras la mías ordenada imperiosamente: *¡Detenla, detenla, detenla... mátala, mátala!* Disparé contra ella sin sentir remordimiento alguno. Había olvidado que era una muchacha o que lo había sido. De momento era alguna otra «cosa», algo que se tenía que eliminar fuera como fuera. Vacié el cargador en su cabeza. Noté que la extraña mente

cesaba en su actividad hasta quedar sumida en el silencio. Esto me demostró que podía morir.

—¿Y luego se marchó usted sin preocuparse de examinar el cadáver?

—En efecto; no tenía tiempo para detenerme en averiguaciones. No me convenía que me detuvieran en ninguna parte, excepto aquí. Si hubiera contado esta historia en una comisaría de policía o en cualquier sheriff, en donde no saben nada del asunto, hubiera terminado en el manicomio.

—¿No se hubiera ahorrado tiempo, molestias y zozobras si nos hubiera telefoneado?

—¿Hasta dónde habría llegado de hacerlo así? Cualquier paniaguado hubiera enviado a la policía a la cabina telefónica para que apresaran a un chiflado. Me costó mucho trabajo llegar hasta las personas más indicadas.

A ninguno de los presentes les gustó aquella observación, pero no podían negar la veracidad que contenía. Una formidable guardia de funcionarios oficiales de poca categoría se mantenía entre los altos cargos y una acosadora fuerza de descontentos, teóricos, insensatos y pesimistas. También mantenían a raya por la fuerza al raro individuo que tenía algo verdaderamente interesante que decir.

El general Conway titubeó un momento y, decidiendo que no habían métodos satisfactorios para vencer esta dificultad, prosiguió:

—Usted ha efectuado contacto con una extraña forma de vida. Por lo que sabemos, es la única persona que lo ha hecho y ha permanecido capaz y dispuesta voluntariamente a hablar de ello. ¿Puede añadir algo que nos ayude a determinar la verdadera naturaleza del enemigo?

—No lo vi con mis propios ojos. Por lo tanto, no puedo ofrecerles una correcta descripción.

—Comprendo. Pero debe haber recibido alguna clase de impresión sobre el mismo.

Harper meditó un momento y concedió:

—Sí, eso es cierto.

—Cuéntenoslo. No importa lo extraño que parezca, pues lo que nos interesa es recopilar cuantos datos nos sean posibles.

—Por una razón no aparente, sentí que la posesión de otro cuerpo por una entidad extraña es un fenómeno natural. Es decir,

reconocí, más o menos instintivamente, que el ente que ocupaba el cuerpo de Jocelyn Whittingham estaba destinado exclusivamente para tal propósito. Se encontraba perfectamente, como en su propia casa, y sabía cómo hacer uso de lo que había ganado. La muchacha era un ser humano de pies a cabeza, en todos conceptos, excepto uno: su esencia vital había sido substituida por otra diferente.

—¿Cosa que sugiere que su naturaleza es totalmente parasítica, verdad? —preguntó Conway—. ¿Es que existe normalmente en posesión de otros organismos vivos?

—Sí. Está muy ducha en esta clase de trucos.

—Y esto, a su vez, sugiere que, cuando toma posesión de otro cuerpo, adquiere los datos que se albergan en su cerebro, el conocimiento, la memoria, etc... etc... ¿verdad?

—Indudablemente. No podría vivir sin comportarse de este modo; de lo contrario, su propia incompetencia le traicionaría inmediatamente.

Volviendo su atención a Benfield, el general observó:

—La deducción inevitable es que en Venus se albergan diversos organismos vivientes, algunos de los cuales son las presas naturales de uno parásito desconocido y también que tal parásito es capaz de posesionarse de un organismo mejor desarrollado que ninguno de los de su propio ambiente. Puede adaptarse perfectamente fuera de su propio terreno y, por decirlo así, no necesita que nadie le haga de niñera.

Benfield efectuó un silencioso gesto afirmativo.

—Además —continuó Conway— probablemente se trata de algo microscópico, de alguna especie de microorganismo. Este es mi parecer; tendré que dejar que otros más expertos que yo lo averigüen. Ellos podrán determinar con más precisión sus características.

—Si pudiéramos averiguar cómo fue dominada la muchacha —señaló Harper— nos serviría de gran ayuda. Su cuerpo nos podría contar el proceso.

—Ya nos estamos cuidando de eso. Hemos confiscado su cuerpo, a pesar de violentas objeciones de sus familiares.

Harper clavó la vista en él, con los ojos llameantes.

—¿Cuál de ellos fue el que protestó más airadamente?

Conway iba a contestar algo, pero se detuvo y mostró un

momentáneo gesto de asombro.

—¿Por qué?

—Los venusianos deben permanecer juntos.

—¿Insinúa usted…?

—Sí, pienso lo mismo que está usted pensando.

Apretando los labios, Conway alcanzó el teléfono y ordenó:

—Encierren inmediatamente a toda la familia Whittingham en un lugar seguro. No, no se trata de un arresto; no hay cargos contra ellos. Díganles que lo hacemos por su propio bien. ¿Qué? Si su abogado mete las narices, díganle que me venga a ver directamente.

—Esto será estupendo —observó Harper—. Si alguno de los Whittingham ya no pertenece a este mundo, le va usted a ayudar a crear un puñado de policías venusianos en el Oeste.

—Es un riesgo que tengo que correr.

—No necesariamente. Los podría encerrar en jaulas de animales y alimentarlos valiéndose de largas pinzas. Cualquier cosa, sea lo que sea, con tal de que no puedan posesionarse de sus propios guardianes.

—Tal procedimiento significaría una grosera violación de sus derechos constitucionales. Sólo nos sería posible utilizar tales tácticas justificándose previamente ante el público, y para ello tendríamos forzosamente que publicar una información que nos interesa guardar en secreto, al menos por ahora. —Sus ojos miraban a Harper interrogativamente, como diciéndole—: *¿Qué respuesta hay para esto?*

Harper la halló prontamente.

—Dígale a los Whittingham que Jocelyn murió víctima de una maligna cuan terriblemente contagiosa enfermedad y que tienen que ser aislados hasta que quede demostrado que no han sido contaminados. Otra vez la peste negra.

—¿Pero cómo, si saben que fue muerta a tiros?

—*Yo* tenía la enfermedad. Estaba loco de rabia a causa de mis sufrimientos y toqué a Jocelyn, contaminándola; tiene suerte por haber muerto. Usted está obligado ineludiblemente a hacer examinar a todos los que estuvieron en contacto con ella. Se puede añadir alguna cláusula a las leyes sanitarias que legalice su encarcelamiento. No habrán protectores de las libertades civiles que se pongan a vociferar en defensa de la libertad de un posible

lepros... y el argumento parecerá bastante verídico, ¿verdad?
—Tal vez tenga usted razón —dijo Conway, cogiendo el teléfono y dando órdenes a través del mismo.
Terminando con lo siguiente:
—Consulte al profesor Holzberger acerca de la descripción técnica de un pretexto convincente. Necesitamos algo suficientemente consistente para que resulte convincente, pero que no llegue a poder provocar el pánico. —Dejó el auricular y miró a Harper—. ¿Y ahora, qué?
—Déjeme ir a echarles un vistazo, ahora que tenemos esta oportunidad. Si los encuentro limpios, entonces los hacemos visitar por algún médico con cara de preocupado y los dejamos marchar. Se hallarán demasiado aliviados para protestar.
—¿Y si alguno de ellos está poseído, qué?
—Lo descubriré al instante; él también lo sabrá. Quédense con él a toda costa. Cuando los otros se hayan marchado, pónganlo aparte. Lo podrá usted hacer sin remordimiento alguno de conciencia, porque tendrá en su poder un cadáver animado. Con suerte, podrá usted aislar ese mal, sea el que sea.
Conway frunció el ceño. Jameson parecía sentirse algo enfermo. Benfield tampoco parecía disfrutar de la situación; estaba viendo cómo sus manos se movían obedeciendo el mandato de cualquier otro.
—Nos ocuparemos de eso sin pérdida de tiempo —dijo Conway—. Hay un punto muy urgente que nos queda todavía por considerar. Dijo usted que en el instante en que reconoció a la señorita Whittingham, la primera intención que tuvo ella fue la de huir, ¿verdad?
—Sí.
—¿Pero hacia un lugar determinado?
—No.
—¿Fue solamente un impulso instintivo y nada más?
—No del todo. Ella experimentó el impacto emocional de alguien despojado de pronto sin aviso previo de una verdad muy apreciada y de antiguo establecida... es decir, que el reconocimiento es imposible. Se vio enfrentada con un hecho irrefutable que era contrario a este principio. Sintió la imperiosa necesidad de huir de mí y decírselo a los otros.

—¿Qué otros? ¿Adonde?

—Lo ignoro.

—¿Solamente sabe que *ella* no lo sabía?

Harper paseó nerviosamente por la oficina y se quedó pensativo un momento mirando al suelo, diciendo después:

—Francamente, me veo incapaz de dar una respuesta satisfactoria; puede que lo supiera y lograra suprimir su conocimiento. Pero lo dudo. O quizá...

—¿O quizá, qué?

—Quizá poseyera algún extraño sentido que permita a los de su clase ponerse en contacto mutuo. Algo así como el que tienen las palomas mensajeras o los perros que les orienta hacia su casa, pero de especie diferente.

—¿Pero esa convencido de que no era telepática?

—No lo era del mismo modo que yo.

—¿Lo era acaso de alguna otra forma?

—Nada es imposible —repuso Harper secamente—. No está en mi mano conocer las características de cosas procedentes de muchos millones de millas de distancia sólo con echarles una ojeada de un segundo de duración. Cójanme otra docena. Las estudiaré más detenidamente y les diré algo más.

Respondiendo al gesto de Conway, Benfield desconectó el magnetofón.

—Que le cojamos otra docena —repitió Conway— ¿Cómo diablos vamos a hacerlo? Sabemos que existen tres y que disponemos de los medios para encontrarlos y atraparlos más pronto o más tarde. Pero el apoderarnos de los otros que pueden deambular por ahí es un asunto diferente. No tenemos nada en que basarnos, ningún detalle que se refiera a ellos, ningún modo de identificarlos. —Levantó la vista y sus ojos se clavaron en los de Harper—. Excepto valiéndonos de usted. Para esta misión es para la que le hemos movilizado. Requerimos sus servicios para que examine a todos los sospechosos a los que podamos echar el guante.

—¿De modo que se espera que yo me quede aquí aguardando a que ustedes pongan en fila a los sospechosos y yo les vaya diciendo si lo son o no, verdad?

—Exactamente. No hay otra forma.

—Sí la hay —contradijo Harper.

—¿Por ejemplo?

—Me puede emplear como cebo.

—¿Eh?

—Ellos me necesitan con tanta urgencia como usted los necesita a ellos. Les es del todo punto preciso saber qué es lo que yo tengo que me hace ser peligroso para ellos con tanta premura como usted precisa saber sobre ellos. En este respecto, tiene una ventaja. Usted tiene que tratar de apoderarse de un desconocido número de desconocidas pseudo-personas; ellos no tienen más que hacerse con un hombre cuyo nombre, dirección y matrícula del coche han sido divulgados a voz en grito por todas las partes de la nación. Si se les da media oportunidad, se lanzarán sobre mí como un enjambre. Entonces todo cuanto tendrá usted que hacer será meterse en medio del enjambre.

Conway inspiró profundamente y objetó:

—Es un riesgo, un gran riesgo.

—¿Cree que a mí me de gusto correrlo?

—Si algo saliera mal, entonces habríamos perdido nuestra más efectiva arma de contraofensiva, y no dispondríamos de medios para substituirla.

—Y lo gracioso del caso sería —dijo Harper jovialmente— que a mí ya no me preocuparía un comino. Los muertos son espléndidamente indiferentes sobre quien gane una guerra o un mundo.

—Tal vez no, pero nosotros continuaríamos viviendo.

—Eso tampoco me interesaría. Muerto el burro, la cebada al rabo.

—Pero *usted* podría continuar viviendo —replicó Conway—. Aún estando muerto.

—De todas formas yo habría desaparecido —contestó a su vez Harper—. ¿Qué les parecería si algún extraño ser *estuviera* empleando mi piel como disfraz?

IX - TRES MANZANAS PODRIDAS

EL general parecía un ajedrecista tratando de decidir si podía asegurarse el jaque mate sacrificando su reina. Para su mente de militar los telépatas eran algo gastable... contando con que su suministro fuera interminable. Por desgracia, no eran cañones ni municiones, que se fabricaban según pedido. Por lo que se sabía, en su armería no había más que un arma telepática, una sola. Si ésta se gastaba, no habría ninguna más en ella.

Conway seguía enfrascado en este pensamiento cuando el timbrazo de su teléfono llamó de nuevo su atención. Lo cogió abstraídamente, escuchó y repentinamente la excitación apareció en su semblante.

—¿Quién? ¿Cuándo ocurrió? Sí, sí, es mejor que lo haga.

Dejó el receptor y su rostro se ensombreció, mientras lo levantaba.

—¿Ha surgido algún problema? —preguntóle Harper.

—Usted lo debe saber; tiene que haber captado los detalles al ser registrados en mi mente.

—No estaba escuchando. Estaba sumido en mis propios pensamientos. No puedo estar meditando mis cosas y al mismo tiempo tomar nota de lo que acontece en los cerebros de los demás.

—Ha muerto uno de los testigos; el viejo de la estación de servicio.

—¿Asesinado?

—Sí. Ocurrió hace un par de horas, pero lo encontraron hace solamente unos quince minutos. El que lo asesinó tiene bastante tiempo por delante. —Conway miró interrogativamente a Jameson —. No sé qué pensar sobre esto. Usted tiene mucha más experiencia que yo en estos asuntos: ¿Supone que se trate de una mera

coincidencia?

—¿Cómo fue asesinado? —preguntó Jameson.

—Lo descubrieron tendido junto a las bombas, con el cráneo destrozado por un solo golpe dado con un instrumento duro y pesado. Dicen que al parecer estuvo llenando de combustible el depósito de algún coche y que fue golpeado cuando iba a cobrar su importe.

—¿Hay algún indicio de robo? ¿Le vaciaron los bolsillos o la caja?

—No.

—¡Hum! EIlo prueba que el robo no fuera el motivo —opinó Jameson—. Los culpables pueden haberse sentido asustados antes de completar su trabajo. Y también puede tratarse de gamberros que le pegaron para no pagar el combustible y lo hicieron tan rudamente que convirtieron en asesinato su acto de gamberrismo.

Conway desvió su atención hacia Harper.

—La policía correspondiente es incapaz de hacer nada al respecto porque tienen estrictas órdenes de dejar todo pendiente en favor de la búsqueda de los tres pilotos desaparecidos. Sin embargo, una investigación puede ser parte de la otra, y no quiero que sea ignorado si existe una relación entre las dos. Por otra parte yo no daría ninguna contraorden a menos de que tal conexión exista. ¿Cuál es su opinión?

—Si los venusianos lo mataron para cerrarle la boca, llegaron demasiado tarde. El vio sus fotos y prendió fuego a la mecha antes de que ellos pudieran impedírselo. Pero ellos debían ignorar este detalle.

—¿Cree que no se trata de una coincidencia?

—No —contestó Harper cuidadosamente—. Jameson ha expuesto su punto de vista, y yo estoy tratando de considerar su parte opuesta. Les digo a ustedes que si esos tres están enterados de la identidad de la muchacha que convirtieron, su muerte debió producirles una gran agitación. Dos y dos son cuatro en cualquier planeta. Llegarán fácilmente a la conclusión de que ella debió descubrir alguna cosa, Dios sabe cómo.

—¿Y ahora...?

—Saben que se llevará a cabo contra ellos una cacería nacional y que tendrán que ocultarse para evitar ser capturados. Si pueden

evitarlo durante el tiempo suficiente, llegado el momento sería ya demasiado tarde. Mucha gente los vio en el Thunderbug, pero solamente fueron dos las personas que los vieron de cerca acompañados de la muchacha. Estas fueron Alderson y el viejo. El primero está demasiado muerto para molestarse en estudiar fotografías; les interesa que el segundo se encuentre en la misma condición.

—¿Pero cómo es que fueron tan lentos para llegar hasta el viejo? —comentó Jameson—. Se encargaron de él con tres o cuatro horas de retraso.

—Maté a la muchacha y vine aquí con cuanta rapidez pude, y estuve dando vueltas todo el día. La noticia no se divulgó hasta algún tiempo después de que me marché. Deben haberse movido con cuanta rapidez pudieron cuando se enteraron de ello hasta llegar allí, volviendo sobre sus pasos. Hay que tener en cuenta que se necesita tiempo para recorrer terreno, aún hoy día.

—Lo supongo —dijo dubitativamente Conway, desviando la mirada hacia Benfield—. ¿Tiene alguna idea que exponer?

—Sí, general. Creo que lo mejor es seguir este asunto bajo el principio de no dejar pasar nada por alto.

—Buen chico —aprobó Harper—. Con tanta policía como tenemos desperdigada por todo el país no nos vamos a hundir con que empleemos un par de docenas más de hombres dedicados a al caza de una oportunidad. La gran pérdida de fuerzas que pudiera significar, no ocasionaría ningún percance serio.

A Conway no le gustó la expresión sarcástica de Harper, pero sirvió para ponerlo en inmediata acción. Cogió el teléfono e hizo una llamada.

—Williams, quiero que se investigue a fondo el caso del asesinato de la estación de servicio. Quiero una investigación minuciosa. Sí, quedan anuladas las órdenes con respecto a este caso solamente. Es posible que esté conectado con la búsqueda de los tres hombres; si es así, uno de ellos estuvo hoy por esa parte. Cuando averigüe algo, comuníquemelo directamente —Terminó de hablar y miró con desafío a los otros—. Esto lo soluciona todo. Poco podemos hacer ya hasta que consigamos nuestra primera captura… y es de desear que lo atrapemos vivo.

—Y también es de desear que la captura del primero conduzca a

la de los otros —indicó Benfield.

—Así como también que, algún día antes de que llegue Navidad, alguien se resolverá a aceptar o rechazar mi oferta de pender el anzuelo —dijo Harper.

—Su primera misión es la de examinar a la familia Whittingham —replicóle Conway—. Después de que la haya cumplimentado, consideraremos lo que a continuación debemos hacer con usted.

—Bueno, pues ya no nos queda más que largarnos —dijo Harper, saludando familiarmente a Conway, con un aire que recordaba al saludo de un recluta demasiado verde aún para hacerlo mejor, Conway correspondió al saludo involuntariamente, cuadrándose al mismo tiempo, una acción que le resultó graciosa.

—Eso de irritar al viejo con esas libertades no es de sentido común —reprochóle Jameson, una vez que hubieron salido a la calle y se acercaban al coche—. Ya tiene suficientes rompecabezas.

—Estaba reafirmando la libertad del individuo en un momento en que está siendo probablemente disputada —contestóle Harper.

Ya de vuelta en su oficina central Jameson dijo:

—Cuanto antes vaya allí y realice su misión, tanto mejor. Le enviaremos por avión o helicóptero. Siéntese y espere… veré lo que se puede hacer.

—Lo que puede hacer es entretanto devolverme mi buen carácter —sugirióle Harper—. Anule la orden de detención que hay contra mí. No me gusta, aunque haya sido sobreseída. La prioridad de la búsqueda de los pilotos no impediría que algún paniaguado me eche el guante si me ve a dos palmos de sus narices.

—Nos ocuparemos de eso. Mientras tanto, le destinaré dos agentes para que le acompañen y esté seguro.

—¿Cree que no me puedo cuidar de mí mismo?

—Es orden de Conway.

—Ah, muy bien. —Y cuando el otro se marchaba, Harper le llamó, diciéndole—: Y quiero mi pistola. ¿Es de mi propiedad, verdad?

Jameson volvió al cabo de dos minutos y le hizo entrega de la pistola y un gran sobre.

—Estúdiese eso mientras yo me ocupo de lo demás. Todos los aviones están en acción y tendrá que emplear un helicóptero.

Se marchó de nuevo.

Guardándose el arma bajo el brazo, Harper rasgó el sobre y extrajo de su interior tres brillantes fotografías. Cada una de ellas tenía al dorso adjunta una hoja de papel conteniendo datos. Las examinó cuidadosamente.

La primera de las fotografías era la de William Gould, de veintiocho años, piloto de pruebas jefe de la expedición, un joven de rostro franco, cabello rubio, un hombre corpulento de ciento ochenta libras de peso con una cicatriz en forma de media luna sobre la ceja izquierda. El delgado y moreno rostro sonriente de la segunda fotografía correspondía a Cory McDonald, de veinticuatro años, piloto de pruebas y computador, un joven musculoso de ciento cincuenta y cinco libras, sin señales identificadoras en el cuerpo. La fotografía número tres mostraba los rasgos faciales serios y pensativos de E. James Langley, de veintisiete años, piloto de pruebas y astronavegante, de pelo oscuro, ciento sesenta y dos libras y cicatrices en ambas rodillas.

—Gould, McDonald y Langley —se dijo Harper mientras contemplaba una tras otra las tres fotografías para recordar sus rostros—. Gould, McDonald y Langley. Tres magníficos muchachos que salieron llenos de esperanza y regresaron llenos de maldad. ¡Descansen en la paz del Señor!

Sintió mientras las contemplaba un deseo de venganza.

Tres magníficos muchachos.

—Tres manzanas podridas.

—¡Maldición! —exclamó en voz alta—. ¡Maldición!.

—¿Para quién son esas maldiciones? —inquirió Jameson desde la puerta.

—Pobres muchachos… y mire lo que han hecho con ellos.

—No se preocupe de ellos. Tenemos ahora un problema mayor… es decir, lo que ellos están haciendo a los demás.

—Lo sé. Pero no puedo evitar el deplorar lo que es lamentable. —Metió las fotos dentro del sobre y lo devolvió—. Son demasiado grandes para que me las pueda guardar en el bolsillo. ¿Querrá cuidarse de que me las dejen en mi coche, si me van a entregar copias de ellas?

—Estamos efectuando el tiraje de miles de copias de tamaño reducido, aptas para poderlas meter en la cartera de bolsillo; a su debido tiempo le entregaremos las suyas. —Jameson miró entonces

expectante hacia la puerta. Entraron dos hombres. Eran jóvenes, delgados y bien vestidos, con aire de policías secretos. Jameson los presentó—: Le presento a Dan Morris y a Bill Rausch. Trate de evitarlos.

—¿Estos son mi escolta?

—Sí.

—Espero no causarles molestias, muchachos —dijo Harper—. ¿Podemos irnos ya?

—Ahora mismo —comentó Jameson—. En la azotea les espera un helicóptero militar.

Acompañado por los dos silenciosos agentes, Harper montó en un ascensor que subió hasta su límite, y prosiguieron después andando hacia el helicóptero que les esperaba.

Tres horas más tarde aterrizaban en los profusamente adornados terrenos de un hospital aislado del Estado. En cuanto pusieron pie a tierra se les acercó un agente que se identificó a sí mismo como Ven Pritchard.

—¿Tiene aquí a los Whittinghams? —preguntóle Harper.

—Sí. Son cinco de familia. Se tragaron nuestra historia sobre el posible contagio y vinieron sin rechistar. Temen que puedan estar incubando cualquier cosa y están ansiosos por averiguarlo.

—¿Ha tratado de huir alguno de ellos?

—No —contestó Pritchard.

—¿Ha tratado alguno de comunicarse con el exterior?

—No.

—¿Dónde están?

Pritchard señaló hacia una dirección.

—En aquel pabellón.

Mirando pensativamente hacia el lugar indicado, que estaba a unas cuatrocientas yardas de donde se encontraban, Harper dijo, al cabo de un rato:

—Están libres del mal. Puede dejarlos marchar.

La incredulidad saltó a los ojos de Pritchard mientras protestaba:

—¡Pero si no los ha *visto*!

—No necesito hacerlo.

—Bueno, las órdenes que he recibido son que deba obedecer ciegamente cuánto usted diga. ¿Debo entender que sabe perfectamente lo que está diciendo?

—Así es; digo que están limpios y que puede soltados.

—Muy bien. —Viéndose incapaz de hacer nada en contra, Pritchard se resguardó contra un posible disparate diciendo a sus compañeros agentes—: Ustedes son testigos de esto.

Los agentes asintieron con un gesto y acompañaron a Harper hasta el interior del helicóptero mientras Pritchard se dirigía hacia el pabellón. El helicóptero se elevó, empezando su viaje de regreso.

—Gracias a Dios que no todo el mundo sabe lo que a mí me ocurre —observó Harper, estimulando con sus palabras las mentes de sus acompañantes a pensar sobre ello.

Sus reacciones mentales demostraron que no lo sabían tampoco; Jameson no les había dicho más de lo estrictamente necesario. Los que mandaban estaban tratando de ocultar dos amenazas al público, no solamente una.

La Autoridad estaba tratando de ocultar a un metomentodo humano, además de un esclavizador infrahumano. La idea era emplear al primero para destruir al segundo... y luego decidir sobre la suerte del primero.

X - LOS EXTRAÑOS

MOIRA parecía estar como paralizada cuando él se introdujo en la oficina y se colocó tras su mesa, dedicándose a revolver la correspondencia atrasada que sobre la misma había.

Al cabo de un rato, él se levantó y gruñó con enfado:

—¿Y bien? ¿Qué demonios le ocurre a usted? ¿Es que me he convertido en un mico?

—No, señor Harper —dijo ella, sentándose poco a poco, todavía mirándole con los ojos muy abiertos.

—No se me quede con la boca abierta de esa forma porque parece una carpa medio muerta de hambre. ¿Dónde está el informe de Control de Plagas?

Ella corrió hacia un archivador y abrió un cajón, extrayendo del mismo una ficha que se la pasó a él. En su mente se debatía la creencia de que se hallaba sola con el enemigo público número uno, y que alguien debía hacer respecto a ello.

—El señor Riley ha estado aquí varias veces —le informó ella, esperando que él comprendiera la insinuación—. Dijo que volvería hoy.

—Claro que vendrá, el muy granuja. —Harper estudiaba la ficha, mientras su expresión se ensombrecía—. ¡Vaya! Cuando digo seis semanas quiero decir seis semanas y no seis días. Muy señores míos, en respuesta a su atenta de ayer...

Cogiendo su lápiz, Moira se puso a tomar al dictado taquigráficamente sus palabras con frenética prisa. El dijo otras cuarenta palabras y entonces se dio cuenta de que ella se estaba haciendo un lío con sus signos.

—Oiga, larguirucha, no soy ningún criminal. Durante mi ausencia no he destripado a nadie. Nadie me persigue; ni policías,

jueces ni nadie por el estilo. Ahora cálmese y ponga la cabeza en su trabajo. Muy señores míos, en respuesta a su atenta…

Esta vez Moira se las arregló para hacer su trabajo sin incurrir en errores. Metió el papel en la máquina y se puso a ajustarlo, pero es detuvo expectante al oír el ruido de fuertes pasos acercándose a la puerta de la oficina.

—Aquí viene —anunció Harper con burlona preocupación—. Zambúllase bajo la mesa en cuanto empiece el tiroteo.

Moira quedó helada de espanto, con un dedo inmóvil sobre una tecla.

Un momento después Riley abrió la puerta con sus bruscos modelas de costumbre y dio los dos pasos necesarios para llegar hasta la mesa. Plantó ambas manazas sobre la misma y, con enfurruñado rostro, se echó hacia adelante y clavó su furibunda mirada en los ojos del otro. A sus espaldas, Moira, algo más tranquila, dio un golpecito a la tecla.

—Y ahora —rugió Riley con ronca voz— me vas a tener que contar qué demonios está ocurriendo por ahí. ¿Cómo es que se te reclama ahora por asesinato y un momento después dicen que no eres un asesino? ¿Cómo es que un día te echan por los suelos y al siguiente te colocan en lo más alto? ¿Por qué no pueden decidir si eres o no un pillo redomado?

—La vida es igual que un puñado de cerezas. Yo…

—¡Cierra el pico! Todavía no he concluido. ¿Por qué ha emigrado la totalidad del F.B.I. a esta zona y me han confiscado mis cuatro mejores patrullas? ¿Por qué vigilan este infernal antro desde la azotea, sus inmundos sótanos, la calle en todas direcciones y desde una docena de calles adyacentes?

—¿Por qué te dedicas a molestar a Moira con tus tonterías en cuanto vuelvo la espalda? —exigióle Harper.

—¿Yo? —preguntó Riley ruborizándose un poco—. Jamás le puse la mano encima. No soy de esa clase. Estoy casado y me siento muy feliz. Si ella te fue con el cuento de que la toqué, es una perfecta embustera. Pero no creo que te lo dijera. Te estás inventado cosas en un esfuerzo para cambiar de tema. Pero no te sirve de nada, ¿comprendes? ¿Por qué…?

—Tú la has mirado con tus pecadores ojos y pensaste cosas —aseguróle Harper.

Riley replicó enfurecido:

—Muy bien; ya lo entiendo. Te niegas a hablar. Sé que no puedo obligarte a hablar y tú te regocijas de mi situación. Ello satisface tu simiesco egoísmo. —Hizo una pausa y prosiguió—: ¿Me concede Su Señoría el favor de formularle una pregunta, sólo una pequeña pregunta?

—Puede usted formularla —dijo Harper, procurando dar empaque a sus palabras.

—¿A quién debo dirigirme para obtener las respuestas?

—Al general Conway.

—¡Cielo Santo! —exclamó Riley—. ¿Es eso tan importante?

—Por desgracia, sí. Y si ellos no creen conveniente comunicarte los detalles, entonces yo tampoco debo hacerlo. Si te lo contara todo, usurparía una autoridad que no es de mi incumbencia… y se me ha dado a entender que es algo malo el usurpar autoridad. Es un pecado imperdonable que trae consigo la anarquía con su secuela de ateísmo y promiscuidad e iniquidades sin cuento. Preocúpate de tus propios pecados. —Alcanzó otra carta del montón—. Cuando salgas procura cerrar la puerta con delicadeza. Los vidrios no podrán resistir más de dos embestidas de las tuyas.

—Ahora podría embestir a alguien —le informó Riley enseñando sus grandes dientes—. Anoche hubo dos robos, un atraco a mano armada y un caso de incendio provocado. Se espera de mí que los resuelva con una afable sonrisa. Se espera que me concentre exclusivamente en la búsqueda y captura de tres pollos llamados McDonald, Langley y Gould, y que lo haga mientras me roban cuatro coches-patrulla. Nada importa excepto la localización de tres tipos contra quienes no se ha presentado ninguna denuncia criminal.

—Nada más importa —convino Harper.

Riley se aproximó y le susurró al oído:

—Sé un buen chico y cuéntamelo… ¿Qué han hecho?

—Pregúntaselo a Conway.

—Gracias de nada —dijo Riley, marchándose y haciendo temblar los cristales al salir.

—Señor Director de Investigaciones de los Laboratorios Swain, Trenton, New Jersey —empezó a decir Harper, mientras Moira empuñaba su lápiz—. En respuesta a su petición de

micromanipuladores neumáticos aptos para aplicación a los microscopios eléctricos tipo «Z», tenemos la satisfacción de cotizarle a continuación los precios de nuestros… —Miró a la puerta, que había sido abierta—. ¿Y bien?

El agente Morris dijo:

—Escuchamos su conversación a través del micrófono. ¿Qué es para usted ese policía?

—Un amigo. Cree que tiene derecho a gozar de mi confianza. —Se aclaró la garganta carraspeando fuertemente, se rascó la nariz con gesto de suficiencia y añadió—: Yo también lo creo así.

—¿Por qué lo dice?

—Hace mucho tiempo que lo conozco. Es hombre de confianza.

—*Tómese nota de los amigos de Harper y de cuantas personas le traten* —murmuró la mente de Morris, repitiendo órdenes en frustrado secreto—. *Tiene que practicarse una minuciosa investigación de todas ellas* —Vocalmente le informó—: Le permitimos llegar hasta usted en atención a ser quien es, pero nos extrañó que viniera exigiendo tan perentoriamente una explicación. Lo que basta al comisario, debería bastarle a él, ¿no cree?

—Con respecto a mí se halla en una posición privilegiada.

—Está seguro de que no le trajo aquí algún otro motivo?

—No traté de averiguarlo; no acostumbro a indagar en la mente de todo el mundo. Además, estoy muy ocupado tratando de librarme de mi inminente bancarrota. ¿Qué motivo podría tener?

—Usted lo puede sospechar como cualquier otro… pero usted no necesita sospecharlo —contestó Morris—. En una situación como la que estamos atravesando, es conveniente sospechar de todo el mundo, incluyendo a su propia madre.

Diciendo esto se marchó, uniéndose en el taller con Rausch. Harper continuó enfrascado con la correspondencia. Cuando llegó la hora de comer y Moira se hubo marchado, Harper llamó a Morris a su oficina.

—Moira es una buena chica. Me pasa más de tres pulgadas porque le he estirado de las piernas tan a menudo que se le han alargado. Pero los dos marchamos muy bien.

—¿Qué tiene esto que ver conmigo? —preguntó Morris.

—Me disgustaría que saliera malparada si estuviera por aquí cuando cualquier asesino viniera a verme. Ella es otro gusano del

mismo anzuelo y yo no le pago para que corra estos peligros.

—Tenemos entendido que es usted quien tiene que advertir nos de cualquier ataque —significole Morris—. Sin usted, estamos como si fuéramos ciegos.

—Ya lo sé. Pero lo cierto es que no la llevo de la mano durante las veinticuatro horas del día. ¿No cree usted que sería mejor librarse de ella durante algún tiempo? ¿Y si la enviase de vacaciones pagadas hasta que termine este asunto?

—No. Usted puede representar su papel solamente si sigue su vida rutinaria. Háganse bastantes cambios y entonces una trampa empieza a parecer una trampa.

—Pero podrían apoderarse de ella en la calle con objeto de emplearla contra mí. Aunque, gracias a Dios, no les serviría de nada; me daría cuenta de lo que se aproximaba antes de que llegara hasta mí. Sin embargo, odio la idea de tener que emplear mi pistola contra ella porque hubiera dejado para siempre de ser Moira. Lo que está hecho, no puede deshacerse; me gustaría impedir que le ocurriera lo primero.

—Debe correr sus riesgos, como todos los demás —dijo Morris impasiblemente—. No son peores para uno que para otro.

—*Son* peores— contradijo Harper—, porque es más probable que traten de apoderarse de una persona que de otra. Me sentiría más tranquilo si se le asignara una guardia de día y de noche.

—La tiene. Desde el principio le designamos dos hombres, lo mismo que hicimos con el resto de sus empleados. Asimismo, hemos cubierto tolas las personas con quien se relaciona normalmente. Si alguien prueba la táctica de aproximársele valiéndose de su familiaridad, se va a ver con grandes apuros para encontrar una adecuada y libre de sospechas.

—Yo podría encontrar una buena táctica en cualquier momento —declaró Harper.

Morris arqueó las cejas.

—¿Alguien que no está bajo continua observación?

—Sí.

—Entonces su deber es decírmelo.

—Un agente —dijo Harper—. Cualquier agente. ¿Quién vigila a los vigilantes?

—Este problema no tiene solución. Nuestros hombres actúan en

parejas, pero aunque los pusiéramos del grupos de tres, de cuatro, de diez o de veinte, no nos hallaríamos satisfechos. Hay que tirar una línea entre lo deseable y lo practicable. Trabajan en parejas y esto hace que sea imposible que se apoderen de un nombre solo.

—¿Entonces tiene que ser confiscados dos a un tiempo?

—Si es que eso se puede hacer.

—El enemigo puede hacer todo lo que los seres humanos pueden hacer. Y, además, también es capaz de realizar un par de cosas que a nosotros nos están vedadas.

—Nos ocuparemos de eso —prometió Morris.

El cuarto día sucesivo de rutina administrativa sin novedades encontró a Harper ocupado en hacer el papel de cebo para unos peces que aparentemente habían dejado de existir.

Entretanto, había llegado a hartarse de verse seguido continuamente por todas partes, encontrándose con funcionarios federales haraganeando en todos las esquinas, ocupando mesas próximas en los restaurantes, permaneciendo de pie a sus espaldas en las cervecerías, respirándole en el cogote en el cine y montando guardia en la puerta de su dormitorio. El precio de la libertad humana estaba sacrificando la suya propia.

La monotonía fue rota y la fe en su propósito restaurada cuando llegó temprano a su oficina y extendió el periódico matutino sobre su mesa, descubriendo una noticia colocada al final de una columna de una página interior.

Savannah, Georgia. Una breve aunque sangrienta reyerta a tiros tuvo lugar cerca de aquí a medianoche cuando agentes del F.B.I. irrumpieron en el rancho Rankovic.

Resultaron muertos dos hombres, precediéndose a la detención de otros cuatro. Se cree que han logrado escapar dos más. El Director del Área, Stephen Maddox, declinó revelar el propósito de la incursión, manifestando que el F.B.I. actuó cumpliendo órdenes directas de Washington.

Era una noticia harto extraña, en varios puntos. El primero era que había sido colocada en lugar poco visible; el segundo que no se mencionaba para nada el lugar exacto del suceso ni tampoco nombre alguno, excepto el de Maddox. Por último, el tiroteo había tenido lugar cuando todas las fuerzas de la Ley y el Orden estaban empeñadas en una misión, y sólo una. Quedaba patente, por lo

tanto, que el incidente tenía alguna relación por aquella primordial misión.

Esto fue confirmado diez minutos más tarde cuando Jameson le llamó por conferencia telefónica.

—¿Ha leído la noticia?

—Acabo justamente de leerla.

—Debía haberse divulgado en la primera emisión radiada, pero lo impedimos. Estamos haciendo un gran esfuerzo para persuadir a los servicios de información que quiten importancia a estas noticias. Naturalmente quieren saber el motivo, pero no se lo podemos explicar.

—¿Qué sucedió? —preguntó Harper.

—No puedo decir demasiado, aun a través de una línea oficial aislada. En resumen, uno de nuestros hombres descubrió la pista de Langley y le siguió hasta el rancho Rankovic. Langley debió huir durante el corto espacio de tiempo entre el informe de nuestro hombre y la incursión. El caso es que no lo pudimos coger. La zorra se escapó, dejando todavía caliente su madriguera.

—Ha sido una lástima.

—Han resultado dos muertos. Hemos enviado sus cuerpos para que los examinen —prosiguió Jameson—. De los cuatro que capturamos, tres niegan enfáticamente que tomaran parte activa en la lucha. Dicen que simplemente ocurrió que se hallaban dentro de la casa cuando empezó el tiroteo y que se cobijaron hasta que terminó la lucha. Los hemos sometido a la prueba de parafina y el resultado ha sido negativo.

—¿Y en cuanto al cuarto?

—Es hermano de uno de los muertos. Dice que se hallaba en cama y que se levantó cuando empezó el jaleo, vistiéndose y yéndose abajo para unirse con su hermano y otro individuo para disparar con ellos desde las ventanas. Jura que ninguno de ellos había que estaba disparando contra las fuerzas de la Ley.

—Parece admisible —comentó Harper.

—Se rindió cuando los gases lacrimógenos le alcanzaron. Cuando esto ocurrió, los otros dos eran ya cadáveres. Los cuatro detenidos reconocen la fotografía de Langley, pero no saben nada respecto a él, excepto que hacía dos días que dormía en el rancho. Se ausentó a eso de las diez cuarenta, poco más de una hora antes

de que empezara la incursión.

—Casi parece como si le hubieran dado el soplo.

—No es posible. Simplemente, tuvo mucha suerte. De todas formas, no le he llamado sólo para comunicarle la noticia; hay algo más de interés en ella. Cuando efectuamos la incursión, cercamos el rancho y llamamos a la puerta solicitando la entrada. Alguien nos contestó disparando desde el interior. Por lo tanto, aunque Langley no estuviera dentro significaba lo mismo... pues en la casa se ocultaba alguien que no quería en modo alguno ser detenido. ¿Qué le sugiere a usted esto?

—Que Langley se había hecho un amigo.

—Sí, y que también se pudo haber hecho más de uno. Un individuo apellidado Waggoner se escapó al mismo tiempo que Langley. No sabemos nada de él, excepto que él y Langley van juntos, actuando de común acuerdo. Tenemos de ambos una buena descripción y, naturalmente, les perseguimos sin descanso.

—¿Tuvieron alguna noticia de los otros dos? —preguntó Harper.

—¿De McDonald y Gould? No, no se sabe nada de ellos por aquella parte. Parece que se han separado. Están tratando de hacernos más difícil su búsqueda yendo cada uno por un camino diferente. —Hizo una pausa, mientras la pantalla le mostraba consultando un documento—. Quiero que se someta a prueba a esos cuatro cautivos sin demora. Es posible que no sean lo que parecen ser.

—¿Quiere que vaya yo ahí?

—No. Estropearía el plan montado en su casa. Se los enviamos por vía aérea. Obsérvelos con su penetrante mirada y diga si lo son o no lo son.

—De acuerdo.

—Muchas gracias. Pero hay algo más. Hasta ahora, nadie se ha preocupado de molestarle a usted. Como dijo usted mismo, todo depende de si conocían la identidad de la muchacha y de si el asesinato de la estación de servicio era una coincidencia. Hasta hoy no tenemos pruebas que demuestren que estén realmente enterados de que se les busca o de que sabemos del regreso de la nave. Así es que...

—¿Ha sido ya hallada la nave? —interrumpióle Harper.

—No hay señal de ella. No es posible que haya sido destruida sin

dejar rastro; para deshacerse de esa masa de metal se necesitaría un mes de trabajos contando con el concurso de especialistas en la materia y los hornos adecuados. La última teoría es que está oculta en algún lugar de las inmensidades del Polo Norte o sumergida bajo las aguas del Océano. La última parece la más probable. En este caso, la tripulación debió alcanzar la costa empleando su bote de goma. Estamos rastreando las costas con objeto de poder descubrirlo.

—Bien, es buena idea. ¿Y qué me dijo antes sobre que nadie me había venido a molestar?

—Le quise recordar que, hasta anoche, cabía la posibilidad de que no estuvieran seguros de que la cacería estuviera en pleno apogeo. Pero el hecho de que el periódico mencionase específicamente el rancho Rankovic pudiera representar una revelación indiscreta si Langley se entera de ella. Hará bien si se muestra de ahora en adelante más cauto.

—Se lo diré a Morris —contestó Harper—. Es mi niñera.

—No es necesario. Si es que ahora no está él mismo escuchando, no tardará en ser informado por alguien que sí lo está. Todas sus llamadas son controladas.

—¿*Únicamente* como medida de protección? —inquirió Harper.

—Sí —repuso Jameson sin vacilar. Desconectó. La pantalla se obscureció, borrando su imagen.

—¡Miserable embustero! —exclamó Harper mirando con odio a la pared—. Están más preocupados con mis grandes orejas que con toda mi piel.

Los cuatro sospechosos llegaron a la oficina cinco minutos antes de la hora de cierre. Morris los colocó en fila en el taller, en donde permanecieron esposados mirando a su alrededor, abiertamente asombrados al verse en un lugar como aquel. Media docena de gentes los acompañaban, vigilándolos estrechamente.

Morris penetró en la oficina y dijo:

—Ya los tenemos aquí. ¿Qué me dice?

—No hay suerte —contestó Harper—. Son completamente normales.

—Muy bien —salió y volvió—. He dejado marchar a tres de ellos. Jameson quiere que le de su informe sobre el individuo restante. Admite que tomó parte en el tiroteo, pero asegura que no

se dio cuenta de lo que estaba haciendo. ¿Está diciendo la verdad?

Apartando a un lado los papeles que había estado estudiando, Harper se recostó en su asiento mientras consideraba la pregunta. Escuchó investigando en la mente del que se hallaba en la otra habitación.

—Todo lo que dice es cierto; efectivamente, se vio dominado por el pánico.

—Esto es todo cuanto deseamos saber.

A las tres de la tarde del día siguiente Harper se hallaba cómodamente sentado en su silla con los pies descansando sobre el borde de su mesa, mientras su mente estaba completamente abierta en tanto sus ojos contemplaban perezosamente a Moira entretenida con unas cuantas facturas.

Su mente tenía dos formas diferentes de funcionar, que a él gustaba simbolizar como radio y radar. Cuando se dedicaba a la radio, se limitaba a escuchar y conformarse con los programas emitidos en la vecindad. Y si se decidía por el radar, transmitía una vibración propia que estimulaba cualquier otra mente a producir una respuesta satisfactoria.

Cuando escuchaba, noventa y nueve veces de cada cien lo que oía no valía la pena de prestarle un momento de atención. Pero cuando tanteaba en la mente de otro, obtenía lo que deseaba al obligarla a pensar en ello. Con respecto a los seres humanos, les era indiferente el método que emplease, porque ellos estaban completamente inconscientes de ambos.

Pero con una mente venusiana no ocurría lo mismo: ésta había sido su primera lección, aprendida cuando se puso en contacto con la entidad que poseía a la señorita Whittingham. Los venusianos diferían de algún modo misterioso. Podía escuchar a uno, ajustándose a la radio, sin que «aquéllo» se diera cuenta de que se le estaba oyendo. Pero si se servía del radar y le estimulaba a soltar lo que interesaba, «aquéllo» sentía el tanteo y se alarmaba inmediatamente. En este momento, Harper estaba lenta y rítmicamente balanceando la silla apoyada sobre sus dos patas traseras, las cuales dejaban oír sus crujidos de protesta. Hacía ya unos cuantos días que no se dedicaba a escuchar continuamente; era imposible hacerlo y prestar atención a otros asuntos. Además, era suficiente para su mente hacer un recorrido de unos cuantos

segundos por las inmediaciones cada par de minutos, como si fuera el rayo de luz de un farol recorriendo las obscuras y procelosas aguas del mar. De pronto cesó de balancearse sobre la atormentada silla y se irguió. Moira se lo quedó mirando fijamente, pero como vio que su atención no estaba concentrada en ella, continuó con su trabajo. El prestó de nuevo atención a algo que estaba muy lejos, tal vez a mil yardas o más, medio oculto entre el murmullo general. Era algo que se iba acercando, lenta, más continuamente, al compás de los pasos de un ser humano. Era una mente infrahumana graznando como un ganso enfurecido.

—¡Morris! —aulló.

Moira respingó asustada y dejó caer un puñado de papeles que sostenía en las manos, agachándose acto seguido para recogerlos.

La puerta se abrió de golpe y apareció en el umbral el agente.

—¿Qué pasa?

—Creo que se está acercando.

—¿Quiere decir que...?

—Viene a pie, caminando por la acera. No trae coche.

—¡Quédese en donde está! —ordenóle Morris, desapareciendo inmediatamente.

Harper se acercó a la ventana y miró a la calle, diez pies más abajo, a través de sus cristales. La abrió luego y se asomó a la misma, para poder ver mejor. La calle estaba llena de peatones. La mente que buscaba debía hallarse entre aquel grupo del lado izquierdo, a unas cuatrocientas o quinientas yardas hacía el norte. Su sentido direccional se lo aseguraba plenamente, pero no podía separar un individuo de dentro un distante grupo de desconocidos.

Continuó asomado a la ventana en espera de que la espantosa mente se fuera aproximando. Trescientas yardas, doscientas, ciento cincuenta. Ya ahora había concentrado sus sospechas en tres personas, un ama de casa de garboso caminar y agradable presencia; un individuo opulento de unos cuarenta años con aire de hombre de negocios; un tipo larguirucho y carilargo que caminaba junto a la pared. Morris reapareció a sus espaldas y dijo:

—Todo está preparado. ¿Puede usted ahora...?

Haciendo caso omiso de él, Harper emitió una vibración mental estimulante contra la mente del otro. El resultado se produjo en una fracción de segundo: shock intenso, alarma desenfrenada, frenético

deseo de huir y avisar a algún sitio.

El ama de casa continuó su marcha tranquilamente, sin alterar su paso. El larguirucho mantuvo sus modales, sin demostrar nerviosismo. El tipo opulento se detuvo en seco y miró asustado en todas direcciones, echando a correr rápidamente volviendo sobre sus pasos.

Harper saltó a la calle. Oyó una exclamación de Morris y un grito de espanto de Moira antes de tocar violentamente el suelo. Cuando recuperó el equilibrio y se lanzó en por del fugitivo, su pistola estaba ya en su mano.

Algo que había en la expresión de los transeúntes le dijo que algo estaba ocurriendo a sus espaldas. Continuó corriendo velozmente, con una rapidez que no parecía lógica para su pesado corpachón.

Un atolondrado empleado portador de una voluminosa caja se plantó indeciso frente al acometiente Harper, quien gritó enfurecido:

—¡Apártese de mi camino, imbécil! —empujándolo sin contemplaciones a un lado y prosiguiendo la persecución. A sus espaldas, alguien gritaba autoritariamente ininteligible palabras. Desde una esquina a unas seiscientas yardas más adelante, un policía hacía sonar un estridente silbato. La sirena de un coche-patrulla empezó a gemir lastimeramente. Dos agentes emergieron de un portal cortando el paso al fugitivo, armas en ristre, ordenándole el alto. Dos más se lanzaron contra él desde la otra parte de la. calle. El opulento individuo no estaba todavía perdido. Haciendo caso aviso de las armas de fuego como si fueran tirachinas, se zambulló en la puerta principal de una casa comercial. Harper desapareció tras él cinco segundos después, el rostro enrojecido y respirando jadeante; dos agentes le pisaban los talones. Un coche policíaco se detuvo en seco junto a la acera; y del mismo salieron cuatro agentes más.

Uno de los ascensores de una serie de ellos ascendía rápidamente transportando en su interior al perseguido. Deteniéndose frente a su doble puerta, Harper miró con rostro ceñudo hacia arriba, viendo desaparecer los pies del otro de su vista. Un par de agentes se lanzaron escaleras arriba; dos más se introdujeron en un ascensor contiguo y se elevaron rápidamente.

Harper aplicó el cañón de su pistola sobre la cerradura de la doble puerta y disparó, rompiéndola y haciendo con ello que la puerta se abriera, deteniendo el ascensor a nivel del tercer piso. Había confiado que el forajido quedaría atrapado entre dos pisos, pero el aparato demostró ser del tipo de nivel automático y respondió a la súbita pérdida de energía dejando que su caja se hundiera hasta su nivel, ajustándose al mismo.

Escuchando las mentes de arriba, detectó la salida del fugitivo en el tercer piso y lo cerca que de él se hallaba los agentes que subían por las escaleras y se dio cuenta de lo que iba a suceder antes de que pudiera impedirlo.

Subió desesperadamente las escaleras con el rostro bañado en sudor. Había alcanzado casi el segundo piso, remontando los peldaños de tres en tres, cuando arriba se produjo una terrorífica explosión seguida por el ruido de cristales rotos y una breve pausa, tras la que se originó una serie de estampidos. Su velocidad aumentó aún un poco más, mientras sus pulmones estaban a punto de reventar.

Pero cuando llegaba al tercer piso oyó el alarido de una vida extraña que se extinguía en un cuerpo inútil y también el salvaje y desesperado grito de algo más humano en su agonía. Amenguó la velocidad, remontando los restantes escalones a paso normal, sabiendo que llegaba demasiado tarde.

El corredor del tercer piso parecía una carnicería. Tres agentes formaban un pequeño grupo que contemplaba silenciosamente la escena. Uno de ellos empuñaba un pesado fusil cuyo cañón todavía humeaba. Otro presentaba una herida en la oreja izquierda de la que manaba abundante sangre. El tercero contemplaba sombríamente el cuerpo sin vida de un cuarto tendido cerca del remate de las escaleras, de cuyo pecho y rostro salía la sangre que empapaba de rojo su uniforme.

A diez yardas del ascensor, yacía el cadáver del hombre opulento No era un espectáculo agradable.

XI - EL HUIDIZO

EL hombre de la oreja sangrante se inclinó sobre el cuerpo del agente que estaba tendido cerca de los escalones y metió una mano bajo su guerrera, diciendo:

—Está muerto. —Se levantó y aplicó un enrojecido pañuelo a un lado de su cabeza—. Si no me hubiera alcanzado en la cabeza, no hubiera podido librarse de mí. Y si yo no hubiera estado cuatro escalones más abajo, entonces el golpe que me propinó hubiera sido mortal.

—Pasamos por encima de él en ese otro ascensor —explicó el que empuñaba el pesado fusil a Harper—. Cuando se detuvo tan bruscamente, disparamos desde arriba contra él y tuvimos que descender. Fue justamente en aquel momento cuando salió de su ascensor y lanzó la granada contra los otros dos. Un trozo de metralla pegó contra el suelo, entre mis pies. Le vimos correr abrimos fuego contra él antes de que pudiera lanzarnos alguna otra granada.

Un grupo de hombres subía corriendo las escaleras. Morris y Rausch iban al frente. Un fuerte murmullo llegaba desde la lejana calle. Harper se dio cuenta de que todavía empuñaba su pistola, y se la guardó.

Morris miró a su alrededor y apretó los labios cuando contempló al agente muerto.

—Me parece que está muerto. Llévenlo abajo, para que se lo lleve la ambulancia —Se volvió para encararse con los otros.

—¿Qué ocurrió?

Se lo contaron y terminaron diciendo:

—Nos fue imposible cogerlo vivo.

Uno de los espectadores abrió un cortaplumas, hundió su punta

en la pared y extrajo de ella un retorcido trozo de hierro. Lo estudió atentamente y dijo:

—Parece que se trata de una granada del Ejército. —Pasó el fragmento a Morris—. ¿Qué opina usted?

—Posiblemente es así. Tendremos que practicar averiguaciones en los depósitos del Ejército. Regístrenlo, a ver que lleva más encima.

Efectuaron un minucioso registro de sus ropas. No llevaba ningún arma más, pero sí un costoso reloj, un alfiler de corbata con cabeza de diamante y una cartera de bolsillo bien provista de billetes. Sus ropas eran de la máxima calidad, así como también sus zapatos.

Lo volvieron cara arriba, quedando a la vista un ancho rostro de amable expresión muy bien afeitado. Aún ahora, sus rasgos faciales eran los de alguien incapaz de hacer daño a una mosca... excepto que la misma tratara de volar con su alfiler de corbata. Sus manos eran blancas y suaves, terminadas en unas uñas exquisitamente cuidadas.

Aparte de la cartera, alfiler, reloj y dos finos pañuelos, no había nada más en sus bolsillos: ningún permiso de conducción, tarjeta de identidad ni carnet profesional; tampoco llevaba ninguna pluma, pitillera, encendedor ni llaves. Su traje carecía de la marca de sastrería y sus zapatos no llevaban otra marca que la que indicaba su talla. No había en él nada que sirviera para identificarlo con rapidez.

—Más retraso —observó Morris preocupado—. Nos va a ocupar un tiempo valioso el averiguar quién es —Una momentánea expresión de esperanza asomó a su rostro—. ¿Es posible para usted decirnos algo acerca de él?

—Lo siento —contestó Harper, con pesar.

Estaba más allá de sus facultades extraer datos de un cerebro muerto. Aunque no había tenido la oportunidad de probarlo, sospechaba que un venusiano involuntariamente se identificaba a sí mismo como venusiano, y no como la entidad que usurpaba. Esta era la causa de todo el problema, la razón por la que un hombre excepcional podía reconocerlos.

—Tendremos que hacer cuanto podamos, y hacerlo sin pérdida de tiempo —dijo Morris pasando la cartera a un agente—. Hagan

una lista de la numeración de esos billetes y manden copias de la misma a todos los bancos a cincuenta millas a la redonda. Vean si en alguno de ellos recuerdan haberlos entregado, y si es así, a quién.

Rausch había abierto el reloj y estaba examinando su interior. Lo cerró y lo dio a otro de sus hombres.

—Esto nos puede decir algo. Es uno de esos relojes recién inventados que extraen fuerza de las variaciones de las presiones barométricas. Considerando su precio, no deben haber muchos por ahí. Hay que localizar a su distribuidor. El debe tener registrados en sus libros la venta de los mismos y podrá decirnos a quién lo vendió. Sigan esta pista hasta que sepan quién fue el comprador.

El agente se guardó el reloj y se marchó acto seguido.

Estudiando el alfiler, Rausch dijo a Morris:

—Con esto es más difícil, pero no podemos despreciarlo. —Llamó a otro agente— Muéstrelo en las principales joyerías. Telefonéenos tan pronto sepa algo.

—Si sus huellas dactilares constan en los archivos, sabremos quién era dentro de pocas horas —contestó Morris, dudando interiormente que estuvieran registradas—. Se las tomaremos para que en Washington les echen un vistazo. Esperemos que las tengan en sus archivos. Alguien debe cuidarse de llevar esos zapatos para que los examinen en las mejores zapaterías. Cualquier fabricante de zapatos puede decirnos quién es el que hace trabajos de esta clase.

—¿Los puedo examinar? —preguntó Harper.

Los cogió y les fue dando vueltas, observando su suavidad y flexibilidad. Los devolvió.

—Están hechos a medida para él.

Morris asintió con un gesto y gritó:

—¿Dónde está el fotógrafo?

Inmediatamente se presentó, con su cámara fotográfica colgada del hombro. Contempló al muerto con indiferente aire profesional, disponiéndose a desempeñar su cometido.

—Quiero que le limpien la cara y lo arreglen un poco —ordenó Morris—. Hágale una buena fotografía de la cara y medio cuerpo; alguien puede reconocerlo en la televisión. Entréguemela tan pronto la tenga lista. —Se volvió cara a Harper—. Esto es todo cuanto podemos hacer por ahora. Le escoltaremos hasta su oficina.

Harper se frotó la barbilla y con gesto vacilante, dijo:

—Me encuentro tan empequeñecido por tanto talento que tengo a mi alrededor que no me atrevo a ofrecerle una sugerencia.

—Oigámosla —le apremió Morris.

—Pues de acuerdo —dijo Harper—. ¿Cuántos hombres adultos van por el mundo sin llevar encima ni una solitaria llave en sus bolsillos?

—Es cierto. Creo que se desembarazó de todo cuanto creyó podría darnos una pista, aunque lo hizo bastante mal. O tal vez sabía que si algo le ocurría, sería suficiente para causar un pequeño retraso.

—También advertí que el centro de la suela de su zapato derecho estaba desgastado —prosiguió Harper—. Más aún lo estaba el centro de la suela izquierda. —Hizo una pensativa pausa y continuó—: Tiene la apariencia general de un hombre que ha disfrutado de prosperidad durante mucho tiempo. Si alguna vez careció de una voluminosa cuenta bancaria, debió ser muchos, muchos años. Pero, sin embargo, caminó por la calle.

—¿A dónde va usted a parar?

—Tiene coche y hace uso de él. Su privilegiada clase emplea invariablemente esos poderosos automóviles que parecen trasatlánticos. Pero en esta ocasión no se sirvió del mismo. ¿Por qué? Respuesta: por razones mejor conocidas para él, lo aparcó en cualquier lugar y cubrió el resto del camino a pie. Pero no lo dejó cerrado, pues de lo contrario llevaría encima las llaves. ¿Por qué no lo cerró? Pues porque alguien está sentado en su interior esperándole, con las llaves que faltan pendiente del cuadro de mandos. ¿Está todavía esa persona esperándole? Respuesta: probablemente es afirmativa, a menos que estuviera aparacada lo suficiente cerca para haber visto u oído el incidente.

—Vamos abajo hasta el coche-patrulla para hacer una llamada por radio. Dispongo de los suficientes coches para inspeccionar toda la zona, y...

—¡Eh, un momento! —exclamó Harper—. Hay centenares de coches aparcados en los alrededores y docenas de personas sentadas esperando. A menos que el compañero del gordiflón sea Langley, McDonald o Gould, ¿cómo va a localizarlo?

—*Puede* que sea uno de esos tres —apuntó Morris, ávido de

empezar la caza—. Probablemente esa es la razón por la que el muerto caminó parte del recorrido. Ninguno de esos tres se arriesgarían a exhibirse cerca de esta casa; se mantendría alejado de la vista de los demás, enviando a un adicto a realizar su sucio trabajo.

—Muy bien. Entonces le sugiero que mande a sus patrullas a la caza de Langley y compañía, prestando especial atención a los coches aparcados con ocupantes en su ulterior. Si el cómplice no es uno de esos tres, entonces será el señor Anónimo y sus hombres no van a tener suerte.

—¿*Usted* podría identificarlo, verdad?

—En efecto, con tal que me acerque a él lo suficiente. Sería mejor que me llevara a hacer un recorrido por todos los lugares de aparcamiento, por ejemplo, dentro de un trecho a media hora de distancia caminando. Dentro de un radio de dos millas. El gordiflón no corría simplemente para hacer ejercicio. Escapó con la idea de escabullirse para luego escapar rápidamente.

Se amontonaron en el interior de uno de los varios coches-patrulla alineados ahora frente al edificio. Morris se puso al volante y Rausch se sentó a su lado, mientras Harper se dejaba caer en la parte trasera con otro agente. A punto de emprender la marcha, Morris se vio acosado por un súbito pensamiento; miró por encima del hombro al agente que estaba en la parte posterior.

—No conocemos esta zona muy bien. Creo que es mejor que deje el puesto libre para que lo ocupe un agente de por aquí, a fin de que nos pueda orientar.

—Yo puedo dirigirle a todos los lugares más a propósito —dijo entonces Harper—. En marcha. Doble la segunda esquina a la derecha.

Emprendieron la marcha, metiéndose por la calle indicada y llegaron a una zona de aparcamiento en donde se hallaban unos doscientos coches. En siete de ellos había personas sentadas o situadas en sus inmediaciones. Harper lanzó contra cada una de aquellas personas un estímulo mental, sin recibir ninguna reacción sospechosa.

—Vire a la izquierda —ordenó—. Hay un par de pequeños espacios libres en esa calle y uno bastante más grande a una milla más adelante.

Continuaron la marcha moderadamente, examinando todos los coches con los que se cruzaban; no vieron nada que despertara sospechas, ni tampoco Harper obtuvo ninguna reacción de alarma.

Llegaron a un refugio subterráneo una milla más adelante en el que habían estacionados más de un millar de automóviles. Descendieron por una de las seis anchas rampas de entrada y se introdujeron en una brillantemente iluminada caverna en la que intervalos y de entre una compacta masa de coches se elevaban hasta el techo columnas de cemento. Un empleado vino hacia ellos, curioso al ver que se trataba de un patrullero policíaco. Morris bajó el cristal de su ventana y sacó la cabeza.

—¡Pronto! —aulló Harper, irguiendo el cuerpo y mirando ávidamente al frente—. ¡Allá va... por la salida del medio!

Morris lanzó el coche hacia delante, casi derribando de paso al empleado, imprimándole vertiginosa marcha por el camino principal pasando entre hileras de sus congéneres. Las luces de arriba relampagueaban con cada vez mayor velocidad, retrocediendo hacia el lejano fondo, al paso que las columnas de soporte cruzaban junto a ellos con la suficiente rapidez para hacerlas parecer una pálida barrera. La capota del coche se levantó cuando llegaron a la rampa de la salida. Pasaron la última luz; avanzaron hacia la luz del día de la calle.

Harper podía todavía recoger desde la parte izquierda el rápido desvanecimiento del murmullo de un agitado cerebro que intentaba anhelantemente escapar con lo que había averiguado... es decir, que los murmullos podían ser oídos.

La sirena empezó a gemir tan pronto salieron del refugio y empezaron a correr por medio de la ancha calle. El sinfín de vehículos que corrían por ella se apartaron inmediatamente a ambos lados dejándoles camino libre para perseguir al enorme coche negro que se desplazaba con celeridad tal que parecía era conducido por un maniaco. Aferrado tenazmente al volante, Morris presionó al máximo el acelerador. Rausch buscó a tientas el micrófono y se lo acercó a los labios, diciendo:

—Roadking negro en fuga por la Avenida Bailey con dirección al Sur. Todos los coches de la zona sur de la Avenida Bailey, zona sur de la Avenida Creer y de Mason Turnpike intercepten Roadking negro.

—Será un milagro si con este coche tan cargado podamos alcanzar un Roadking —observó Harper.

No le hicieron caso. El agente que estaba a su lado se inclinó hacia delante y extrayendo una pistola del bolsillo la sostuvo sobre sus rodillas.

—Coche Cuarenta y uno en marcha hacia el sur de la Avenida Bailey —dijo un impasible policía a través del receptor del coche.

Harper, mientras miraba ansiosamente hacia adelante, se dio cuenta de que en menos de una milla de recorrido habían perdido un par de cientos de yardas.

—Coche Once con dirección a Mason —anunció otra voz.

—Coche Cuatro hacia Mason en Perkins Corner —dijo una tercera.

El huidizo Roadking, ahora visiblemente reducido de tamaño por su cada vez mayor distancia, efectuó un súbito viraje como si se fuera a meter en una bocacalle, pero en el último instante retrocedió y continuó su marcha por Bailey rumbo al Sur.

Un momento después quedó patente la razón de su maniobra al surgir un coche-patrulla de aquella calle y lanzarse en pos del fugitivo en loca carrera. El recién llegado se encontraba a medio camino entre el coche de Harper y el Roadking; avanzaba a mayor velocidad porque llevaba menos peso, pero a pesar de todo no podía ganar ni una sola pulgada al excesivamente potente coche fugitivo.

—¿Qué les dije a ustedes? —dijo con rabia Harper—. Los hombres opulentos con cartera repleta de billetes acostumbran a comprar fantásticos coches que se tragan un galón de alk por milla.

Resolló con disgusto y añadió:

—Y tampoco se le pueden reventar los neumáticos, pues estos Roadkings los llevan a prueba de bala.

—Coche Veintiocho en cruce de «Mason y Bailey»

—Ese es el lugar adecuado —dijo excitado Morris—. Ahí lo detendrán.

—Tendrán que aguantar su acometida, y será un encontronazo terrible a juzgar por la velocidad que lleva —dijo Rausch, poniendo el micrófono a un lado mientras miraba ansiosamente hacia adelante—. No hay modo seguro de pararlo a menos que sigamos hasta...

Aprovechándose de la preocupación del otro. Harper se echó hacia delante y gritó al convenientemente colocado micrófono:

—¡No se anden con remilgos! ¡Disparen a matar!

—¡Eh, oiga! —aulló Rausch arrebatándole el micrófono y volviendo el rostro para mirarle enfurruñado.

En aquel instante el obediente Coche Veintiocho abrió el fuego. El patrullero que corría delante del coche de Harper se echó prontamente a un lado y siguió una más lenta marcha con cautela, dejando con su maniobra a plena vista al segundo patrullero-parado media milla más adelante.

El Roadking pasó como una centella frente al Coche Veintiocho, avanzó unas ciento cincuenta yardas, patinó peligrosamente dos veces y efectuó un violento viraje que lo llevó por encima de la acera hasta que chocó contra la fachada de un establecimiento comercial. El ruido del choque pareció una explosión. Una buena cantidad de artículos de mercería salieron volando por los aires. Una inflada camisa trató de atravesar volando la avenida moviendo grotescamente los brazos. Dos agentes de policía salieron precipitadamente del Coche Veintiocho lanzándose hacia los restos del destrozado coche.

—Ya está listo —gruñó Morris, suavizando la presión de su pie contra el pedal y reduciendo la marcha.

Dijo entonces por encima del hombro a Harper, con tono de desafío:

—¿Quién es el que da las órdenes aquí?

—Yo. Y si no lo sabía antes, ahora lo sabe.

—Nuestras órdenes son…

—Al cuerno con sus órdenes —contestó con rudeza Harper—. Aprecio su cooperación, y algún día usted apreciará la mía.

Diciendo esto abrió la puerta del coche que se detenía, salió y se encaminó hacia el Roadking, sabiendo de antemano que otra vez una extraña esencia vital se había extinguido dentro de un inútil cuerpo. Pero no había muerto ningún ser humano normal… lo que era al menos un consuelo.

En la parte interior del escaparate de la tienda un roto muñeco de reclamo movía sus extremidades sobre la capota del Roadking, mirando estúpidamente de reojo al muerto conductor. El robot llevaba puesto un sombrero de tartán, echado ridículamente a un

lado de la cara y la fuerza del impacto había llenado sus pantalones de diversos artículos de mercería. El conductor permanecía sentado con el cuerpo hacia adelante, el rostro pegado contra el volante, con un par de calcetines con su correspondiente etiqueta indicativa del precio colgándole del cuello.

Dos policías se metieron entre los vidrios rotos, pañuelos destrozados y pijamas hechos pedazos hasta llegar a la puerta del coche. Retiraron los destrozados escaparates para dejar expedito el camino.

Harper estaba a punto de unírseles cuando un flaco individuo salió de la tienda gesticulando airadamente con sus blancas manos yéndose directamente hacia él.

—¡Mire lo que han hecho! —insistía con estridente voz la aparición—. ¡*Mírelo*! ¿Qué voy a hacer *ahora*?

—Demande al cadáver que está en el coche —le dijo Harper—. El es el causante. —Dichas que fueron estas palabras, procedió a ayudar a los policías a sacar al muerto.

El reclamante desvió su atención hacia Morris, quien se encontraba ahora muy cerca de Harper.

—Y debe usted saber que anoche mismo arreglé esos escaparates. Es realmente *desconsolador*. Me pone fuera de tino. No sé qué... —Se interrumpió y sus ojos de lechuza se abrieron aún más cuando se posaron en el cadáver mientras era sacado a la calle y depositado sobre la acera—. ¡Pero si es el señor Baum!

—¿Le conoce? —demandóle Morris inmediatamente.

—Sí, le conozco. Es el señor Baum. El señor Philip Baum. No hace más de una semana que le vendí, unos magníficos...

Con la vista en el rollizo rostro, Harper le interrumpió, preguntándole de sopetón:

—¿Tiene algún hermano?

—Sí —dijo el descarnado individuo, parpadeando nerviosamente mientras contemplaba fascinado la cara del muerto—. Tiene un hermano, el señor Ambrose Baum, un poco mayor que él. Unos tres o cuatro años más viejo, tal vez. ¿No es eso *terrible*?

—¿Dónde habitan los Baums? —preguntóle Morris.

—En Reevesboro. Yo... —Cesó de hablar y quedóse con la boca abierta mientras miraba horrorizado al destrozado robot que lentamente se deslizaba desde el techo del coche hasta quedar de

rodillas en el suelo, produciendo un lúgubre lamento y quedando inmóvil con los ojos torcidos. Se estremeció al verlo—. Alexander está destrozado, completamente *destrozado*. Me gustaría saber quién me va a compensar por todo esto.

—Reclame a su compañía de seguros —le aconsejó Morris—. ¿Por qué parte de Reevesboro se halla, situada la casa de los Baum?

—En la Avenida Pinewalk, me parece. No recuerdo el número. Debe hallarse en el listín de teléfonos.

—Traiga su listín para que le echemos un vistazo.

—No hay necesidad —terció uno de los policías, quien se hallaba en aquel momento registrando las ropas del cadáver. Se levantó, teniendo en la mano una tarjeta—. Aquí dice que es Philip Kalman Baum, con domicilio en la Avenida Pinewalk número 408, de Reevesboro. El coche está registrado a nombre de Ambrose Baum, que vive en la misma casa.

El otro policía añadió:

—Tiene el pecho destrozado. Se le metió el volante dentro.

Morris se volvió cara al agente que les había acompañado desde el principio.

—Queda a cargo de esto. Ya sabe cómo tiene que proceder. Ni una palabra a los periodistas. Déjeles que protesten... y mándelos a nuestra oficina central. —Hizo una seña a Harper—. Venga con nosotros.

Se metieron en el coche y los tres se alejaron de la escena a cuyo alrededor empezaban a congregarse transeúntes en murmurante semicírculo.

—Puede que necesitemos más ayuda de la que tenemos —observó Morris mientras conducía el coche a gran velocidad—. Hay que anular la llamada que se hizo para que persiguieran al Roadking y decirles que nos sigan hasta Reevesboro.

Rausch transmitió el mensaje a través del micrófono y una voz contestó:

—Coche Cuatro en Mason Turnpike y Perkins Corner.

—Espérennos y sígannos hasta Reevesboro —ordenó Rausch.

Tras cuatro millas de carrera, se destacó del fondo un coche patrulla que les siguió de cerca con rápida marcha. Otras seis millas de camino y entraron en Reevesboro, localizando la dirección que les interesaba. Se trataba de una casa pequeña, atractiva, que se

alzaba en medio de un terreno de cosa de medio acre de extensión.

Morris pasó con el coche frente a la casita, deteniéndolo a corta distancia de ella, haciendo señas a los del coche que les seguía para que se detuviera cerca de ellos. Salió y se encaminó hacia el otro coche, ocupado por dos policías y dos agentes.

Y dijo a los dos policías:

—Ustedes quédense aquí vigilando por si se escapa alguno y tiene idea de valerse de un coche oficial. —Y luego se dirigió a los agentes—: Ustedes vayan a la parte trasera de la casa. Si algo trata de escapar por allí, ya saben lo que tienen que hacer.

—Estamos perdiendo el tiempo —indicó Harper, lo bastante cerca de la casa para saber que en su interior no existía ningún ser extraño.

—Yo soy quien tiene que decidirlo —respondió Morris. Esperó a que los dos agentes desaparecieran tras la casa y entonces empezó a caminar hacia la puerta.

—¡Vamos!

Una amable señora de grises cabellos respondió a la llamada del timbre. Tendría cerca de sesenta años y a juzgar por sus manos debía dedicarse a trabajos manuales. Su expresión era muy dulce.

—Esta es la casa de los Baum —dijo Morris, expresándolo en forma de declaración más bien que de pregunta.

—Eso es —convino ella—. Pero el señor Philip y el señor Ambrose no están ahora en casa. No sé cuándo volverán.

—No volverán nunca —le informó Morris.

Su rugosa mano se alzó hasta la boca mientras le miraba de una forma muy asustada.

—¿Es que ha… ocurrido algo?

—Por desgracia, sí. ¿Es usted familia de ellos?

—Soy la señora Clague, su ama de llaves —les informó un poco asombrada—. ¿Están…?

—¿Vive con ellos algún pariente? —la interrumpió Morris.

—Oh, no. Son solteros empedernidos y no tienen ningún pariente cercano. En esta casa sólo vive la criada y yo. —Tragó saliva con esfuerzo—. ¿Están heridos?

—Están muertos. Somos policías. Permítanos efectuar un registro.

—¿Muertos? —susurró ella mientras daba un paso atrás para

permitir la entrada a Morris, seguido por Harper y Rausch. Su mente no tenía ninguna dificultad para comprender toda la importancia de la noticia—. ¿No habrán muerto ambos, verdad?

—Los dos, señora Clague. Lo siento. —Morris extrajo tres fotografías de su cartera y se las mostró—. ¿Reconoce alguno de estos hombres?

Ella se enjugó las lágrimas con un pañuelo y estudió pasmada las fotografías.

—No, no los he visto nunca.

—¿Está segura de que no los ha visto recientemente?

—Completamente.

—¿Dónde está la criada de que nos habló?

—En la cocina. ¿Desea hablar con ella?

—Sí.

—¡Winnie!, ¡Winnie! —gritó.

Apareció al instante Winnie, una muchacha regordeta con unos ojos plácidos como los de una pacienzuda vaca.

—¿Conoce a éstos? —requirióla Morris.

Miró con ojos saltones las fotografías.

—No. señor.

—Si alguno de ellos hubiera estado aquí recientemente, ¿lo recordarían ustedes con seguridad?

—Sí, creo que sí.

El ama de llaves apuntó:

—El señor Ambrose y el señor Philip raras veces tenían visitas. Usaban esta casa sólo para descansar. Y siempre llegaban a horas avanzadas de la noche. A veces llegaron a las dos o las tres de la mañana. Pero siempre sobrios, eso lo puedo afirmar y…

—¿De qué vivían? —preguntó Morris.

—Tenían tres comercios de joyería y un pequeño almacén de venta al por mayor en la ciudad. Creo que su padre empezó ese negocio. Hace ya muchos años que murió. Eran dos perfectos caballeros y es terrible pensar que están…

Morris interrumpióla con un gesto de impaciencia.

—Tenemos que inspeccionar todos los papeles que tengan por aquí. ¿Dónde guardan su correspondencia?

—Todos los archivos de su correspondencia comercial están en la oficina —dijo la señora Clague—. Pero sus cartas particulares

están en ese escritorio, o tal vez arriba, en sus habitaciones.

—Muy bien, señora Clague. Lamentamos tener que molestarla, pero no podemos evitarlo. Si no está muy ocupada, ¿qué le parecería prepararnos un poco de café?

Todavía aturdida, aceptó y se retiró a la cocina, al parecer contenta de escapar de sus preguntas. Winnie se marchó pisándole los talones, pero se volvió dos veces para mirar atrás con una bovina sonrisa antes de desaparecer de vista. Morris frunció el entrecejo al darse cuenta de ello.

—¿A quién sonreía esa estúpida? —preguntó.

—A usted —le informó Harper—. Debe de estar a cosa de un 70 de I.Q., pero eso no le rebaja el apetito por un hombre con un tipo como el de usted. Es lo que resulta de ser un agente federal con una buena facha.

—¡Bah! —gruñó Morris, con semblante severo. Se dirigió a Rausch—: No tenemos tiempo para perderlos con formalismos legales de registro y por lo que veo no creo que haya nadie que vaya a ponerse a gritar. Me dedicaré al escritorio. Usted suba a los dormitorios a echarles un vistazo. Cuando hayamos terminado, iremos a la ciudad a registrar la oficina. Debemos hacer una lista de todas las personas con las que han estado en contacto durante las últimas semanas.

Rausch se fue escaleras arriba y Morris empleó inútilmente cinco minutos tratando de abrir el escritorio, pero incapaz de lograrlo, llamó a uno de los agentes de guardia en la parte posterior de la casa.

—Ábrame esta cerradura, Yensen.

Después de examinarla Yensen se fue al garaje y regresó con un trozo de alambre.

—Hay otro Roadking allí. Es del mismo modelo y su matrícula es una unidad más alta que la del otro. Deben haberlos comprado al mismo tiempo. —Empezó a manipular con el alambre, hizo correr el pestillo y levantó la tapa corrediza, que automáticamente dejó libres los cajones.

Morris manoseó ávidamente el contenido de los mismos, extrayendo documentos de sus casilleros, repasándolos con la mirada con rapidez y dejándolos a un lado. Registró los cajones uno a uno, descubriendo una negra pistola oculta en una caja de cartón,

que entregó a Yensen.

—Guárdela. Los muchachos de balística pueden encontrar en ella algún dato interesante.

Al cabo de un rato había terminado de repasar las últimas cartas y apartándolas a un lado, dijo a regañadientes:

—Vaya a preguntarle a la señora Clague cuándo estuvieron aquí por última vez los Baums.

Yensen se fue a cumplir el encargo, volviendo al poco.

—Dice que almorzaron esta mañana aquí.

—Es extraño. —Se encaró con Harper—. Todas estas cartas carecen de importancia; la mayor parte de ellas son de amigos del ramo. Vienen a salir a un promedio de carta diaria. Pero no hay ninguna fechada durante los cinco últimos días. Si el promedio fuera mantenido, faltarían cinco cartas.

—Tal vez estén en la oficina —sugirió Harper—. O quizá…

—¿O quizá qué?

—Quizá las destruyeran al recibirlas.

—¿Por qué habían de hacerlo?

—Porque las mismas no contenían nada de interés, ya que se habían hecho extrañas a los lectores.

—Registraremos su oficina antes de llegar a ninguna conclusión —decidió Morris—. O las guardaron o no lo hicieron.

—Si no las encontramos por ninguna parte, podemos apostar dos cosas —dijo Harper—. La primera, que los Baums fueron convertidos hace unos cinco días. Segunda, que el enemigo ya no está tan desesperado en conseguir número y que está empezando a escoger calidad.

—¿Qué le induce a pensar eso?

—Los Baums han estado en contacto diario con la señora Clague y Winnie; eso lo sabemos bien. Pero ninguna de las dos mujeres fue tocada. Vivieron con el demonio, pero conservaron su alma. ¿No son la gente más afortunada?

—Me está produciendo escalofríos —se quejó Morris, encarándose después con Yensen—. Haga una lista de nombres y direcciones de estas cartas y llévela a la Oficina Central. Tendremos que practicar averiguaciones de cada uno de ellos.

Rausch reapareció diciendo:

—No hay nada digno de mención arriba, excepto un par de

números de teléfonos anotados en un pedazo de papel junto al teléfono de la habitación de Ambrose.

—Nos cuidaremos de esos luego —indicó Morris, mirando con disgusto por última vez los contornos de la pieza, no viendo nada de interés—. Si la suerte acaecida a los Baums no es todavía conocida por esos que andamos buscando, ya puede pensar lo que probablemente va a ocurrir. Alguien vendrá aquí a saber cómo salieron del paso los hermanos para cumplir su misión. Si todos nosotros vamos a su oficina, no habrá nadie aquí para practicar la detención. Tendremos que poner una guardia en esta casa hasta que la noticia se divulgue y ahuyente a los posibles visitantes.

—Me puedo quedar yo con Yensen —se ofreció voluntariosamente Rausch—. Si alguien…

En aquel preciso instante sonó arriba el apagado timbre de un teléfono.

—¡El teléfono! —exclamó Morris casi atragantándose al decirlo.

Subió las escaleras de dos en dos, seguido de cerca por los demás. Penetró en la habitación de Ambrose, contemplando con cautela el aparato.

—¿Vieron por aquí algún otro teléfono?

Movieron negativamente la cabeza.

—Es una pena. No nos queda la oportunidad de entretener al que llama mientras tratamos de localizarlo. —Extrajo su pañuelo y cogió con él el pequeño receptor, que luego se aplicó a la oreja. La pequeña pantalla se encendió inmediatamente, pero no apareció nada en ella. Aquello significaba que al otro lado tampoco aparecía ninguna escena—. ¡Diga!

—¿*Var silvin, Wend*? —demandó una voz con tono de profunda suspicacia.

—La residencia de Baum —dijo Morris frunciendo el ceño—. ¿En qué puedo servirle?

Un golpe seco y se estableció el silencio. Morris llamó repetidamente hasta que consiguió ponerse al habla con la central, identificándose.

—¿Dónde se estableció esa llamada? Díganmelo inmediatamente… ¡Es urgente! —Permaneció con un auricular pegado a la oreja durante más de un minuto, escuchó de nuevo, soltó un bufido, dejó el aparato y dijo a los otros—: Desde el

almacén de los Baums. Evidentemente tenían allí una cita con alguien que se sintió inquieto al ver que no regresaban y se decidió a hacer la llamada. Perdimos la oportunidad al no localizar el lugar y haber ido allí primero.

—Vayan ahora mismo —apremió Rausch—. Yo me quedaré aquí con Yensen, por si acaso.

Morris hizo un gesto afirmativo, hizo una seña a Harper y ambos corrieron hacia el coche. Ordenó a uno de los policías que les acompañara y emprendieron veloz carrera.

—Podría ir más despacio —le aconsejó Harper, con abierto pesimismo—. No habrá nadie en ese almacén; quien corta una comunicación telefónica, no va a esperarnos sentado tranquilamente.

—Eso es lo que yo también creo —convino Morris, manteniendo la velocidad—. Pero si no podemos atrapar a alguien, no será por falta de intentarlo.

XII - ¡CADA HORA CUENTA!

EL almacén resultó ser un antiguo pero sólido edificio de ladrillo rojo que disponía de seis ventanas herméticamente cerradas defendidas por gruesos barrotes de hierro y una pesada puerta de acero. Dos coches estaban parados afuera y tres policías permanecían junto a ellos incapaces de hacer nada.

—Tenemos tres hombres vigilando la parte posterior —dijo uno de ellos a Morris—. Está completamente cerrado. Nadie contesta al timbre; no se oyó nada procedente del interior. Parece que no hay nadie dentro.

—Entonces tendremos que violentar la puerta.

Se llevó su tiempo al hacerlo, pero al fin lo consiguieron sin ocasionar muchos destrozos. No había un alma en el interior. El primer piso contenía un número de cajas de cristal planas en las que se exhibían diversas joyas para vestidos dispuestas sobre terciopelo negro. El piso superior estaba lleno de embalajes ligeros y capas de cartón, unas llenas y otras vacían. En un rincón se veía una pequeña oficina hecha de tabla de chilla y *plastiglás*.

Morris penetró en la oficina, moviéndose cautelosamente y dijo a uno de los policías:

—Vaya a buscar al perito de huellas digitales. Si tenemos suerte, podremos averiguar quién fue el que estuvo esperando aquí. —Y dirigiéndose a Harper, añadió—: Es preciso ser un delincuente profesional para dejar libre de huellas un lugar como éste... y los individuos que andamos buscando no son de esa categoría.

Se acercó al escritorio y abrió los cajones. El contenido no era alentador... la mayor parte facturas por pagar y otros documentos comerciales. Lo que había en el archivo de metal no ofreció mejor resultado.

—Le diré una cosa —observó Harper, olfateando el aire—. Los Baums y sus asociados parece que se sienten atraídos por los aromas medicinales.

—¿Por qué lo dice? —preguntó Morris.

—Lo mismo Ambrose que Philip desprendían un suave olor. Y ahora huelo aquí ese mismo aroma.

Morris olfateó el aire un par de veces.

—Su sentido del olfato debe ser mucho más agudo que el mío.

—La gente varía es ese aspecto; lo mismo ocurre con los perros. Lo percibo, en efecto, y sé lo que es.

—¿Qué es?

—Eucalipto.

—Vaya, esto es tremendamente importante —comentó con punzante ironía Morris—. Ahora todo cuanto tenemos que hacer es seguir el rastro de cualquiera que huela a eucalipto.

—No estaría mal —opinó Harper—. Tres personas que huelan a eucalipto y que vayan juntas, significaría algo. Como el tabaco. Si me encuentro en un frondoso bosque y huelo a humo de tabaco, sé qué hay un hombre cerca.

—¿Y...?

—Tal vez a alguien le *guste* el eucalipto.

Morris arrugó la frente y cogió el teléfono, haciéndolo delicadamente, para no borrar las posibles huellas digitales. Marcó un número y habló con alguien.

—Esto no es más que una idea descabellada, pero es mejor que lo tenga en cuenta: vigile como sospechoso a todo aquel que huela a eucalipto. —Dejó el auricular y dijo—: Me parecería algo estúpido si todo este asunto no fuera una cosa tan disparatada.

—A mí se me escapan cosas que son claras para usted, pero me doy cuenta de otras que a usted se le pasan por alto. Por ejemplo, ¿qué conclusión científica sacaría de una afición al eucalipto?

—No sé.

—Pues que en otro lugar la presa natural es vegetariana y se alimenta de hierbas aromáticas, siendo su alimento favorito semejante el eucalipto. Así es que aquí el huésped siente una necesidad, fruto de siglos de condicionamiento. En otras palabras, han descubierto una droga aquí que les recuerda el hogar.

—¿Dé qué diablos está hablando?

—Lo siento; olvidé que sólo se le ha dicho parte de la historia —dijo Harper—. Tiene que conocerla totalmente para pensar de la forma que yo pienso.

—El eucalipto no es una droga —declaró Morris desconcertado.

—No, para nosotros no lo es. Dios sabe lo que significa para otros seres.

—Oiga, ¿percibió usted ese olor cuando mató a la chica?

—No; no estuve lo bastante cerca de ella ni tampoco el tiempo suficiente. Como su caso fue el primero con el que me tropecé, y me hallaba en un aprieto, tuve que salir corriendo y no tuve tiempo de buscar lo que ahora sospecho.

—¡Hum! —Morris quedó pensativo un momento y se decidió luego a coger de nuevo el teléfono para llamar a casa de los Baums y ponerse al habla con Rausch—. No tuvimos suerte aquí. Cuando llegamos, el pájaro había volado. —Escuchó algún comentario de la otra parte y luego prosiguió—: Harper percibe un olor a eucalipto y dice que los Baums desprendían ese olor. Yo no lo percibí. ¿Y usted?

Rausch dijo:

—Sí, pero no le di importancia.

Morris cortó la comunicación y observó:

—Se ve que mi sentido del olfato está bastante estropeado.

—Esto es importante —señaló Harper—. Ambrose y Philip desprendían ese olor. Quienquiera que estuviera aquí olía a eucalipto. Posiblemente descubrieron esa mistácea con la misma alegría con que un grupo de adictos a la droga descubriría un campo de marihuana mejicana. Si es así, se comunicarán la noticia.

—¿Y bien?

—El hábito dará a la humanidad una pequeña ventaja. Aunque no pueda usted saber lo que ocurre en el interior de la mente de un sospechoso, podrá al menos percibir el olor de su aliento.

Morris se sumió en el silencio mientras llegaba el perito en huellas dactilares y de dedicaba a su labor. El recién llegado procedió a la toma de huellas de todos los lugares más a propósito, siendo con seguridad la mayoría de ellas de los hermanos Baum. Cuando hubo terminado, Morris le ordenó:

—Efectúe la comprobación lo más pronto posible y comuníqueme el resultado. —Se encaró con Harper—. Por el

momento, no podemos hacer nada. Volvamos a su oficina.

La mañana llegó con noticias. Morris metió la cabeza en la oficina e hizo seña a Harper para que le siguiera, a fin de que Moira no oyera la conversación.

—Empiezan a ocurrir cosas —le anunció—. Durante la noche llamaron dos veces por teléfono a la casa de los Baums. El que llamó colgó inmediatamente cuando contestó Rausch. Ambas llamadas procedían de cabinas telefónicas públicas. Esto significa que el hombre en contacto con los Baums está todavía en la ciudad.

—Suponiendo que sólo haya uno de ellos —dijo Harper—. Por lo que sabemos, puede haber una docena.

—Es posible. De todas formas, obtuvimos huellas de aquel almacén que pudimos identificar. Son las de MacDonald.

—¡Ah! ¿Así que era él quien esperaba allí, verdad?

Morris asintió.

—Lo perdimos por sólo unos minutos. Hemos averiguado también que pasó una noche en un hotel en compañía de los Baums. Se marchó con ellos en el coche de Ambrose y desde entonces no se le ha visto más. Su fotografía ha sido identificada por dos camareros y un barman.

—¿Cuándo se encontró con ellos?

—Hace seis días.

—Justamente el tiempo que calculamos —observó Harper.

—Estamos buscándolo activamente por toda la ciudad —prosiguió Morris—. Si está todavía aquí hoy, lo encontraremos.

—Eso puede resultar más difícil de lo que usted cree.

—¿Por qué?

—Porque no tiene que estar en un hotel ni en una casa de huéspedes ni nada por el estilo, así es que no pierda el tiempo haciéndolos registrar. No tiene tampoco necesidad de alquilar un apartamento ni de dormir a la intemperie.

—¿Qué tiene entonces que hacer?

—Vive en una casa particular, como si fuera uno de la familia... ya que se ha hecho uno de la familia. —Harper le miró escépticamente—. ¿Cómo va a mirar varios miles de domicilios particulares?

—No lo intentaremos. Hay medios más rápidos de obtener pistas.

—¿Cómo?

—En todas las calles existe el chismorreo, el incurable comadreo. Disponemos de suficientes fotos de McDonald para mostrárselas a cuantos metomentodo viva a varias millas a la redonda. Y lo que es más, no puede operar mientras permanece sentado tras las cortinas de una habitación trasera; tiene que salir alguna vez. Y si fue él quien llamó a Rausch, salió de su escondrijo para hacerlo. Se expuso, y tuvo una gran suerte al no ser reconocido.

—¿Y si sondeáramos en droguerías y farmacias para averiguar si se ha producido alguna venta anormal de eucalipto?

—Ya pensamos en ello. Hay cuatro agentes dedicados a ese trabajo.

Sonó el teléfono de la oficina. Moira contestó a la llamada y les dijo:

—Piden por el señor Morris o el señor Rausch.

Morris entró en la oficina, escuchó un momento, volvió y dijo a Harper:

—Era Jameson.

—Algo nuevo?

—Sí. Langley ha muerto.

—¿Dónde lo encontraron?

—Fue localizado al amanecer en un coche robado. Con él se hallaban dos hombres; uno de ellos era Waggoner y el otro ha sido identificado como un tal Joe Scaife. Langley y Scaife murieron durante el tiroteo; Waggoner empleó su última bala para levantarse la tapa de los sesos. Esto ocurrió hace una hora. El gran problema con el que ahora nos enfrentamos es qué es lo que tenemos que decir a los informadores.

—Esto me parece bastante malo —admitió Harper.

—Malo no es la palabra adecuada —dijo Morris seriamente—. El acto de Waggoner habla por sí mismo. Si esas reacciones forman parte de un criterio, nos encontramos enfrentados con una insensata gente que prefieren la muerte a ser cogidos.

—Los Baums se comportaron de la misma forma —recordó Harper—. La muerte antes que el deshonor de ser tocados.

—Es inhumano.

—¡Naturalmente! Métase en la cabeza la idea de que estamos

luchando contra mentalidades muy diferentes a la suya y la mía. Para ellos la captura puede ser algo considerablemente peor que la muerte.

—Nuestras órdenes son cogerlos vivos a toda costa.

—Eso es más fácil decirlo que hacerlo.

—Bien, a usted se le considera el as de la baraja —señaló Morris —. ¿Cómo procedería si se encontrara con uno de ellos... McDonald por ejemplo?

Harper meditó la cuestión, y luego dijo:

—Lo más importante sería no permitirle sospechar que había sido descubierto. No veo otro medio que estarse pacientemente cerca de él esperando la oportunidad de dejarlo inconsciente, o derribarlo antes de que pueda moverse.

—Esto lo dice precisamente el hombre que puso en fuga a Ambrose Baum.

—Tuve entonces que hacerlo reaccionar para saber quién era. McDonald es diferente. Sabemos cómo es. No tenemos que esperar a que se delate; su rostro es suficiente identificación.

—Eso es cierto.

—Si llega el caso —prosiguió Harper— y yo pudiera organizar las cosas a mi modo... lo que, por desgracia, no es así... no trataría de coger a McDonald ni vivo ni muerto. Lo dejaría escapar libremente.

—¿Por qué?

—Porque así me llevaría hasta los otros.

—No haría ese papel durante mucho tiempo —dijo irónicamente Morris—. Si es que cree que lo podría explotar durante meses, está equivocado.

—¿Por qué razón?

—Porque no veo ninguna utilidad en que él le conduzca hasta donde están los otros a menos que usted se aproveche de ello. Por lo tanto, usted tendría que echarles el guante, más pronto o más tarde. Y en cuanto él viera que las personas con las que se ponía en contacto iban desapareciendo, se sentiría alarmado y desaparecería de la escena o se pegaría un tiro. —Evidenciando su desdén por tácticas de aficionado, Morris terminó diciendo—: Si lo podemos capturar vivo, nos llevará adonde queramos, tanto si le gusta como si no. ¡De eso ya nos cuidaremos nosotros!

—Hágalo a su modo. —Harper se volvió a su oficina diciendo—: Tengo que cuidarme de mi negocio; si no lo hago, no terminaré nunca mi trabajo. —Se sentó ante su escritorio y pasó media hora estudiando un gran fotocalco y luego dedicó diez minutos a la larga carta que lo acompañaba—. Muy bien, Moira, prepare el lápiz y mucho cuidado con lo que hace…

Morris asomó entonces la cabeza, y ordenó:

—Póngase el sombrero; le necesitan otra vez.

—¿Pero no ahora mismo precisamente, verdad? —gruñó Harper—. Tengo que hacer un importante trabajo.

—Puede apostar a que es así —convino Morris—. Pero no puede hacerlo aquí.

Después de lanzarle una mirada saturada de indignación, Harper le dijo a Moira:

—Si esto dura mucho tiempo, ya puede quedarse con el negocio como regalo, ya que es usted la única persona que sabe llevarlo y no la están torturando continuamente.

—¡Aprisa! —apremió Morris—. No pierda el tiempo con sutilezas.

Harper hizo lo que le mandaba, siguiéndole y metiéndose en el coche.

—Creen saber dónde se esconde McDonald —explicó Morris.

Tras una breve carrera, el coche se detuvo al final de una larga calle bordeada de árboles y elegantes *bungalows*. No se veía ningún otro coche oficial cuando Morris señaló a través del parabrisas y dijo:

—Es una casa pintada de color rosa situada hacia el medio de la calle, en el lado izquierdo. Los muchachos se mantienen alejados para no levantar sospechas. Pasaremos junto a ella tranquilamente. Échele un vistazo cuando pasemos y dígame su opinión.

Puso en marcha el motor y dejó que el coche avanzara a paso moderado. Pasaron lentamente junto a la casa rosada, que disponía de un bien cuidado jardín delante y de un garaje a un lado. No se veía a nadie cerca de ella; nadie mantenía vigilancia desde sus ventanas. Llegaron al final de la calle y Morris detuvo el vehículo junto a la acera.

—¿Cuál es su veredicto?

—Absolutamente nada.

Morris se mostró tremendamente defraudado.

—¿Está seguro de lo que dice?

—Daremos la vuelta y probaremos otra vez, si no está satisfecho.

Dieron la vuelta.

—Absolutamente nada —repitió Harper—. Me parece que la casa está deshabitada. —Miró fijamente al otro—. ¿Cómo se enteró de esa dirección?

—Uno de nuestros agentes recorrió los centros de las compañías de taxis basándose en la teoría de que si fue McDonald quien efectuó las llamadas a la casa de los Baums no recorrió a pie el camino de ida y vuelta a las cabinas telefónicas. El agente encontró un conductor que reconoció la fotografía de McDonald y juró haberlo recogido después de medianoche llevándole a esta casa.

—Tras lo cual McDonald dobló la esquina y se encaminó hacia donde realmente está situado su santuario— sugirió Harper.

—El conductor lo vio abrir la puerta con una llave e introducirse dentro. Esto es muy probable. Al fin y al cabo, McDonald no es un delincuente profesional y no conoce los subterfugios del mundo del hampa. Debe ser lo bastante cándido para no pensar en que le pudieran seguir la pista por medio de taxis.

—Tiene razón. De todos modos, lo que le puedo asegurarle es que en este momento no está en la casa. Tal vez esté en mi oficina preparándose para recibirme a mi regreso. A Moira no le gustaría. Volvamos allí.

—No se apresure —ordenóle Morris—. Su correspondencia puede esperar. Tendrá que aguardar. Cuando haya usted muerto, tendrá que esperar una infinidad, ¿verdad?

—Cuando esté en este estado, no me preocuparé de mis negocios. Entonces no tendré necesidad de comer.

Sin hacerle caso, Morris se quedó pensativo un momento y luego decidió:

—Voy a ver si tengo suerte y no doy la alarma. —Hizo dar la vuelta al coche y lo llevó hasta la casa situada junto a la de color de rosa. Una mujer de mediana edad le vigilaba desde la puerta. La hizo una seña y ella cruzó el jardín y se lo quedó mirando con curiosidad.

—¿Puede decirme quién vive en esta otra casa? —la preguntó, señalando.

—El señor y la señora Reed.

—¿Nadie más?

—No. No tienes hijos; me parece que no son gente que les guste tenerlos. —Pensó un momento y añadió—: Precisamente ahora tienen un sobrino viviendo con ellos. Según he oído, procedente del Oeste.

—¿Acaso es éste el sobrino? —inquirió Morris, mostrándola la fotografía de McDonald.

—Sí, aunque parece un poco más viejo que en la fotografía.

Morris inspiró profundamente.

—¿Cuánto tiempo hace que está aquí?

—Cosa de una semana. —Meditó un momento y continuó—: Sí, le vi por primera vez el jueves. —Su aguda mirada repasó las ropas de Morris y luego se posó en el coche. Su mente demostraba que se sentía impresionada por el tono de voz autoritario con que la hablaba Morris—. ¿Son ustedes policías?

—Si lo fuéramos, se lo hubiéramos dicho —contestó evasivamente Morris—. Sólo queremos asegurarnos de la dirección de los Reeds.

—Esta es su casa, en efecto —confirmó ella—. Pero no encontrarán a nadie dentro; esta mañana salieron en su coche y todavía no han vuelto.

—¿A qué hora poco más o menos salieron?

—A las ocho. Y tenían una prisa enorme, eso se lo puedo afirmar rotundamente.

—¿Sabe por casualidad dónde han ido? —preguntó Morris con decaída esperanza.

—Oh, no. No me dijeron nada y tampoco ce lo pregunté. Soy de las que se preocupan de sus propios asuntos y dejan a los demás cuidarse de los suyos.

—Una cosa muy razonable —dijo Morris—. Creo que no queda otra cosa que hacer sino es volver cuando estén en casa.

—Dios sabe cuándo sucederá eso —dijo ella voluntariosamente —. Se llevaron con ellos una gran cantidad de equipaje. Esto me produjo la sensación de que se marchaban para mucho tiempo.

Morris preguntó:

—¿Tienen por aquí algún amigo que pueda ponernos en contacto con ellos?

—Que o sepa, no —contestó—. Esos Reeds no son demasiado sociables y se volvieron todavía menos desde que llegó su sobrino. Y, si me insistiera, le diría que durante estos últimos días se comportaron de una forma francamente estúpida. No soltaban palabra si no se les pinchaba y cuando contestaban, decían lo mínimo posible. Se portaban como si yo hubiera sido para ellos una extraña… yo, que soy su vecina desde hace más de doce años. Su actitud me hizo pensar qué es lo que les había ocurrido para que me trataran así. Ese sobrino tiene algo que ver con ello, estoy segura.

Harper apuntó:

—¿Quién la informó de que él era sobrino?

—La señora Reed. Yo la pregunté «¿Quién ese joven?» y ella me miró de una forma extraña y me soltó: «Nada más que un sobrino».

—Gracias por su información —dijo Morris. Puso en marcha el coche mientras ella quedaba en el jardín y mostraba profundo pesar por haber dado tanto enterándose a cambio de tan poco.

—Si esa mujer se preocupa de sus propios asuntos —indicó Harper cuando doblaban la esquina de la calle—, ¿cuánto más hubiéramos sonsacado a una que no procediera así?

Morris se limitó a gruñir sin ofrecer comentario.

—¿Qué se propone hacer con respecto a McDonald? —prosiguió Harper—. ¿Va a apostar centinelas en los alrededores de la casa con tanto celo como ha hecho con la mía?

—Ha sido vigilada continuamente desde las nueve de la mañana pero evidentemente empezamos una hora más tarde de lo que convenía. Y, aunque usted no observó ningún detalle, sigue todavía bajo vigilancia. —Efectuó una maniobra con el volante para esquivar un coche y prosiguió—: Lo primero que tenemos que hacer es averiguar el número de matrícula del coche de Reed en la oficina correspondiente y dar la voz de alarma general para que lo busquen. El segundo es practicar un registro de esa casa, con un pretexto u otro. El tercero es enterarse cómo y cuándo McDonald se puso en contacto con los Reeds, y, más importante aún, si ha estado en contacto con alguien más de los Reeds y los Baums. Por último quiero saber cómo ha logrado escabullirse de aquí estando todas las rutas cerradas.

—Quizá no haya salido de esta zona. Puede estar escondido en algún lugar cercano.

—Pronto lo sabremos. —Morris permaneció un momento en silencio y luego preguntó—: Y bien, ¿en qué está usted pensando?

—Langley está muerto. McDonald no está muy lejos y está siendo buscado activamente.

—¿Y qué?

—Es extraño que no se ha dicho ni una palabra del tercer hombre, de Gould.

—No, no se dice nada de él —admitió Morris—. Parece como si se hubiera desvanecido en el aire. Esto no prueba nada, excepto que la suerte es más propicia con unos que con otros.

—Si eso *es* suerte.

—¿Qué quiere decir?

—No tiene que ser suerte. Tal vez sea el más inteligente de los tres, un hombre astuto por excelencia. Si es así, es también el más peligroso.

—Un día u otro tropezará con sus propios pies —aseguró Morris —. ¡A todos les ocurre lo mismo!

—Yo mismo he sido objeto de una persecución de ámbito nacional —apuntó Harper—. Admito que no era tan intensiva ni urgente... pero tuve que ingeniármelas para seguir en libertad. Yo sé lo que significa estar huyendo continuamente, lo que es más de lo que usted hace, que siempre ha sido cazador y nunca la pieza codiciada. El hombre que puede desaparecer como hace Gould es listo. Demasiado listo para tomárselo con calma.

—Eso no le salvará eternamente.

—No tenemos eternidad. El tiempo pasa rápidamente. Cada día, cada hora, cuenta contra nosotros. —Abrió la puerta del coche al llegar a su destino—. Usted sabe solamente lo que ellos han creído conveniente participarle. Yo le voy a decir algo más.

—¿Qué es ello?

—Si por nuestra lentitud no llegamos a alcanzar el éxito, si nos vemos obligados a encararnos con la derrota, antes del próximo año su mente será de otro, como le ocurrirá a los demás mortales... ¡y no será más que un cadáver viviente!

XIII - UN VIRUS DESCONOCIDO

A la mañana siguiente, el trabajo fue de nuevo paralizado, antes de que tuviera ni siquiera tiempo de echar un vistazo al correo. Harper llegó a su oficina, siendo escoltado durante todo el trayecto desde su domicilio por su guardia personal. Se quitó el sombrero y se disponía a colgarlo en la percha cuando oyó la voz de Morris que le decía:

—No lo cuelgue. Póngaselo otra vez en la cabeza. Tiene que partir ahora mismo.

—¿Adonde?

—Lo ignoro; no han creído conveniente confiármelo.

Esto era cierto, la mente de Morris no contenía otra información que la de que había llegado un coche oficial para llevar a Harper a algún sitio, que estaría ausente todo el día y que se había ordenado a la guardia personal que mantuviera la vigilancia en su taller durante su ausencia.

En esta ocasión, Harper no se molestó con polémicas; se estaba resignando con la situación. Se puso el sombrero, salió a la calle y se metió en el coche sin chistar, en el cual sólo había el conductor.

Al emprender la marcha, un segundo coche ocupado por cuatro hombres les siguió a corta distancia. Un tercer coche se puso en camino partiendo de una esquina y formó en vanguardia. En este último se hallaban también cuatro hombres de aspecto severo.

—Una verdadera cabalgata —observó Harper—. Alguien me está concediendo la importancia que tanto tiempo anhelé.

Harper se arrellanó en su asiento y entornó los ojos mientras su mente tanteaba los alrededores como invisibles dedos. Su propio conductor, según pudo averiguar, no sabía nada, excepto que debía mantenerse detrás del coche que iba en cabeza, estar dispuesto para

el caso de que surgieran complicaciones y evitarlas a todo trance siempre que pudiera hacerlo.

Los que se hallaban en el coche de vanguardia sabían a dónde se dirigía la procesión; y desde aquel momento, también lo supo Harper. Miraba perezosamente a los peatones que deambulaban por la calle y a las tiendas. A causa de la costumbre adquirida durante los últimos días, efectuaba un recorrido de las inmediaciones de vez en cuando.

Habían pasado ya dos semáforos y más de una docena de bocacalles cuando unos impulsos extraños llegaron hasta él, debilitados por la distancia, pero discernibles. Era algo que provenía de aquella calle, a una distancia de seiscientas, ochocientas o tal vez mil yardas.

Irguió el cuerpo y, con el rostro enrojecido de excitación, gritó, señalando hacia aquella dirección:

—¡Pronto! ¡Métase por esa bocacalle!

Pasaron junto a la misma a gran velocidad, sin dar la vuelta, continuando directamente el camino. Harper frunció el ceño y apretó sus gruesos labios.

—Parece que no me ha entendido o es que es usted muy lento de entendimiento —comentó Harper, brillándole intensamente los ojos y todavía escuchando—. Aléjese por la próxima bocacalle; hágalo en seguida. Todavía podemos dar la vuelta a la manzana y cogerlo antes de que desaparezca.

El coche continuó rectamente su marcha, haciendo caso omiso de la siguiente bocacalle y de la otra y la otra. La lejana y murmurante mente se fue apagando cada vez más hasta que desapareció.

—¡Es usted un perfecto estúpido! —bramó Harper indignado—. Ha hecho malograr una magnífica oportunidad.

Ninguna respuesta.

Se sumió en indignado silencio, preguntándose si las breves emanaciones que había recogido procedían del mismo McDonald o de cualquiera de sus hasta ahora desconocidos adictos. No había forma de saberlo.

Seguía todavía irritado cuando dos horas más tarde los coches atravesaban una entrada fuertemente custodiada que daba paso a una zona perfectamente defendida por un grueso muro y bordeando

una pequeña colina se detenían delante de un grupo de edificaciones ocultos a la vista desde la carretera. Un letrero anunciador colocado sobre la entrada principal rezaba:

DEPARTAMENTO DE DEFENSA

Laboratorios de Investigaciones Biológicas.

Los cuatro del coche piloto le escoltaron hasta el interior del edificio de una forma cautelosa, como hombres convencidos de que si se le dejaba media oportunidad levantaría el vuelo al instante.

Se sentó en la sala de espera, vigilado por tres de ellos, mientras el cuarto se iba en busca de alguien más. Al poco rato, el último volvió acompañado de un individuo de grises cabellos embutido en una blanca bata, quien demostró una gran sorpresa.

—¡Wade Harper! ¡Qué alegría!

—¿A qué viene tanto aspaviento? —gruñó Harper—. La última vez que nos vimos, hace cuatro años, no te sentías tan cordial.

Uno de los de la escolta les interrumpió, diciendo:

—Si usted y el doctor Leeming ya se conocen, no hace falta que los presentemos. Puesto que no es necesaria nuestra presencia, nos vamos. —Salió, acompañado por los otros.

Leeming explicó:

—Mis instrucciones eran efectuar uno comprobación con la ayuda de un especialista que hoy traerían aquí. Me dieron a entender que lo que él diga debe ser considerado como decisivo. No me revelaron la identidad del especialista. —Retrocedió unos pasos y miró al otro de arriba abajo y viceversa—. Y resulta que eres tú. Cuatro años no te han hecho ningún bien; parece más viejo y feo.

—Lo mismo te ocurriría a ti si te encontraras en mis calzones —replicó Harper, mirando al otro con desdén y prosiguiendo—: Vine aquí como un gran personaje, protegido por una fuerte escolta. No creo que toda esa pompa se haya hecho para que me puedas presentar otro problema sobre de qué modo hay que proceder para arreglarle las patillas a un microbio. Además, mi mercenario instinto me dice que tampoco me vas a solicitar un pedido de mis aparatos por valor de doce mil dólares, por ejemplo. ¿De qué se trata, pues?

—Te lo enseñaré —contestó el doctor Leeming, haciéndole una seña para que le siguiera—. Vamos.

Leeming condujo a Harper por una serie de corredores y le

introdujo en una larga pieza atestada de toda clase de instrumental científico y, de esto pronto se dio cuenta Harper, de unas cuantas cajas revestidas de seda que contenían artículos de su propia fabricación. Un hombre joven con gafas, de aspecto serio, levantó la cabeza para mirarles nerviosamente cuando entraban.

—El doctor Balir, mi ayudante —les presentó Leeming—. Le presento al señor Wade Harper. —Señaló un micromanipulador cercano y su conjunto de instrumentos—. Este señor es el fabricante de estos artículos.

Balir se mostró convenientemente impresionado y dijo:

—Me alegro mucho de conocerlo.

—Entonces puede usted contarse entre una selecta minoría —repuso Harper.

—No le haga caso —aconsejó Leeming a Balir—. Siempre dice lo primero que se le antoja.

—Bueno, ¿para qué he venido aquí? —preguntó Harper, mirando en torno suyo.

Leeming se acercó a un gran archivador y extrajo una fotografía que pasó a Harper para que la examinara. Mostraba una esfera blanquecina con una franja ligeramente descolorida atravesándola de parte a parte por su centro.

—Una fotografía del planeta Júpiter —aventuróse a decir Harper, demasiado preocupado para asegurarse de su opinión por medio de un tanteo mental.

—Por el contrario —le informó Leeming— es algo muchísimo más pequeño. Es una vista electromicroscópica de un molécula de proteína.

—Si es que pretendes disecarla, estás perdiendo el tiempo. Me es imposible procurante ningún método para tratar con cosas tan ínfimas como esta.

—Es una lástima —contestó Leeming—. Pero no es esto lo que nos interesa.

Dejando la fotografía en el archivador, se fue hasta una fuerte caja de acero empotrada en la pared. La abrió cuidadosamente y sacó un recipiente transparente de plástico precintado dentro del cual había un tubo de ensayo lleno una cuarta parte de un líquido incoloro.

—Esto —anunció— es lo mismo, multiplicado un millón de

veces. ¿Te sugiere algo?

Harper estudió cuidadosamente el líquido.

—No, nada.

—Considéralo con mucha atención —le aconsejó Leeming—, porque nuestra creencia es que todavía está con vida.

—¿Vivo?

—Con esto quiero decir que es activo. Es un virus extraído de la materia cerebral y medula espinal de ciertos cuerpos.

—¿Un virus reconocible?

—No.

—¿Filtrable?

—No hemos intentado filtrarlo; lo aislamos por medio de un nuevo procedimiento centrífugo.

—Entonces, si no está muerto, se halla todavía aturdido a causa del movimiento giratorio a que ha sido sometido —dijo Harper—. Déjame probar otra vez cuando haya recuperado los sentidos.

—¡Ah! Eso es precisamente lo que precisamos saber. ¿*Tiene* sentidos? Mis informes son de que tú, y sólo tú, nos lo puedes decir. —Frunció el entrecejo y continuó—: Las órdenes que he recibido me dicen que tú eres quien debe pronunciar el veredicto. Se me aseguras que ese virus es inocuo, significará que, o bien se ha vuelto así en virtud del procedimiento aislatorio, o es que seguimos un camino equivocado y debemos empezar otro de nuevo.

Harper dijo:

—De todas formas no es preciso que lo pongas a dos dedos de mis narices. Devuélvelo a su sitio. Si eso quisiera y pudiera manifestar su supuesta naturaleza, yo te lo podría haber dicho desde la sala de espera, sin tener necesidad de venir aquí.

Haciendo lo que le pedía, Leeming cerró después la caja herméticamente, abriendo expresivamente los brazos al terminar.

—¿De modo que estamos lo mismo que al principio, verdad?

—No es así precisamente —replicó Harper al tiempo que se apoyaba contra un banco del laboratorio y aparecía en su rostro una divertida: expresión mientras escudriñaba en las mentes de Leeming y Balir. Luego dijo:

—Han sido ustedes informados de que han regresado de Venus tres exploradores espaciales afectos de una enfermedad posesional que se va extendiendo. Han recibido los cuerpos de víctimas

conocidas, empezando con el de una joven llamada Joyce Whittingham. El trabajo que se les ha encomendado es el de aislar lo que la produce, aprender su naturaleza, y si es posible, conseguir la cura.

—Correcto —admitió Leeming—. Es una información altamente secreta; evidentemente, también tú has sido puesto al corriente.

—¿Puesto al corriente? Me la cargaron a las espaldas, quieras a no. —Harper se echó hacia adelante y le miró con intensa mirada—. ¿Estás seguro de que has extraído la causa real con ese virus?

—Estaba bastante seguro… hasta tu llegada; abono lo estoy.

—¿Qué te hacía sentirte tan seguro?

—No tengo palabras para describirte cuan a fondo hemos trabajado con esos cuerpos. Nuestros principales expertos en la materia han estado dedicados a esta labor durante las veinticuatro horas del día y han examinado hasta la última porción de carne, sangre, huesos, piel y cabello. Todo cuanto hemos conseguido de nuestros desvelos ha sido un virus anteriormente desconocido. Esto puede ser. Esto debe ser. —Hizo una pausa y terminó—: Pero, de acuerdo contigo, no lo es.

—Yo no he dicho tal cosa.

—Dijiste que no te sugiere nada.

—En el estado actual en que se encuentra… no. —Harper titubeó y luego prosiguió—: Tengo el especial poder de reconocer a las personas afectadas por esa enfermedad. Pero si ellos no te han informado de cómo puedo hacerlo, yo tampoco te lo debo decir. Sin embargo, sí te diré una cosa.

—¿Cuál?

—Reconozco los síntomas; me estás pidiendo que señale la causa. No es lo mismo, no, de ninguna manera. Para mí, es un problema completamente diferente.

—Bueno, ¿me puedes ofrecer alguna sugerencia? —preguntó Leeming.

—Te puedo dar mis ideas. Eres tú quien debe decidir si tienen o no sentido.

—Dímelas. No estamos en situación de despreciar ningún punto de vista.

—Muy bien. Tengan presente que no tengo intención alguna de criticarles a ustedes dos si digo que las autoridades me han traído a

toda prisa aquí porque han llegado a una estúpida conclusión.

—¿Qué conclusión?

—La de que se puede uno desnudar cuando está completamente desnudo, nadar sin agua y pedalear por la carretera sin una bicicleta entre las piernas.

—Procura ser más explícito —le sugirió Leeming.

—No se puede ser enfermedad cuando no se tiene nada sobre que obrar, ni correr sin piernas, hablar sin boca o pensar sin cerebro. Si esa materia es lo que tú crees que es, y mi opinión es que realmente puede serlo, está sin embargo atada, amordazada, incapacitada e inutilizada. Por lo tanto, sólo es lo que parece ser, una sustancia sin facultades. Su poder, si existía, ha cesado de ser real en estos momentos y se ha hecho potencial. Yo puedo detectar una realidad, pero no puedo juzgar la potencialidad como tampoco leer el futuro.

—Ya comprendo tu intención —dijo Leeming sonriendo débilmente—. ¿No nos crees demasiado inteligentes, verdad?

—No les he definido como a estúpidos. Me limito a teorizar sobre mi propia incapacidad de ayudarles.

—Muy bien. —Leeming señaló la caja de acero—. No es esto todo cuando tenemos; no es más que la mitad. Empleamos el resto para un memorable propósito: lo ensayamos con el perro.

—¿Quieres decir que lo has inyectado a alguien?

—Sí... un perro, te lo acabo de decir.

Harper le miró descorazonado. Jamás en su vida había recogido pensamiento alguno proveniente de los animales inferiores. Telepáticamente, los perros y gatos, pájaros y abejas, no existían.

—¿Qué le sucedió al animal?

—Vivió. Todavía sigue vivo. ¿Te gustaría verlo?

—Sí.

XIV - MAS QUE CANINO

EL perro resultó ser un perdiguero negro de raza del Labrador que estaba encerrado en una pesada jaula aparentemente procedente de un circo o de algún Zoológico cercano. La jaula estaba provista de un suelo de acero y fuertes barras de hierro en todos sus lados, así como en el techo, y también de una puerta corrediza en el medio mediante la cual se podía tener arrinconado al animal en un lado mientras el otro era aseado y se le ponía el agua y comida necesaria para su subsistencia.

Al darse cuenta de la llegada de los dos, el perro les miró y se apoyó con las patas en los barrotes, meneando vigorosamente la cola al mismo tiempo que dejaba oír un lastimero lamento. Era una bella estampa de amistad canina, que concentraba su atención especialmente en Harper, como si fuera un cachorrillo de una tienda que implorara ser comprado.

—¿Alguna observación —inquirió Leeming.

—Si hemos de considerar las apariencias, le inyectaste algo no más peligroso que el agua.

—Dentro de los límites de esa condición, estoy de acuerdo; pero, ¿podemos poner la fe en las apariencias? Dijiste que puedes reconocer una realidad. Bien, este perro es bastante real. ¿Cuál es pues tu diagnóstico?

—No puedo darte ninguno —dijo Harper—. Mi poder funciona solamente con una criatura que tenga dos piernas y se me parezca mucho a mí, aunque sea menos peluda.

—¡Hum! —Leeming fijó la vista en el perro, que se mantenía sobre sus patas traseras apoyando las delanteras en las barras, invitando abiertamente a Harper a que lo sacara de allí para llevarlo a pasear. Frunció el ceño y dijo:

—¿Te das cuenta de que su atención está exclusivamente concentrada en ti y de que a mi no me hace el menor caso?

—Eso es natural. Si yo fuera un perro, preferiría más una persona como yo a una como tú.

—No estoy bromeando —le aseguró Leeming—. Hablo muy en serio.

—¿Por qué?

—Ayer a mediodía inyectamos una dosis de virus a ese animal. Lo hicimos dentro de la jaula, saliendo inmediatamente para esperar los resultados desde esta parte.

—¿Y qué ocurrió?

—Al principio se comportaba normalmente, lamiéndose el lugar donde recibió el pinchazo, paseando incesantemente y mirándonos con reproche, como hacen algunos perros cuando creen que se les ha propinado una patada sin motivo que la justifique. Al cabo de cinco minutos tuvo colapso y sufrió un violento ataque, durante el cual los músculos de su cuerpo se contraían espasmódicamente y tenía espumarajos en la boca y lanzaba apagados lamentos.

—¿Y después de eso?

—Se recobró con sorprendente rapidez. Dio diez veces la vuelta a la jaula, examinándola cuidadosamente, buscando sin lugar a dudas una forma de escapar, al no hallar ninguna, empezó a gruñir a Balir, que era el que se hallaba más cerca. Dio una muestra tal de ferocidad que había que verla para ser creída. Agua o no, no cabe duda de que no es el mismo perro de antes.

—Pues ahora parece muy dócil —señaló Harper.

—Lo sé; y eso es altamente significativo, me parece. Se revolvió con furia increíble contra Balir, y luego contra mí. Durante dos horas demostró una feroz inquina contra todo el mundo que se puso al alcance de su vista. La reacción emocional al verse encerrado ¿verdad?

—Pudiera ser.

—Pero tras ese par de horas cambió de carácter con la misma habilidad con que un actor se cambia de trajes durante los entreactos. El odio se desvaneció. El perro hizo cuanto le fue posible para congraciarse con Balir y lo hizo con tan maña que él empezó a apiadarse del animal. Al saber, o al sentir el efecto, redobló el perro sus esfuerzos para ganar su amistad. Sin embargo, Balir es un

científico. Se negó a dejarse influenciar por sentimientos irracionales; así es que no respondió.

—¿Qué hizo luego el animal?

—Dedicó sus adulaciones a mi persona. Admitiré sin avergonzarme que tuve momentos de debilidad sentimental hacia él… hasta que recordé que mi simpatía podía ser solamente expresada de dos formas… es decir, ponerme a su alcance y acariciarlo, lo que podía ser muy peligroso, o bien dejarlo en libertad; lo que podría ser verdaderamente desastroso. Así es que me mantuve firme.

—¿Es eso todo?

—No. A primeras horas de esta mañana probó todas sus tretas con Jim Calthorpe, que cuida de su alimentación. Calthorpe estaba advertido de que debía hacer uso de la puerta corrediza del medio y mantenerse alejado del alcance del perro a todo trance. Rehusó por lo tanto aceptar sus zalamerías. Ahora parece que te ha llegado el turno. —Leeming miró fijamente al otro y le preguntó—: ¿Qué deduces de su conducta?

—Bastante inteligente —replicó Harper—. Se ha percatado de que su fuga es imposible sin ayuda; su única posibilidad es encontrar a alguien débil de carácter que esté dispuesto a cooperar. Por eso está probando los diversos candidatos a medida que llegan.

—Eso es lo que sospecho. Pero si no estamos equivocados, si sus monerías tienen un propósito preconcebido, ¿no te parece que es algo un poco demasiado inteligente para un perro normal?

—No lo sé; realmente no lo sé. Como te dije antes, no soy un experto en perros. Todo cuanto sé es que hay perros muy inteligentes, capaces de enfrentarse con problemas moderadamente complicados. «Casi humanos» es la descripción convencional apta para ellos.

—Sí, pero él perro excepcionalmente inteligente ha desarrollado su mentalidad casi desde su nacimiento. No la ha adquirido de pronto, como si se le cambiara de collar.

—¿Y bien?

—Este perro era un ejemplar normal, como cualquiera de ellos que te encontraras en la calle. Ahora es más que normal. Ha saltado de I.Q. 60 de perro a I.Q. 100 o más. Esto es algo alarmante en vista de las circunstancias. Señala una conclusión que esperábamos que

tú pudieras confirmar. Vamos a tener muchas dificultades para probarla sin tu ayuda.

—Hay una solución satisfactoria —sugirió Harper—, si hay alguien que tenga el valor de aceptarla.

—¿Cuál es?

—Coge a ese perro, extráele del cuerpo el jugo infernal y pasa a inyectarlo en un ser humano. O, si puedes usar el que tienes en el laboratorio, empléalo en su lugar para ahorrarte tiempo y molestias.

—¡Imposible! —declaró Leeming.

—Preséntame un ser humano al que se le haya inyectado eso y te diré positivamente si has descubierto y aislado o no la causa real del fenómeno.

—¡Increíble! —exclamó Leeming.

—No digas tonterías —reprochóle Harper—. Aunque a ti te parezca increíble, yo he pensado en esa posibilidad.

—Sabes lo que quiero significarte. No podernos someter a un ser humano a tan drástico experimento.

—Es algo tarde para que la ciencia empiece a tener en cuenta consideraciones morales; el tiempo para eso hace ya cincuenta años que pasó. En nuestros días, un trabajito sucio más pasará inadvertido. El público se ha acostumbrado ya a la idea de que todos hemos degenerado en una pandilla de cobayos.

Leeming pasó por alto la manifestación de Harper sin más exteriorización de su reprobación que un funcionamiento de ceño, y luego dijo:

—Todo eso estaría muy bien si pudiéramos conseguir un voluntario. ¿Pero dónde podemos encontrarlo? ¿Te ofrecerías *tú* para ello?

—No, de ningún modo. Y aunque fuera lo suficientemente bobo para someterme, no me lo permitirían. El Tío Sam cree que soy demasiado valioso para echarme a perder. —Tocó con un macizo dedo el pecho de Leeming—. Y sólo este detalle sugiere dónde puedes encontrar tu hombre… es decir, de entre aquellos que no son valiosos, aquellos cuya pérdida no le importaría un bledo a nadie, ni siquiera a ellos mismos.

—¿Qué quieres decir?

—Hay tipos en la celda de la muerte esperando ser colgados, electrocutados o gaseados. Ofrécele a uno de ellos la remota

posibilidad de conseguir la libertad y lo verás saltar de alegría. Dile que lo necesitas para aplicarle una inyección. Si sucumbe... bueno, de todas formas ahora se enfrenta con la muerte. Pero, si puedes curarlo, se le concederá el perdón y será puesto en libertad. Tal vez el Gobierno le destine un empleo como recompensa por sus servicios.

—Yo no tengo autoridad para hacer tan extrajudicial pacto.

—Alguien la tiene; encuentra a ese alguien y tírale de la levita hasta que te escuche.

—Dudo de que haya nadie excepto el Presidente que lo pueda hacer, y aún él tendrá que esforzar su autoridad al límite.

—Muy bien; entonces acude al Presidente. Si tú no le vas detrás, algún otro lo hará... y para un propósito más formidable.

—Mira Wade, el hablar cuesta poco. El actuar el algo completamente diferente. ¿Has tratado alguna vez de verte con los que están encaramados en los más altos puestos del poder?

—Sí.

—¿Hasta dónde llegaste? —le preguntó Leeming con interés.

—Hasta el general Conway, y me trató muy bien. Créeme, es el hombre que interesa. Dile exactamente lo que ha ocurrido aquí lo que te he dicho y lo que tú quieres hacer, dile que lo que precisas para realizar tu ensayo es un hombre y nada menos que un hombre. Exponía el problema sin rodeos y dile que su solución depende exclusivamente de su decisión, que tú se lo dejas en sus manos. ¡Puedes estar seguro de que no perderá el tiempo para solucionarlo!

Harper estudió de nuevo al perro mientras Leeming permanecía pensativo. El can gemía y sacaba las patas por entre los barrotes. Parecía un perro, y nada más. que un perro. Pero esto no era prueba ni en pro ni en contra. También existían monstruosas criaturas que eran igual en apariencia a los seres humanos, pero que no eran personas. La pregunta esencial era: ¿Seguía siendo este animal un simple perro o se había convertido en efecto en un pseudo-perro?

Trató de escuchar en su mente mientras el animal imploraba su atención, pero no oyó nada, absolutamente nada. Un vacío, un completo vacío. Su alcance natural de recepción no era lo bastante amplio para recoger otras emanaciones que no fueran las de su propia especie. Dejó de escuchar y se decidió a tantearle con toda su potencia, meramente, de una forma que hubiera promovido

inmediata reacción en los entes ocultos en cuerpos humanos. No produjo efecto alguno en el perro, que continuó con sus gimoteos, con patente inconsciencia de su exploración mental.

Leeming rompió su silencio diciendo:

—No me gusta y no creo que tenga éxito. Sin embargo, estoy dispuesto a entrevistarme con Conway, siempre y cuando tú vengas conmigo para apoyarme. Puede que a ti te escuche y a mí no me haga caso.

—No lo puedes afirmar hasta que lo hayas probado.

—Vamos a mi oficina —surgirió Leeming—. Primero te pones tú al habla con él y luego veré lo que se puede hacer.

Harper llamó en primer lugar a Jameson y le dijo:

—Estoy en los Laboratorios de Investigaciones Biológicas, como probablemente debe usted saber, puesto que algo tiene que ver con mi venida aquí. Voy a ponerme al habla con el general Conway. El Doctor Leeming quiere sostener una breve conversación con él.

—¿Y por qué me llama a mí? —preguntó Jameson.

—Porque en otra ocasión traté de ponerme en contacto con él, ¿recuerda? Ni Leeming ni yo tenemos la paciencia ni el tiempo para ser llevados de una parte a otra inútilmente por todos los paniaguados de Washington. Es usted quien tiene que decirles que nos comuniquen directamente con él.

—Oiga, Harper…

—¡Cállese! —ordenó Harper—. Ya se ha valido usted bastante de mí. Ahora me toca a mí valerme de usted. Muévase haga lo que le he dicho.

Colgó el aparato de un porrazo, se sentó y se quedó mirándolo hoscamente, resoplando.

Leeming dijo aprensivamente:

—¿Quién es ese Jameson?

—Uno de los grandes del F.B.I.

—¡Y *tú* le hablaste en ese tono?

—Es la primera vez —dijo Harper—, y por lo que sé de él, será también la última.

Sonó el teléfono y una juvenil cara apareció en la pantalla.

—Me llamo Wade Harper —le dijo a la cara—. Quiero hablar con el general Conway y es urgente.

—Un momento, por favor —La cara desapareció y fue sustituida

por otra, más vieja, más austera.

—¿Sobre qué quiere hablar al general Conway? —inquirió el recién llegado.

—¿Qué le importa a usted —demandó Harper rudamente—. Vaya a ver inmediatamente a Conway y entérese de si quiere o no tener una palabras conmigo.

—Temo no poder hacerlo a menos que pueda informarle sobre el asunto que usted… —La cara cesó de hablar, miró a un lado y dijo con prisa—: …Perdone un momento —desapareciendo acto seguido. Volvió unos segundos después, con una expresión asustada—. Un momento, señor Harper. Le vamos a comunicar con él inmediatamente.

Harper sonrió irónicamente a la ahora vacía pantalla mientras la línea pasaba a través de dispositivos intercomunicadores; luego se aclaró y apareció en ella el austero semblante del general Conway.

—¿De qué se trata, señor Harper?

Tras una conocida explicación, Harper pasó el teléfono a Leeming, quien detalló el estado actual del problema, terminando por expresar la necesidad de un ser humano y la esperanza de que Conway pudiera hacer algo al respecto.

—Desapruebo tal táctica —declaró Conway lisa y llanamente.

Leeming enrojeció.

—En este saco, general, no podemos dar un paso adelante. Estamos con las manos atadas.

—¡Tonterías, hombre! Aprecio su deseo y la ingenuidad de lo que sugiere. Pero no puedo perder un valioso tiempo buscando medios legales que permitan valerse de un condenado a muerte, considerando que tal acción sería superflua e innecesaria.

—Hago la petición sólo porque la juzgo necesaria —apuntó Leeming.

—Está equivocado. Se le enviaron cuatro cuerpos de víctimas conocidas. Hoy tenemos dos más disponibles, que pronto recibirá. Debido a la propagación de este peligro, y el número creciente de gente afectada, es indudable que no pasará mucho tiempo antes de que consigamos capturar uno de ellos vivo. ¿Qué más puede usted desear?

Leeming suspiró y persistió pacientemente:

—Una víctima viva significaría una ayuda, pero no sería

concluyente. La prueba más irrebatible de una causa es la demostración de que la misma crea el efecto característico. No puedo demostrar el contagio con la ayuda de un sujeto ya atacado por la enfermedad.

—Tal vez no —convino Conway—. Pero tal sujeto, de naturaleza más comunicativa que la de un perro, puede ser obligado a identificar la causa. No creo que les cueste mucho idear una técnica adecuada para obtener por fuerza lo que podríamos calificar de «autotraición».

—De momento, sólo se me ocurre una forma para conseguir eso —dijo Leeming—. Pero el problema que trae consigo es que probablemente será algo largo y tedioso y que significará un considerable trabajo en la obscuridad.

—¿Qué es ello?

—Suponiendo que este virus sea la causa real... lo que todavía está en tela de juicio... es preciso que busquemos un antígeno efectivo. Nuestro experimento quedará entonces a merced de nuestra capacidad para curar al ejemplar vivo. Si fallamos...

—Es *preciso* encontrar la curación —aseveró Conway—. Hay que encontrarla, sea como sea. La única alternativa es la sistemática exterminación a largo plazo de todas las víctimas en una escala eventual que nadie se atreve a considerar. Verdaderamente, nos podríamos muy bien enfrentar con un problema de una mayoría demasiado grande para ser vencido por una minoría, en cuyo caso esta minoría estaría irremisiblemente condenada, y con ella la humanidad entera.

—¿Y es usted quien cree que la vida de un miserable criminal es un precio demasiado alto para librarnos de esa suerte? —preguntóle astutamente Leeming.

—No creo nada de eso —contradijo Conway—. Si tuviera autoridad para hacerlo, y estuviera convencido de que era nuestra única esperanza, sacrificaría sin vacilar la vida de todos los habitantes de nuestras prisiones. Pero ni detento ese poder ni estoy convencido de la necesidad.

—Déjeme hablarle —le apremió Harper, viendo la mirada de desesperación de Leeming. Cogió el teléfono y miró belicosamente al rostro de la pantalla—. General Conway, ¿dice que ni tiene el poder ni está convencido?

—Correcto —convino Conway.

—Si se consultara al Presidente, puede que pensara de modo diferente. El tiene la necesaria autoridad... y, si no, puede obtenerla. ¿No está usted usurpándole su derecho al tomar una decisión sobre esto?

—¿Usurpándole? —Conway repitió la palabra como si fuera el máximo de los insultos. Se refrenó con visible esfuerzo y dijo con tono de voz de contenida indignación:

—El Presidente no puede trabajar más de veinticuatro horas diarias. Por consiguiente, delega en otros algunos de sus poderes y responsabilidad. Yo estoy ejerciendo ahora una parte de esa autoridad.

—En virtud de la cual tiene usted sus oídos, lo que no ocurre con otros —replicó Harper—. ¿Qué le parecería comunicarle el asunto?

—No.

—Muy bien. Desde este momento ya no le pido que lo haga; le exijo que se lo diga.

—¿Exigirme? —dijo el otro expresando incredulidad.

—Eso es lo que dije: se lo exijo. La negativa a cooperar es un juego en el que pueden intervenir dos. O pasa la proposición de Leeming al Presidente o desde este momento me puede considerar fuera de este fracaso.

—Eso no puede usted hacerlo.

—Sí puedo.

—Sabe muy bien que dependemos de usted para verificar positivamente las identificaciones que se nos presentan. No podemos permitirle que se esté cruzado de brazos contemplando lo que ocurre sin hacer nada para ayudarnos.

—Sí puedo; y lo que es más, lo haré. No es usted el único que puede portarse como una mula.

—¡Esto es ultrajante! —explotó indignado Conway.

—Y también sedicioso —señaló Harper maliciosamente la situación—. Es una descarada traición. Me podría hacer fusilar por esto. Hágalo, y verá lo bien que le sienta. Le sería aún menos útil muerto que mudo.

Conway respiró ruidosamente mientras su rostro mostraba la desesperación y luego dijo:

—Contra mi parecer, llevaré este asunto al Presidente y haré cuanto esté en mi mano para persuadirlo. Le prometo que trataré de que se tomen las medidas necesarias con el menor retraso posible, pero no le ofrezco ninguna garantía de éxito.

—Su palabra me basta —dijo Harper—. Es usted un militar y un caballero. Y aunque tengamos puntos de vista opuestos, ambos trabajamos por el mismo fin, ¿verdad?

Obtuvo como respuesta un gruñido de irritación, dejó el aparato y miró a Leeming.

—Lo hará; es de la clase que mantiene su promesa a todo trance, una vez ha sido forzado a hacerla. —Consultó su reloj—. Antes de que me vaya, quisiera saber una cosa, si tú puedes decírmela.

—¿Qué es?

—¿Cómo se hace epidémica esta progresiva enfermedad? ¿Cómo se transmite de una persona a otra?

—De la misma forma que la adquirió el perro. Aquella joven, Joyce Whittingham, fue inyectada en la parte superior del brazo, presumiblemente con la sangre de una víctima.

—No podemos decir con seguridad que el perro la tiene.

—No, pero sí sabemos que la señorita Whittingham la tenía; y también sabemos que se le aplicó una inyección. Lo mismo ocurrió con otros dos. El cuarto cadáver presentaba un corte cubierto con un trozo de esparadrapo que decía la misma historia. Mi parecer es que sus reacciones fueron las mismas que las del perro… una confusión de unos cuantos minutos, colapso seguido de un breve ataque de furia y un rápido restablecimiento.

—Bien, el hecho de que sólo el contacto no es suficiente para contagiar el mal, es algo bueno —dijo en tono divertido Harper—. Significa que tienen que apoderarse primero del candidato y dominarlo el tiempo suficiente para aplicarle la inyección, ¿verdad?

Leeming asintió con un gesto y prosiguió:

—Si este virus no es la causa real, es sin duda un subproducto; y, si no es la causa real, bien, pues —abrió los brazos expresivamente— no sabemos nada en absoluto de ninguno más.

—¿Me puedes decir algo más sobre él?

—Sí. Se localiza en el cerebro y columna vertebral; estos son los lugares naturales que habita. Creo que el virus va aumentando hasta que inunda el torrente circulatorio, creando con ello la

necesidad de transmitir el excedente, de buscar otro sistema circulatorio que conduzca a otro cerebro y columna vertebral.

—¡Hum! —Harper meditó un momento.

—Si esas suposiciones fueran correctas, ese perro que tienes ahí encerrado podría muy bien crearse su propio libertador y muy necesitado aliado dando una buena dentellada a una pierna descuidada o lamiendo una mano en la que hubiera un insignificante corte. La presencia del virus en la saliva podría abrir las puertas de la libertad y una total conversión de seres humanos.

—Si quieres que te de un consejo —le dijo a Leeming—, será mejor que acabes con este perro antes de que él acabe contigo.

—No te preocupes. Aquí estamos acostumbrados a tratar con estos problemas. No hay aquí nadie que se le acerque, y mucho menos, que lo toque.

—Tú conoces tus propios asuntos, y ya es buena hora de que yo me cuide de los míos. Me vuelvo a casa, otra vez a meterme en la trampa que Conway espera que nos coja a uno de ellos vivo. —Harper soltó una sarcástica carcajada—. Si tengo mala suerte puede que te traigan aquí a un gesticulante cadáver viviente que resulte ser yo mismo.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Leeming mirándole con los ojos muy abiertos.

—No te preocupes. Vamos a ver dónde está mi escolta. Si vuelvo sin los muchachos, se armaría la marimorena.

XV - EL EMISARIO

RAUSCH estaba esperando en la oficina cuando Harper llegó a la mañana siguiente. Dijo:

—Ayer tarde estuvimos esperándole hasta las ocho, creyendo que regresaría aquí. Si sus guardianes no nos hubieran informado de que le había dejado sin novedad en su casa, nos hubiéramos tenido que pasar toda la noche en esta mazmorra.

—Entre una cosa y otra, incluyendo tres altos durante el viaje, llegué demasiado tarde. —Harper colgó el sombrero y se sentó ante su escritorio, cogiendo el correo—. ¿Dónde está Morris? ¿Cómo es que está usted aquí? ¿No estaban preparando una trampa en casa de los Baum?

—Hemos abandonado la esperanza de cazar ninguno allí. La noticia sobre los Baums apareció en las últimas ediciones de ayer, y a pesar de su discreción es más que suficiente para poner sobre aviso a sus compañeros.

—Bien, lo que sí sé es que hay gente que gusta de molestar a los Federales. —Harper rasgó un par de sobres, repasando rápidamente su contenido—. ¿Dónde dijo que había ido Morris?

—No lo dije. Si le satisface enterarse, le diré que ha salido para lo que probablemente va a resultar otra inútil excursión.

—¿Qué quiere decir con eso de «otra»?

—Ayer, mientras estaba usted ausente —explicó Rausch— los muchachos detuvieron a ocho supuestos McDonald. Hubiera sido un trabajo magnífico sí alguno de ellos hubiera resultado ser McDonald; pero ninguno lo era. Hace media hora que Morris salió a toda prisa para echarle un vistazo al número nueve.

—¿Cómo los identifica?

—Muy fácil. Dispone de fotografías, huellas y demás datos.

Tiene lo suficiente para descubrir al verdadero sin la menor sombra de duda. Todavía no le hemos echado el guante a nuestro hombre.

—Me gustaría mucho saber cómo se las arregla para escabullirse —observó Harper—. ¿Ocurrió alguna cosa más de la que yo deba enterarme?

—A mediodía estuvo aquí Riley, su amigo policía y estuvo interesado en saber dónde había ido usted.

—¿Se lo dijo?

—¿Cómo podía hacerlo? No lo sabíamos, y, aún cuando lo hubiéramos sabido, no se lo hubiéramos dicho. No tiene derecho a saberlo.

—¿Indicó el propósito de su visita?

—No. Tuve la impresión de que no tenía otro motivo que el de matar el rato charlando. Dijo que volvería hoy. Estuvo dando vueltas por aquí y se entretuvo también galanteando a su secretaria y luego se marchó.

Harper dejó caer la carta que tenía en las manos, miró fijamente a Rausch y le preguntó:

—Repita eso, lo de mi secretaria.

—Riley estuvo un rato galanteando a su secretaria y luego se marchó.

—¡Nunca! ¡Imposible! No le haría el amor a Moira aunque ella se lo implorase. Por esto yo siempre le tomo el pelo. Está tan sólidamente casado que se hace aburrido.

—Pues lo hizo —afirmó Rausch—. Tal vez esa solidez se esté resquebrajando un poco.

—Ha dicho usted algo interesante —dijo Harper, de cuyo rostro desapareció la tensión a que había estado sometido—. Moira va a llegar aquí dentro de diez minutos. Se lo preguntaré.

—No veo la necesidad, excepto que sienta usted por ella algún interés especial.

—El lazo que nos une está firmemente basado en un mutuo afecto por el negocio —le informó Harper—. Nada más que eso.

—No tengo nada que objetar —dijo Rausch, encogiéndose de hombros. Se introdujo en el taller y se entretuvo contemplando los micromanipuladores y volvió a la oficina cuando llegó Moira.

Harper esperó a que su secretaria se sentara ante la máquina de escribir y entonces la preguntó:

—¿Qué hay entre usted y Riley?

Ella se sobresaltó.

—No comprendo, señor Harper.

—Me han dicho que ese pesado elefante la estuvo haciendo el amor.

—Oh, no, no es cierto. —Se ruborizó un poco—. Estuvo haciéndome un poco de broma; yo sabía que no tenía ninguna mala intención.

—¿Pero nunca se había portado así, verdad?

—No, señor Harper. Pensé que quería matar el tiempo al no encontrarle aquí.

Harper se inclinó hacia delante y la miró escrutadoramente, pero sin explorar su mente.

—¿Trato de citarse con usted?

Ella se asombró y se indigno un poco.

—Ciertamente, no. Me ofreció una entrada de cine que alguien le había dado. Dijo que no podía utilizarla y que me podía quedar con ella.

—¿La aceptó?

—No. Era para ayer noche. Yo tenía ya compromiso y no podía ir.

—¿Se mostró defraudado cuando rehusó la entrada?

—No se lo noté. —Moira desvió su atención hacia el atento Rausch y de nuevo la fijó en Harper, apareciendo en su rostro el desconcierto—. ¿Qué significa todo esto?

—Nada. Estoy tratando de determinar si ayer tarde Riley estaba bebido o sobrio. Es una interesante especulación, porque jamás en mi vida le he visto bebido.

—No es preciso que una persona esté bebida para darse cuenta de mi existencia —replicó ella con acrimonia.

—¡Bien dicho, joven! —aprobó Rausch, poniéndose a su lado—. Ha dado usted en el clavo.

—No se inmiscuya en mis asuntos privados —ordenóle Harper. Cogió una carta y se humedeció los labios—. Olvídelo, Moira. Volvamos al negocio. Tome nota de lo siguiente para la «Clínica Vester»: Podemos servirles inmediatamente agujas con aleación de titanio para el Modelo Catorce, presentadas en juegos de seis. Cotizamos...

Había terminado de dictar y se encontraba en el taller cuando volvió Morris con rostro avinagrado y dijo:

—Cuesta creer el gran número de personas que hay que tienen un superficial, pero pasable, parecido como un hombre buscado por la Ley.

—¿Quiere decir que han cogido a otro falso McDonald?

—Sí. Un vendedor de pinturas suficientemente parecido a él para hacer excusable la detención. Además, tenía mucha prisa, perdió el control de sus nervios y trató de llevarse por delante un puesto de control. Este fue su error.

—Mire —dijo Harper— McDonald se escapó, cargado con su equipaje, y llevaba al menos una hora de delantera. ¿Supone que todavía está en la ciudad?

—No, no lo creo. Estimo que las posibilidades son una contra cien. No sólo no hemos encontrado pista alguna de él, sino tampoco ningún vestigio de los Reeds… o de su coche. Me parece que debieron atravesar el cerco y estarán en los bosques. Pero no dejamos pasar por alto ninguna posibilidad que nos pueda conducir a su aprehensión.

—De acuerdo. Pero ahora le debo indicar algo: si esos tres han escapado, dejaron aquí al menos un contacto.

—¿Cómo lo sabe? —demandó Morris.

—Porque ayer nos cruzamos con uno. Intenté que la caravana le persiguiera, pero se negaron a parar. Habían recibido sus órdenes y las mantuvieron. Esto demuestra que la obediencia ciega puede inutilizar una buena iniciativa.

A Morris no le gustó la observación, pero la pasó por alto y preguntó:

—¿Obtuvo algún detalle de su identidad?

—Ninguno. De haber sido así se lo hubiera dicho ayer noche para ahorrarle tiempo. Podía ser cualquier persona, cualquiera. Lo máximo que puedo hacer es hacerme conjeturas.

—Adelante y expóngalas. Hasta ahora ha dado pocas veces en el blanco.

—Este es un disparo hecho enteramente al azar —le dijo Harper, casi en tono de disculpa—. No me puedo quitar de la cabeza la idea de que el lugar más seguro del mundo para un hombre perseguido es una ciudad en la que todo el mundo está empeñado en la caza de

otro individuo. Se beneficia de la distracción general, ¿comprende? Su factor de seguridad se ve muy aumentado en virtud del evidente hecho de que uno se puede concentrar solamente en una cosa desinteresándose de las demás.

—Prosiga —le apremió Morris, escuchándole atentamente.

—Por lo tanto, si mi presencia en la ciudad hace que sea una zona de irresistible atracción para la oposición, y todo el mundo aquí está empeñado en la persecución de McDonald…

—¡Termine, hombre, termine!

—¡Qué magnífica oportunidad para William Gould! —Exclamó Harper, mirando al otro de hito en hito— ¿Quién le busca a él?

—La totalidad de la nación; usted lo sabe.

—No estoy considerando la totalidad de la nación, pienso sólo en esta ciudad. A diferencia del resto del país, está obsesionada con McDonald de tal modo que Gould podría entrar en su casa para cuidarse de sus niños y usted le pagaría dos dólares dándole encima las gracias.

Rausch indicó:

—Sea correcta o no esta suposición, no aporta nada nuevo. A Gould se le reclama con tanto interés como a McDonald. Creo que no sería contraproducente el que distribuyéramos un recordatorio local puntualizando este detalle.

—No, creo que no —convino Morris—. Vaya a cuidarse de ello.

Morris esperó a que Rausch saliera y volvió su atención hacia Harper.

—¿De dónde sacó usted esas ideas?

—El observador ve la mayor parte del juego. Y, como le dije antes, yo mismo me he visto perseguido, lo que no le ha ocurrido a usted. El que uno trate de ponerse las botas del otro, significa una gran ayuda. Esta es la razón por la que el primero y tal vez uno de los mejores detectives de la historia fue un ex presidiario con un largo historial delictivo.

—¿Quién fue?

—Eugene Francoise Vidocq. —Cesó de hablar cuando su proyector mental efectuó uno de sus periódicos recorridos circulares y encontró algo en el circundante océano de emanaciones. Permaneció callado mientras su mente escuchaba.

Volvía de nuevo.

Harper volvió a su oficina y se sentó en su silla con los músculos en tensión. Metió una mano bajo un brazo para asegurarse de que la pistola estaba dispuesta para entrar en acción.

—Moira —dijo tranquilamente—, hay aquí un paquete destinado a los «Laboratorios Schultz-Masters». Es urgente. Haga el favor de llevarlo en seguida a Correos. Procure que salga por el correo de mediodía. No es necesario que se de prisa en volver. Puede volver después de comer.

—¿Y esta correspondencia, señor Harper?

—Tiene toda la tarde para cuidarse de ella. Váyase en seguida y envíe ese paquete a fin de que si los Schultz-Masters me reclaman por teléfono les pueda dar una respuesta inmediata.

—Muy bien. —Se puso el sombrero, cogió su bolso y recogió el paquete.

Harper se acercó a la ventana y lo vio marchar rápidamente calle abajo en dirección opuesta a la del peligro que se acercaba. Bien, esto la alejaba del peligro de la escena de la probable lucha.

Un par de corpulentos individuos la siguió inmediatamente a unas diez yardas de distancia. Ambos sabían a dónde se dirigía, porque el micrófono colocado en la oficina había informado a Morris, o a quienquiera estuviera escuchando. Pero no la iban a perder de vista y esto no hubiera ocurrido desde que se estableció la trampa. No le disgustó verlos.

No abrió la ventana como hizo cuando se acercó Ambrose Baum.

Esta vez no iba a cometer la torpeza de transmitir una estocada mental que tuviera como resultado que el enemigo con el conocimiento tan ardientemente buscado. No iba a hacer más que escuchar, permitiendo así que la otra mente permaneciera felizmente inconsciente de su abierta situación.

Alejándose de la ventana se dejó caer en su silla y fijó distraídamente la vista en la mesa de Moira mientras escuchaba y aguardaba. Era una rara y muy curiosa experiencia, a pesar de los anteriores y breves encuentros.

Aun cuando dirigía su atención hacia otra parte, Harper podía pensar algo por su propia cuenta. ¿Y si éste no fuera otro que William Gould? ¿Cómo confiaba llegar hasta Harper y marcharse después de realizar lo que se había propuesto hacer?

Era muy improbable que su propósito fuera el de matar, aun a

costa de su propia vida, porque con ello el enemigo ganaría muy poco. Lo que anhelaban obtener a todo trance, era el conocimiento seguro de los medios por los cuales podían ser identificados. El matar al único que podía revelarles este secreto les dejaría en un estado tan peligroso de ignorancia como antes.

Su única táctica racional era la de capturar vivo a Harper y retenerlo el tiempo suficiente para arrancarle la verdad. Una vez lograran apoderarse de él, la persuasión sería simple y efectiva. Tomarían posesión de él exactamente de la misma forma con que se habían posesionado de los otros, tras lo cual encontrarían los datos necesarios registrados en su mente, la que sería de ellos, completamente suya, y que podrían emplear como más les complaciera.

El extraño flujo mental se había hecho ahora mucho más intenso y estaba repleto de breves e irreconocibles escenas como si fueran de un paisaje de pesadilla. Harper apartó un momento de aquella mente mientras exploraba los alrededores en busca de mentes similares. Tal vez hubiera una docena o una veintena de ellas con un plan preconcebido convergiendo hacia él con la intención de vencerlo por el número.

No descubrió ninguna. No pudo detectarlas.

Sin embargo no sondeó ni tampoco avisó a Morris, como estaba previsto. Permanecía con los nervios en tensión, determinando en esta ocasión a hacer las cosas a su gusto.

La otra mente pasaba ahora bajo su ventana, pero Harper no intentó asomarse para echarle un vistazo, ya que, si era visto, podría provocar prematura alarma.

Alcanzó la puerta el enemigo e inmediatamente el flujo mental adquirió caracteres humanos. El visitante se había puesto en contacto con un par de agentes que vigilaban la entrada y se adaptó rápidamente para enfrentarse con una situación humana.

Harper leyó las mentes de los agentes mientras cambiaban unas rápidas palabras con el recién llegado.

Recogió las imágenes mentales de los mismos cuando permitieron el paso al enemigo. Desvió su atención hacia Morris, sentado tranquilamente en un banco del taller, contemplando perezosamente la llegada del otro a la puerta.

Entonces entró el visitante, y Harper dijo de una forma que

expresaba verdadera sorpresa:

—Hola, Riley, ¿qué te trae por aquí?

XVI - MORTAL ENCUENTRO

RILEY se encaminó directamente a la silla de la ausente Moira y se sentó cautelosamente, mirando a Harper y dándole con ello una inconsciente imagen de su mente.

—Se supone que de una forma misteriosa nos conoce en cuanto nos ve. Todos los hechos lo confirman. Pero en este caso no reacciona. Es extraño. Debe haber algún error en alguna parte.

De viva voz, Riley repuso:

—No quiero dejarte de la mano.

—¿Por qué?

—Hay una bolsa con cinco mil dólares de recompensa para quien descubra al asesino de Alderson. El capitán Ledsom no la ha olvidado, a pesar de toda esa batahola sobre tres individuos que nadie sabe lo que han hecho. Yo tampoco la he olvidado. Es una bonita suma.

—¿Así es que abrigas la pretensión de venderme al fin por esa cantidad?

—No. No creo que lo hicieras tú, pero me parece que sabes más de lo que dijiste. Y apuesto a que cuando termine todo este jaleo vas a tener trabajo con ese asunto.

—¿Y bien?

—Puede que necesites mi ayuda o tal vez yo de la tuya. Entre los dos podríamos hacernos con ese dinero.

—Te estás haciendo viejo e interesado, y además un picarote.

—¿Qué quieres decir con esto de picarote?

—Que has estado haciendo el idiota con Moira durante mi ausencia —repuso Harper cuidadosamente, mirando al otro escrutadoramente.

—¡Bah!

—Conquistándola con una entrada de cine.

Esto lo provocó.

El destello de la réplica del pensamiento secreto no duró más de dos segundos, pero fue lo suficientemente detallado para presentar la imagen. Moira disfrutando inocentemente de la trama de la película en la butaca U.17. William Gould, haciendo aparentemente lo mismo en la butaca U.18. Conversación en los entreactos, planteando del acompañamiento a casa… terminando en que Moira dejara para siempre de ser humana.

Gould era joven, atractivo; tenía las suficientes aptitudes para que el plan resultara con éxito; sólo una cita anterior lo había estropeado.

—No podía aprovecharla —dijo Riley—. ¿Qué tenía que hacer con ella? ¿Comérmela?

—Se la podrías haber dado a tu esposa.

Otra réplica mental le confirmó lo que había dado reluctantemente por supuesto. La esposa de Riley había dejado para siempre de ser una esposa. Era una colonia viviente de velludas bolas que tenían apremiante necesidad de desparramarse, porque eran completamente indiferentes al sexo del anfitrión. Esto facilitaba por añadidura otro dato del enemigo… es decir, que una persona no podía ser confiscada mediante la unión sexual con uno de los poseídos. El virus necesitaba una entrada directa desde la sangre invadida al nuevo torrente sanguíneo.

—No le gusta ir sola —dijo Riley—. ¿A qué viene esto, de todos modos? ¿Por qué te interesa saber lo que hace o dónde va Moira por la noche?

Y luego:

—En este súbito interés por Moira hay algo raro. Me huele a chamusquina. No comprendo porqué sospecha. Pero parece que no lo sabe.

—De acuerdo con los Federales, me encuentro amenazado por cierto peligro —informó Harper—. Si es así, Moira lo comparte conmigo por el simple hecho de estar trabajando aquí a mi lado. No quiero que sufra por mi culpa.

Esto tenía el calculado efecto de sosegar la mente del otro. Era bastante parecido a jugar una partida de ajedrez en versión hablada.

A su turno, Riley, apoyándola con una sonrisa, hizo una peligrosa jugada.

—Puede que sea así. Pero yo no soy Gould, McDonald ni tampoco Langley. ¿Por qué me hablas de este modo?

Clavando el él su mirada, Harper contestó:

—Personalmente no tengo nada contra ti. Estoy intranquilo porque no sé quién te dio esa entrada.

La respuesta mental se produjo instantáneamente: *Gould*.

—¿Qué importa eso? —dijo evasivamente Riley—. ¿Cómo iba él a saber que no la utilizaría yo o que se la iba a dar a Moira?

Otra vez un sedante. El cerebro enemigo lo aceptó, porque era admisible.

—Cuanto antes los detengan, mejor para mí —continuó Harper, ofreciendo cebo fresco—. Mira McDonald, por ejemplo. Hace muy poco que correteaba por esta parte. Un buen policía como tú debía ser capaz de descubrirlo.

¡Eureka! La reacción se presentó tan clara como si hubiera sido escrita sobre papel. Gould, McDonald, los Reeds y otros dos entes desconocidos, se hallaban cobijados en la propia casa de Riley, esperando… esperando la llegada de Harper que sería atraído hasta allí por cualquier pretexto que Riley pudiera imaginarse.

Así que éste era el verdadero motivo de la visita.

Riley no lo había sacado a relucir todavía, pero lo haría antes de despedirse.

La inteligencia que animaba ahora el cuerpo de Riley demostró ser lo bastante inteligente como para evitar picar el anzuelo y poner a su vez un cebo de su parte.

—¿Qué te hace pensar que yo deba salir airoso de allí donde un regimiento de policía ha fracasado?

Harper tuvo que reaccionar enérgicamente ante esto.

—Pues porque tú eres un policía local. Ellos vienen de afuera. Tú dispones de fuentes de información de las cuales ellos carecen. Tú conoces los tejes y manejes que se usan por aquí, o los debes conocer, después de tantos años.

No era suficiente respuesta.

—¿Por qué entonces no confiaron en la policía local, en vez de meterse aquí a docenas?

—Y yo qué sé —contestó Harper, encogiéndose de hombros—.

Probablemente se les ocurrió que cuantos más hombres hubieran dedicados a esta misión, mejor y más pronto la podrían resolver.

—Hasta ahora no han conseguido nada con ello, ¿verdad? —preguntó Riley, al parecer un poco sarcástico.

Pero no era sarcasmo; era una invitación a que le hiciera mención de los Baums, y también a que se le diera una respuesta indicativa de cómo habían sido reconocidos por lo que eran.

La mente de Riley trabajaba activamente, empujada por la prisa que tenía el ente que la dominaba. Pero por más que buscaba, no podía encontrar una respuesta en contraste entre su propia inmunidad y la rápida caída de los de su clase.

Por ahora, la única teoría que se acomodaba a las circunstancias era poco satisfactoria... es decir, la de que la amenazadora facultad de Harper funcionaba fortuitamente, o bajo ciertas condiciones no presentes en aquel momento.

Durante los pocos segundos que Riley empleó para considerar estos problemas, Harper pudo encontrar la solución de alguno de los suyos. ¿Cuánto podría sonsacarle a Riley sin delatarse si aprovechara hábilmente las iniciativas del otro?

—No —convino Harper—. Hasta ahora no han ganado nada.

Rehusando aceptar la respuesta de Harper como fin a su pregunta, Riley prosiguió:

—Excepto que han liquidado a un par de hombres apellidados Baum. Hemos recibido un informe rutinario de un policía. No fue un accidente automovilístico, a pesar de lo que diga la versión oficial. Fue el resultado de un encuentro violento en el que tú estabas metido.

Harper permaneció callado, sin ofrecer comentario.

—Tal vez no sea asunto mío —siguió Riley, con la justa medida de persuasiva y resentimiento—, pero si yo supiera cómo y porqué se liquidó a los Baums, quizá pudiera darme un pista que condujera hasta ese McDonald.

—¿Por qué? —preguntó Harper, mirándolo fijamente—. ¿Hay alguna relación?

—Tú sabes que la hay; todo es parte de este condenado asunto.

—¿Quién dice eso?

La mente del otro tuvo un momento de confusionismo, nacido de la súbita necesidad de dar un aire dudoso a lo que sabía era

cierto.

—Bien, ¿no la hay?

—Tal vez sí, tal vez no —dijo Harper con expresión completamente indiferente.

—¡Caramba!, si tú no sabes lo que está ocurriendo, ¿quién lo va a saber?

Harper esquivó la trampa, sintiendo un escalofrío recorrerle el espinazo mientras lo hacía.

—Todo cuanto puedo decirte es que se tenían noticias de que habían trabado amistad con McDonald; por lo tanto se les buscaba para que prestasen declaración. Pero en cuanto fueron avistados, huyeron despavoridos, y una cosa condujo a la otra. —Hizo una pausa y dijo después astutamente como si estuviera desconcertado—: No lo entiendo. No se les acusaba de nada grave... ¿pero por qué huyeron?

En la mente opuesta se desató un tumulto de pensamientos. Le habían hecho la misma pregunta cuya respuesta deseaba ardientemente, como asunto de vida o muerte. El supuesto poseedor del secreto buscaba también la solución.

—¿Por qué huyeron?

—¿Por qué huyeron?

El problema daba vueltas y más vueltas, y persistentemente salía a relucir la misma pregunta... la de que los Baums huyeron porque habían sido reconocidos y se dieron cuenta de cómo habían podido serlo. Por lo tanto el modo de identificación debía ser por propia revelación; los poseídos no podían ser revelados sin sentir el contacto.

No obstante, ahora que se enfrentaba con una prueba real no había reconocimiento, ni situación dramática ni contacto sensible ni nada.

—¿Cuál era la respuesta a esto?

—Como conjetura, hay que dividir los bípedos de este mundo en tipos A y B. El primero es vulnerable porque es identificado por algún método todavía por descubrir. Joyce Whittingham fue de este tipo. De éste también lo eran los Baums y también otros pueden serlo. Pero, por razones incomprensibles, el tipo B es impenetrable al poder de Harper y a cualquiera que pueda compartir ese poder. Por fortuna, da la casualidad de que este cuerpo llamado Riley

pertenece a este último.

Así opinaba la extraña mentalidad que se cobijaba en el cuerpo de Riley mientras Harper escuchaba, dándole gracias a Dios porque aquello había retenido su carácter pseudohumano sin cambiarlo a formas de pensar extraterrestres:

El ente prosiguió:

—Si esta idea es correcta, la salvación no está lejos. Es preciso que descubramos el factor que protege al tipo B y cómo distinguir un tipo del otro. En adelante, debemos apoderarnos solamente de los tipos B. Hay que cuidarse de los que son vulnerables en cuanto llegue la ocasión.

Determinado a sacar lo máximo de su oportunidad mientras durara, Harper continuó:

—Alguien dijo alguna vez que la única diferencia entre los que están en la cárcel y los que están afuera es que los últimos no han sido descubiertos nunca. Posiblemente los hermanos Baum tenían la conciencia sucia y supusieron erróneamente que habían sido descubiertos. Por eso corrieron como conejos.

—Es posible —admitió Riley, mientras sus pensamientos decían:

—No encaja con los hechos. La causa que les hizo huir fue que se dieron cuenta de que habían sido traicionados. Harper sabía lo que eran, pero rehúsa admitirlo. Esto al menos es consecuente con su forma de ser. Siempre mantuvo su poder en secreto. —Una pausa, seguida de —: *Sin embargo, en este momento le falta ese poder. ¿Por qué? ¡Es preciso averiguar la razón!*

—De todas formas, ¿qué necesidad tenemos de hablar? —continuó Harper, aguijoneando al otro para que siguiera hablando —. Esta conversación no conduce a nada, y tengo trabajo que hacer.

—¿No me puedes dar una útil sugerencia con respecto a McDonald?

—No. Vete a buscarlo tú mismo. Si lo atrapas, te cubrirás de gloria. Además, él te puede llevar hasta Gould, a quien se reclama con tanta premura como al otro.

—¿Gould? —dijo Riley, mirando pensativo a un lado—. *¿Saben o sospechan que está en esta ciudad?*

—Y sus contactos —añadió Harper, aprovechando diestramente la ocasión—. Todos, desde hace tres meses.

El resultado fue desalentador. Captó imágenes fragmentarias

fugaces de una veintena de personas sin medios para determinar quiénes eran, o dónde vivían, o qué papel estaban representando en esta lucha por un mundo.

—Cuando tengamos bien cogidos a Gould y McDonald —prosiguió— entonces podremos dedicarnos de nuevo a la caza del asesino de Alderson, e iremos en busca de esos cinco mil dólares que ambicionas.

Estaba actuando magistralmente. La referencia a Alderson provocó la ansiada reacción: un fragmento de memoria centelleó vividamente. McDonald sujetando a Joyce Whittingham mientras Gould hundía la aguja en el brazo de la víctima. Joyce debatiéndose en agonía y gritando. Un patrullero policíaco deteniéndose detrás de ellos. Alderson saltando rápidamente y dirigiéndose hacia el Thunderbug. Langley sacando su pistola y derribándolo antes de que pudiera intervenir. Así es que Langley era el asesino.

¡Ah! Esto trajo consigo algo más de mucho más significado. La totalidad de las fuerzas de la Ley y el Orden del país, incluyendo a Riley, habían sido puestas en estado de alerta para capturar a tres hombres, no dos.

Temerariamente, Harper expuso de pronto la cuestión.

—En cuanto a Langley, nadie tiene ya que preocuparse de él.

Riley no dijo nada vocalmente, pero su mente expresó:

—Naturalmente. Ha sido liquidado.

—¿Quién te lo dijo? —preguntó Harper.

—¿Me dijo qué…?

—Sobre Langley.

—No sé lo que quieres decir; nadie me ha dicho nada referente a él.

—Yo sólo mencioné que Langley fue puesto fuera de combate —recordóle Harper—. No hiciste ninguna observación, ni demostrarte sorpresa. Por lo tanto, di por supuesto que hacía tiempo que lo sabías, aunque no puedo imaginarme cómo te enteraste.

—Estás en un error —contradijo Riley, apresurándose a tapar un pequeño desliz—. Es lo primero que oigo sobre eso. No pudo llegarme ninguna información al respecto.

Había llegado demasiado tarde. Su mente se había retrasado segundos a la agudeza de Harper, y su lengua movido la última. A pesar de los cientos de millas que los separaban, Riley se enteró de

la muerte de Langley en el mismo momento en que ocurrió. La *sintió* con la misma seguridad con que uno puede mirar de noche a través de un valle y percibir cómo una distante luz se apaga súbitamente.

El mismo sentido podía detectar una situación angustiosa emitida por otro de ellos, el equivalente a una llamada de auxilio. Era estrictamente no telepático. Un factor psíquico. En efecto, Riley podía mirar a lo lejos, ver la luz vital emanante de uno de su propia especie, verla titilar en demanda de socorro y verla apagarse. Nada más que eso.

Tal vez fuera la forma esencial de lo que en la Tierra se llamaba instinto gregario. Un extraño recurso protector desarrollado en otro mundo en el cual las condiciones de supervivencia exigían a veces la rápida concentración de los clanes, en donde el individuo solitario tenía que sucumbir.

Por consiguiente, debían tener en alguna parte un enemigo natural.

—¿Qué podía ser? Era un dato precioso, que valía la pena descubrirlo. ¿Pero cómo podía conseguirse? ¿Cómo podía Harper sonsacárselo a una hostil y cautelosa mente, sin denunciarse a sí mismo? ¿Cómo podía uno preguntarle a un venusiano sobre la flora y la fauna de Venus, en tanto quisiera mantener con éxito la pretensión de que lo consideraba como un ser humano nacido en la Tierra?

Humedeciéndose los labios, dijo:

—Langley y algún otro individuo fueron localizados y fue imposible cogerlos vivos porque dispararon como demonios.

Riley arqueó una ceja mostrando falsa sorpresa.

—Todo el mundo sabía que se le buscaba, pero a nadie se le comunicó el motivo. A juzgar por esta reacción, debía ser algo muy grave. ¿A qué viene todo este secreto?

—No me lo preguntes, porque no tengo ni voz ni voto en los centros gubernamentales —contestó Harper contrariado—. Tú bien sabes que a los de arriba les gusta a veces mostrarse misteriosos.

El otro gruñó con desdén.

Y ahora venía la jugada decisiva. Tenía que llevarse a cabo delicadamente, como si se manipulara dinamita. Un error y se produciría una explosión de salvaje agresión, con Morris y los demás cogidos por sorpresa. Gracias a Dios que Moira estaba

ausente.

Con falaz aire meditativo, Harper prosiguió:

—Es posible que a Langley le alcanzaran en la cabeza. Si fue así, no me gusta. Todo el mundo tiene sus temores particulares, y yo tengo el mío.

—¿Cuál es?

—Cuando yo era pequeño, sentía un miedo horrible a los perros negros. Ahora, de mayor, siento un miedo cerval a las enfermedades mentales; temo a los locos. —Hizo una mueca angustiosa, se armó de valor y efectuó la jugada—. ¿Qué es lo que te inspira más miedo?

¡Cielo Santo, lo consiguió! Consiguió un cuadro imaginativo de terror claro y vivido, como sólo un terror de toda la vida puede ser imaginado. Y lo que es más, estaba seguro de que lo había conocido... no por su forma, sino por su brutal naturaleza. Y estaba aquí, en la Tierra, esperando y disponible para ser utilizado. Tenía que apretar los labios fuertemente para impedir que el grito que pugnaba por brotarle de la garganta saliera al exterior.

Levantándose, Riley le miró con ceño y le preguntó, con áspero tono.

—¿Por qué me preguntas eso? —Y su prosiguió diciendo—: *Hace un momento me dijo que hablar por hablar no conduce a nada y que tenía trabajo que hacer. Sin embargo, ha mantenido desde entonces la conversación. Me ha estado incitando repetidamente y yo he tenido que tener cuidado de sus puntadas. Sin embargo, parece quedar satisfecho con respuesta que yo he tenido el cuidado de no darle. ¿Qué puede ser esto?*

La mentalidad enemiga buscaba la razón con la vez mayor alarma. La telepatía quedaba completamente fuera de su experiencia, puesto que en su tierra nativa no existía. Pero cuando una mente es incapaz de resolver un problema basándose en datos que recuerda y se sale de los cauces de experiencia para buscar una solución dentro de la imaginación, todo es posible.

En cualquier momento Riley iba a concebir lo que antes era inconcebible.

Entonces se produciría la erupción.

XVII - EL CAUTIVO

RASCÁNDOSE un brazo con naturalidad, a fin de tener los dedos cerca de la pistola, Harper dijo:

—No sé por qué te lo pregunté. No estoy interesado en lo más mínimo. Si es que te ha molestado mi pregunta, puedes atribuirla a mera curiosidad. He hablado ya demasiado, y tengo que preocuparme del trabajo que me está esperando. Vete y déjame cuidarme de mi negocio.

Falló en su intento de distraer la atención del ene migo dirigiéndola hacia otra dirección.

—Tiene ahí un arma —dijo la mente—. Se la he visto llevar muchas veces. Tiene la mano sobre ella y no puede ocultar su nerviosismo. No se portaría de este modo si no supiera nada. Por lo tanto sabe algo, a pesar de todos los intentos para ocultarlo. —Una pausa y luego—: Vine aquí representando el papel de un viejo amigo. Sin embargo, se dispone a tratarme como lo que en realidad soy.

Con una sonrisa, Harper retiró la mano, que empleó ahora para rascarse la cabeza. Fue un error.

¡Por la Gran Roca Negra de Karsim que este hombre puede leer mis pensamientos!

La mesa dio la vuelta violentamente pegando contra el suelo mientras Harper saltaba sobre ella y hacía presa en la mano que Riley metía en un bolsillo. Algo pequeño, ovalado y metálico había en aquel bolsillo, pero no salió de él.

Dando un fuerte grito en un desconocido lenguaje.

Riley empleó su mano libra para tratar de atracar la otra de la presa que en ella había hecho Harper. Era un hombre vigoroso que había luchado a brazo partido con muchos felones. Tirando hacia sí

con irresistible fuerza, fue cogido desprevenido cuando Harper se dejó arrastrar voluntariamente ayudándole en su intento. La inesperada cooperación le hizo tambalearse sobre sus talones, ocasión que aprovechó Harper para abalanzarse sobre él con toda su potencia.

Juntos cayeron al suelo, quedando Harper en parte encima del otro. Los ojos de Riley flameaban y el rostro estaba rojo de furia mientras luchaba para librarse de su oponente y sacar el objeto del bolsillo. El sujetarlo era como tratar de mantener pegado contra el suelo a un enfurecido tigre.

Un férreo puño alcanzó de lleno la boca de Harper y de los partidos labios empezó a manar la sangre. La vista del rojo líquido originó una horripilante mueca de ansiedad en la expresión de Riley, quien redobló demoníacamente sus esfuerzos para arrancarse al otro de encima, manteniendo mientras tanto fija la mirada en la sangre.

Mientras luchaba denodadamente para mantener su ventajosa posición, Harper recibió de pronto un tremendo rodillazo en el estómago que le hizo expeler el aire de los pulmones y escupir gotas de sangre y entonces aulló con ronca voz y loco de rabia:

—¡No, maldito canalla…! —Soltó la muñeca de Riley y con las dos manos le atenazó la garganta, hundiendo en ella los pulgares.

En aquel preciso momento apareció en el umbral Morris, quien, pistola en mano, gritó:

—¡Alto! ¡He dicho alto!

Riley se levantó con demoníaca fuerza, quitándose a Harper de encima y dándole a la vez una patada dirigida a la cabeza mientras éste rodaba por el suelo, pero falló. Ya erguido, miró a Morris fijamente, mostrando el más absoluto desprecio hacia la pistola. Hizo un movimiento con la mano llevándola hacia el bolsillo, pero fue derribado de pronto antes de que pudiera meterla en el mismo cuando Harper, retorciéndose en el suelo le atenazó por los pies y tirando de ello le hizo perder el equilibrio.

Luchando otra vez con furia inaudita, los cuerpos de ambos se retorcían, se levantaban y caían de nuevo mientras brazos y piernas golpeaban frenéticamente al contrario. Un alto archivador se estremeció bajo su impacto, tambaleó y cayó estrepitosamente hacia adelante y un montón de papeles saltó de sus cajones volando por la

oficina. El teléfono se desprendió de su sostén y cayó al suelo; dos botellas de tinta y otra de pasta se añadieron a la confusión. Los combatientes continuaron debatiéndose fieramente entre el revoltillo.

En el momento en que Morris, apretando firmemente los labios y avanzando hacia ellos se había determinado a terminar la pelea, aparecieron en el umbral Rausch y otros dos agentes. Los cuatro se abalanzaron al unísono contra los contendientes y los separaron, apartando a un lado a Harper y sujetando fuertemente a Riley.

Riley, sudando profusamente y convenientemente sujeto, exclamó con evidente resentimiento mostrando en su indignado rostro:

—Este hombre se ha vuelto loco. Me atacó sin previo aviso y sin ninguna razón; debe haber perdido el juicio.

Fue dicho con un aire tan natural que Morris dudó por un momento si Harper se habría trastocado bajo sus mismas narices y a pesar de todas sus precauciones.

—Regístrenlo y verán lo que tiene en el bolsillo —sugirió Harper. Sentado en el borde de la caída mesa, se enjugaba la sangre de los heridos labios con un pañuelo.

Morris hizo lo que le pedía y le ocupó una granada, empezando a examinarla.

—Un modelo del Ejército, el mismo que empleó Baum. —Miró duramente a Riley—. ¿Una cosa extraña para que la lleve encima un policía, verdad?

—Ya no es un policía —indicó Harper—. Y tampoco es Riley. Llévenlo inmediatamente al Laboratorio de Investigaciones Biológicas; lo necesitan allí con urgencia.

Estas palabras produjeron un súbito frenesí en el prisionero. Estaba sujeto por los brazos, pero las piernas las tenía libres. Pegó una patada a Morris en el vientre, se soltó de un tirón y trató de coger la granada. Morris se dobló hacia adelante encogiéndose de dolor, pero no la soltó. Riley se agarró fuertemente a él, tratando de quitársela, echando espumarajos por la boca, gruñendo y produciendo extraños ruidos sibilantes mientras su rostro adquiría un aspecto aterrador que lo hacía casi absurdo.

Uno de los agentes le golpeó. Riley se balanceó aturdido y sus brazos cayeron inertes. El agente le pegó otra vez,

despiadadamente. Riley se desplomó como un saco vacío; quedó tendido con los ojos cerrados y los labios apretados, respirando con un espantoso gorgoteo.

—No me ando con contemplaciones con los que pegan en el vientre.

Morris se irguió dolorosamente, con el rostro blanco y contraído. Entregó la granada.

—Llévela a algún sitio donde no pueda hacer daño.

—Lo mismo con respecto a su dueño —recordó Harper—. Átenlo lo mejor posible para que no pueda ahogarse con sus propias manos y llévenlo al Laboratorio Biológico.

—¿Es él...?

—Sí, lo es; y es culpa mía. Tenía entrada en esta oficina y le ha costado perder su alma.

—Suponía que usted podía olerlos en cuanto se acercaban —se quejó Morris—. ¿Para qué nos sirve guardarle a usted desde media milla a la redonda si pueden entrar como éste y...

—Yo sabía que venía.

—¿Y por qué no nos lo dijo? Yo estuve escuchando su conversación y pensé que estaban bromeando. Usted le estuvo aguijoneando por una u otra razón, pero en vista de que no daba la alarma, nosotros...

—Mire —dijo Harper firmemente—, no es esta la ocasión para dar explicaciones. Llévenlo inmediatamente al doctor Leeming de los Laboratorios Biológicos. Y tengan mucho cuidado en no dejarle la más mínima posibilidad de que se mate. Le advierto seriamente que si se escapa se matará con cualquier medio que encuentre a mano. *Es preciso* que lo entreguen vivo y en una pieza.

—Muy bien.

Morris hizo una seña a los otros. Levantaron a Riley, que ahora tenía esposas en las muñecas y tobillos, seguía inconsciente y se lo llevaron afuera.

Secándose de nuevo la sangre de los labios. Harper contempló fijamente el desorden de su oficina. Sin embargo, no veía nada de aquello. Se encontraba física y espiritualmente abatido y estaba luchando para vencer su dolor.

Entró entonces Moira diciendo:

—Me dejé aquí todo el dinero y por eso no pude... —Se detuvo,

abrió desmesuradamente los ojos y exclamó asombrada—: ¿Qué ha pasado aquí, señor Harper?

—Tuve un ataque de tos.

Después de levantar el archivador y su mesa y algunas sillas, Harper se sentó y continuó meditando mientras Moira recogía los papeles del suelo. Luego, de repente, se pegó una palmada en la frente y exclamó:

—¡Cuanto más viejo me hago, más tonto soy!

Salió disparado mientras Moira, arrodillada en medio de la oficina, le miraba con la boca abierta..

En la acera de hallaban Morris y Rausch con las manos en los bolsillos contemplando la partida de dos coches-patrulla.

Morris le saludó diciéndole:

—Se lo han llevado. Dentro de poco estará en manos de Leeming. —Luego, con un poco de duda—: Confío en que sepa usted lo que se lleva entre manos. Si nos hemos equivocado en esta ocasión, va a haber bronca seria.

—Todavía no tienen ustedes a la mitad de ellos —dijo Harper con prisa—. Hay unos cuantos ocultos en casa de Riley. Le diré aún más, y es que tengo razones para pensar que en cuanto lo dejaron inconsciente se enteraron de su captura. Puede estar seguro de que levantaron inmediatamente el vuelo; tendrán que moverse con rapidez si es que quieren cogerlos.

—No podemos hacer más de lo que nos es posible —dijo Morris sin mostrarse impresionado ni hacer ningún movimiento.

—Allí se encuentran McDonald y unos cuantos más —apremió Harper, mirando al otro enfurruñado—. Bien, ¿va a ponerse en acción o es que quiere que vaya yo solo?

—Cálmese, hombre —le aconsejó Morris con una leve sonrisa—. Sabemos exactamente dónde vive Riley; ha sido seguido constantemente.

—¿Y bien?

—Cuando nos lo llevamos, el paso lógico que debíamos dar era efectuar una incursión en su casa. Cinco coches con veinte hombres han salido hacia allí. Detendrán a todos cuantos les sea posible. Después, si es necesario, le emplearemos a usted para que los identifique.

—¿De modo que se me han adelantado, eh?

—Esto ocurre a veces —dijo Morris sonriendo de nuevo—. No puede ir siempre usted en vanguardia; nadie lo puede hacer, sea cual sea su rapidez mental.

—Gracias por recordármelo —contestó Harper sonriente.

Regresó a su oficina. Moira la había arreglado un poco y estaba metiendo, en uno de los cajones del archivador el último de los desperdigados papeles cuando entró él. Al verle, cerró de un fuerte golpe el mismo y se lo quedó mirando con esa mirada con que una dolorida madre contempla a un hijo irresponsable.

—Gracias, ángel. Ahora puede irse a comer.

Esperó a que ella se hubo marchado y puso una conferencia a Leeming.

—En estos momentos hay uno vivo en camino hacia ahí, y, si hay suerte, pronto tendrás varios más. No me digas lo que te propones hacer con el primero que vas a recibir. No lo quiero saber.

—¿Y por qué no? —preguntó Leeming, cuyo rostro expresó viva curiosidad en la pantalla—. ¿Es algún conocido tuyo?

—Sí, un muchachote, un policía, una buena persona a quien conozco desde hace años. Odio el pensamiento de verte sometiéndolo a operaciones dolorosas.

—No se le hará ninguna operación; hemos realizado cuanto ha sido necesario con cadáveres. Las víctimas vivas serán empleadas para realizar experimentos de probables vacunas contra el mal.

—¿Qué posibilidades existen de desarrollar una cura satisfactoria? —preguntó Harper.

—Hay un problema mucho más importante —contestó Leeming —. Es decir, el de si podremos encontrar una a tiempo. Podemos tener éxito y, sin embargo, sernos inútil porque el premio a nuestros esfuerzos llegue demasiado tarde.

—Esto no responde a mi pregunta.

—No puedo comprometerme por ahora. No somos los únicos que estamos trabando sobre esto. En una crisis de esta clase el Gobierno acude a todo el mundo, a toda persona o entidad que le pueda echar una mano, incluyendo los laboratorios particulares. Cualquiera puede ser afortunado y descubrir la solución mientras nosotros estemos aún buscándola. Todo cuanto podemos aquí hacer es trabajar sin descanso y rezar.

—Si se logra producir una vacuna efectiva, ¿sería inocua,

verdad?

—¿Qué quieres decir?

—¿No sería acaso la cura poco mejor que la enfermedad?

—¿A dónde diablos vas a parar?

Harper titubeó y continuó:

—Te diré algo. Ese virus no puede pensar por sí mismo, del mismo modo que tú no pueden conducir un coche que en realidad no existe; pero sí puede hacerlo cuando entre en posesión de un cerebro. Y yo sé una cosa que le atormenta. Tiene un miedo mortal al meningococo.

—¿Qué? —dijo Leeming estupefacto.

—Te estoy dado un hecho comprobado en el que debes basarte. Esa extraña pesadilla tiene una pesadilla propia. Ningún ser viviente puede ser invadido por ese virus y estar al mismo tiempo afecto de meningitis cerebro-espinal. Uno de los dos tiene que sucumbir, y es el virus en que sucumbe.

—¿De dónde sacaste eso?

—Por mediación de un víctima, la misma que te levan en estos momentos.

—¿Cómo lo averiguaste?

—Me lo dijo él sin darse cuenta. Mencionó su extraña obsesión y yo te lo comunico porque creo que es un dato precioso para tu trabajo.

Leeming respiraba fuertemente y sus ojos chispeaban de excitación.

—Puede ser, sí, puede ser. Las zonas de infección son las mismas, el cerebro y la columna vertebral. Es fácil comprender lo que esto significa... la lucha por el espacio vital.

—Suponiendo que inyectaras a alguien el microbio que produce la meningitis —prosiguió Harper—, y que ese alguien se librara de la otra enfermedad desconocida... ¿en qué estado le dejaría el tratamiento?

—Eso es algo que todavía tenemos que descubrir —contestó Leeming con sombrío, más determinado rostro.

—Bueno, no me queda más que confiar en ti. Todo cuanto te pido es que no olvides que el primer hombre que te va a servir de ensayo en amigo mío.

Cortó la comunicación, dejó el aparato y se sentó, retorciéndose

los dedos y mirándolos fijamente. Al cabo de un rato metió la cabeza entre las manos y murmuró:

—Tenían que ser Riley y su esposa. ¡Pobre gente!

A últimas horas de la tarde Morris le hizo una seña para alejarlo de Moira, a fin de que ésta no pudiera oír la conversación, y le dijo:

—Cogieron a la señora Riley, a la señora Reed y a dos hombres llamados Farley y Moore. Hemos averiguado que las dos mujeres son hermanas. Farley y Moore eran amigos de los Reeds. Moore mantenía estrechas relaciones comerciales con los hermanos Baum. Ya puede ver el eslabón que los unía y cómo se propaló el mal de uno a otro.

—¿Ofrecieron resistencia?

—Parecían demonios. Cuando llegaron los muchachos a la casa, estaba vacía y la puerta aún se movía. Las ratas habían huido, pero no tuvieron tiempo para perderse de vista. La señora Riley, Farley y Moore fueron atrapados en la calle, a media milla de allí. Fueron necesarios tres hombres para cada uno de ellos a fin de reducirlos a la impotencia. La señora Reed fue localizada en una tienda entre la gente, haciéndose pasar por una compradora. Reaccionó como una gata salvaje. Reed se tiró desde un tejado antes de dejarse prender. McDonald fue cercado en una zona de aparcamiento cuando trataba de robar un coche. Iba armado; vació todo el cargador.

—¿Ha muerto?

—Sí. Lo mismo que Langley y por la misma razón. Fue imposible cogerlo vivo.

—¿Y Gould?

Morris se mostró perplejo.

—¿Qué quiere decir? ¿Por qué pregunta por Gould?

—Estaba en casa de Riley.

—¿Está seguro?

—Absolutamente.

Aceptándolo sin poner reparos, Morris afirmó:

—No vimos el menor rastro de él. Pero le encontraremos. —Meditó un momento y continuó—: Estamos buscando todos los contactos de todo el grupo y en cuanto les echamos la vista encima nos los llevaron sin contemplaciones. El número total puede ascender a cientos. Cualquier persona de la que se sepa que ha estado a una yarda de cualquiera de ellos es detenida para ser

interrogada. Es mejor que esté usted preparado para cuando le llamemos para identificarles.

—De acuerdo.

—Puede que dure semanas, tal vez meses.

—Lo sufriré. —Harper le miraba reflexivamente—. ¿Dijo que cuando llegaron sus hombres la casa estaba desierta?

—Sí.

—¿Quién les dio el soplo para que huyeran?

—Nadie —dijo Morris—. Cuando vieron que Riley no volvía a su debido tiempo se alarmaron y emprendieron la fuga.

—Fue de una forma más segura —declaró Harper—. Fueron avisados.

—¿Por quién?

—Por Riley en persona. Aunque hubiera querido, no lo hubiera podido evitar. Perdió el conocimiento y esto fue lo suficiente para ellos. Huyeron precipitadamente en el mismo momento en que uno de sus agentes le golpeó la cabeza. Ellos supieron instantáneamente que había sido descubierto.

—No lo comprendo —protestó Morris.

—No se preocupe de cómo fue. Lo que le digo es que cada uno de ellos sabe cuándo otro de su clase es puesto fuera de combate.

—¿Ya qué viene esto, de todos modos?

—En los Laboratorios Biológicos tienen un perro que padece la enfermedad. Tengo el presentimiento que a la corta o a la larga ese animal va a pedir ayuda. Es un presentimiento y nada más. ¿Qué le parece si se persuadiera a Jameson para que pusiera una guardia allí?

—Ya están convenientemente protegidos. Usted la debe saber, puesto que estuvo en ellos.

—Es una guardia militar. No está preparada para la clase de problemas con que aquí nos estamos enfrentando.

—Usted hace aquí las identificaciones —dijo Morris—. ¿Quién las hace allí?

—Yo.

—¿Cómo? ¿Desde tanta distancia?

—Me voy allí. Soy un punto constante de interés para el enemigo. Aquel perro es un punto focal para ellos; lo mismo ocurre con todas y cada una de las víctimas que tenemos en nuestro poder.

Pongámoslas todas juntas y crearemos una fuerza de atracción que puede ser irresistible para el enemigo. El deseo de venganza y de rescate puede ser más que suficiente para atraer todo su poder en un mismo sitio. Sería la única posibilidad de destruirlo de un solo golpe.

—Se lo comunicaré a Jameson y le pediré que lo consulte con Conway —dijo Morris—. El plan es digno de ser tenido en cuenta.

—Cuando hable con Jameson dígale que me he puesto en camino, y que no me importa lo que decida.

—No puede hacer eso.

—Ya lo creo. Pruebe de darme órdenes contrarias y verá la que le ocurre. —Le sonrió—. Soy un hombre libre y quiero seguir siéndolo, con o sin el amable permiso de Conway o de cualquier otro individuo.

—Pero Rausch y yo tenemos que estar a su lado —objetó Morris —. Y además nos han destinado a esta trampa, que por ciento funciona muy bien; mire lo que hemos cogido hoy.

—El cebo se traslada a una trampa mucho más grande y mejor —replicó Harper—. Hagan el favor de acompañarme los señores, si es que quieren hacerlo.

Se introdujo en su oficina, cogió su cartera de mano, miró el contenido y dijo a Moira:

—Mantenga el fuerte, expida la producción, presente excusas por mi ausencia y meta en el Banco los beneficios. Papá se va a dar otra vueltecita.

Morris y Rausch se introdujeron en el coche en el momento en que iba a ponerlo en marcha y el primero dijo:

—Tenemos que mantenernos pegados a su chaqueta vaya donde vaya. Su taller sigue custodiado, pero si alguien con aviesas intenciones se mete dentro, no habrá nadie que dé el aviso.

—Lo mismo ocurre con los Laboratorios, que son ahora un blanco más tentador. —Harper puso en marcha en coche, que emprendió veloz carrera—. Y no puedo estar en dos sitios a la vez.

Se deslizaban rápidamente por la calle, seguidos de cerca por otro coche atestado de gente. Su mente recorría los alrededores constantemente. Esta vez, decidió, si notaba algo extraño, no lo dejaría pasar. Iba al volante y llevaría el coche adonde fuese necesario.

Peno no notó nada.

Llegaron a su destino una hora después de que cayera la noche. Morris puso inmediatamente una conferencia a Jameson, comunicándole los últimos acontecimientos. Algún tiempo después, Jameson le llamó para darle la contestación.

—Le han dado carta blanca —informó Morris a Harper—. Conway ha dispuesto medidas especiales para proteger este lugar.

XVIII - EL ASALTO

EL ataque se produjo cuatro días después, cuando ya algunos tenían la secreta creencia de que jamás iba a ocurrir nada.

A mediodía se detuvo un gran coche de aspecto oficial frente a las puertas que defendían la entrada principal. Su conductor iba vestido con la indumentaria de sargento de la Policía Militar y su único pasajero era un hombre de grisácea cabellera y adustas facciones con uniforme de general de cuatro estrellas. El sargento mostró al centinela un pase imponente firmado y ornamentado con un gran sello. El centinela lo estudió lentamente, pero sin hacer movimiento alguno para abrir las puertas. Percibía olor a eucalipto.

—¡Dése prisa! —apremióle el sargento autoritariamente, mientras el general asomaba la cabeza para mirar con un aire de severo reproche.

Aunque nervioso ante la presencia de tal alta graduación, el centinela se tomaba su tiempo. Estos últimos días le habían entrenado muy bien y le habían dado a comprender que las puertas estaban cerradas para el mismo Presidente de la nación, a menos que sonara el timbre de una garita cercana autorizando la entrada.

El timbre no sonó. En la garita, detrás del muro, un agente de guardia presionó un botón. Y en el edificio a un cuarto de milla de allí, un timbrazo atrajo la atención de Harper hacia la puerta principal. Se oyó el apagado sonido del timbre, cesó su conversación con Rausch y presionó otro botón. En la caseta se produjo un estridente ruido y una sirena empezó a gemir sobre el edificio principal.

Asustado, el centinela dejó caer el pase y apuntó con su fusil al sargento. Cuatro agentes salieron precipitadamente de la caseta, armas en ristre. Una docena más aparecieron en la carretera, por

detrás del coche. Una vez más, los posesos mostraron su inhumano desprecio por las balas y muerte súbita. Sin el menor cambio de expresión en él semblante, el sargento lanzó el coche hacia adelante. El centinela disparó dos segundos antes de que el imponente automóvil midiera su pecho. El coche chocó de lleno contra las puertas y estalló.

Las puertas, toda la parte delantera de la garita, el coche, sus ocupantes, el centinela y seis agentes, volaron hechos pedazos. Cuatro agentes más yacían maltrechos y muertos en el suelo. Seis se retorcían ensangrentados junto al muro, heridos, pero vivos.

Dos coches atestados de personas llegaron velozmente por la carretera y se introdujeron en el interior a través de la brecha. Los agentes heridos dispararon contra ellos de pasada, sin resultados visibles.

Ninguno de los dos vehículos llegó a más de veinte yardas detrás de la destrozada entrada, a pesar de su lunática velocidad que desplegaban al entrar. La alarma había sonado demasiado pronto, la preparación del plan era muy buena y la actuación de los defensores demasiado bien organizada.

El coche de vanguardia vio su paso obstruido por un tanque de ochenta toneladas que escupía fuego desde tres aspilleras, rociando el blanco a razón de dos mil balas por minuto. El vehículo quedó convertido en un informe montón de chatarra destrozada, cristales rotos y sangre. Nada se movía dentro de él. El otro se detuvo justamente en la parte interior del muro y de su interior salieron rápidamente ocho hombres que es desplegaron en abanico corriendo hacia dentro en un ángulo fuera del arco de fuego. Haciendo caso omiso de ellos, el tanque pulverizó su coche.

Desde el fondo empezó a sonar un ruido sordo y entrecortado y de pronto surgieron del suelo a poca distancia más adelante de los ocho invasores densas columnas de humo. Aquello no les hizo detener o aminorar la marcha. Atravesaron enloquecidos la cortina de humo, avanzaron otras veinte yardas y cayeron, uno tras otro.

Un par de ellos se desplomaron empuñando granadas con manos que se fueron abriendo al paso que el vapor obligaba a sus mentes a caer en la inconsciencia. Libres los seguros accionaron los fulminantes y se produjeron dos pequeñas explosiones de humo polvo y sangre.

Hombres cubiertos con caretas antigás recogieron a los otros seis mientras el tanque avanzaba pesadamente y obstruía con su mole la destrozada entrada. Gritos y disparos sonaban desde la otra parte de los terrenos, en donde seis hombres habían derribado a dos centinelas de los Laboratorios, saltando el muro, sólo para ser inmediatamente cazados. Era una táctica desesperada, cuyo éxito había dependido de que se lograra la suficiente diversión en la puerta principal.

Cinco minutos después del fin de la batalla, un convoy de coches blindados rodeó la zona en una extensión de cincuenta millas a la redonda, siendo Harper uno de los pasajeros del primero de ellos. Pasaron dos horas hasta que localizó al último de los asaltantes.

—¡Allí! —dijo, señalando hacia una granja abandonada.

Le tuvieron alejado de la zona de peligro mientras se efectuaba el ataque. Mataron a tres y capturaron gravemente heridos a dos más.

Al amanecer la búsqueda había quedado terminada. Harper llegó con los ojos enrojecidos, la cabellera desordenada y harto.

—Gould estaba en el primer coche —le informó Morris.

—¿Muerto?

—Todos muertos; nueve en total. El tanque hizo un buen trabajo. —Se encogió de hombros y añadió—: Ahora tenemos por delante la misión de identificar a todos, incluyendo aquellos cuyos cuerpos quedaron pulverizados. Después de esto tendremos que descubrir todos sus contactos para que usted los identifique. Veo que este asunto va a durar toda la vida.

Leeming entró en la habitación. Estaba pálido y abatido por el cansancio. Dijo a Harper:

—Quisiera que vinieran conmigo a echar un vistazo.

Conduciendo a Harper a través de una serie de pasillos fuertemente protegidos por guardias armados, llegó frente a una serie de celdas con puertas provistas de fieros garrotes de acero ye señaló a una de ellas.

—¿Qué me dices? —preguntó con voz que denotaba mortal ansiedad.

Harper miró al interior. Dentro, vestido sólo con pantalones y calcetines, Riley aparecía inmóvil sobre el borde de la cama. Sus ojos carecían de brillo, pero su rolliza cara contenía una expresión

de infantil alegría.

—¿Y bien? —apremióle Leeming—. ¿Ha sido vencido el virus?

—Sí. —Lo dijo sin tono de triunfo y el otro lo oyó sin gozo.

—¿Estás completamente seguro de que ha sido inactivado para siempre dentro de su sistema?

—Sí.

Leeming vaciló y dijo solemnemente:

—Le di lo que tú dijiste él más temía. Teníamos que probarlo. No podíamos esperar una vacuna. Lo primero es lo primero... y la Humanidad es primero que el individuo. Por eso llamé a Gottlieb y Mathers del Departamento de Guerra Bacteriológica y lo probamos.

Harper no hizo comentario alguno.

—Ha demostrado ser la curación —prosiguió Leeming—. Físicamente, no presenta efectos dañinos. No existen síntomas de meningitis. Sin embargo, ha pagado un precio: Sé cuál es, pero quiero que tú me lo confirmes. —Miró a Harper como si esperara la única posibilidad entre mil de que se había equivocado—. ¿Cuál es el precio?

—Imbecilidad —dijo Harper.

—Odio oírtelo decir. —Leeming se sumió en profundo silencio, degustando la amargura de la victoria y luego dijo con decaída esperanza—: Hay otro en la siguiente celda. Un hombre llamado Moore.

Harper se fue a la otra celda, miró al interior y declaró:

—Lo mismo. —Entonces algo en su interior se desató y gruñó—: Estarían mejor muertos. ¿Me oyes? Tienen los sesos deshechos y estarían mejor muertos que así.

—*Están muertos* —dijo Leeming, a la defensiva—. Estaban muertos cuando me los trajiste. No puedo restaurar un espíritu ya perdido; no puedo restituir un alma expulsada de su cuerpo. La Ciencia tiene sus límites. Cuando llegue tan lejos, dejará de ser Ciencia. Lo máximo que podemos hacer es defender la comunidad destruyendo una fuente de infección. Y esto lo hemos conseguido.

—Lo sé, lo sé. No creas que te censuro, ni a ti ni a ningún otro. —Dio unas palmaditas en el hombro de Leeming como para reconfortarle—. Y no te reproches nada a ti mismo. Es algo innato en mí el hábito de lamentar las cosas malas de este mundo, aun cuando sean inalterables.

—Se hará todo cuanto pueda ser hecho —aseguro Leeming, irguiéndose ligeramente—. Estamos dando a todos ellos el mismo tratamiento porque al menos es rápido y seguro. Después, se ocuparán de ellos algunos de los mejores médicos de la nación. Esto no es de mi incumbencia, pero no diría que están perdidos para siempre. Tal vez otros los puedan volver a la normalidad.

—Jamás —aseveró Harper—. Un campo de batalla es un terreno estéril lleno de cráteres, escombros y hedor a descomposición. Así es como están sus cerebros.

Se marchó, retorciéndose los dedos mientras se alejaba.

Pasaron dos años antes de que los últimos ecos de la batalla desaparecieran. Fue cuando le llamaron para que inspeccionara y diera su opinión sobre un grupo de asustadas personas localizadas y detenidas en alejados rincones del país. Eran los últimos contactos restantes con cualquiera de los posesos. Ninguna de ellas estaba sometida al dominio de otro mundo.

Durante aquel largo tiempo Harper había inspeccionado a más de ocho mil sospechosos, muchos de ellos devueltos de allende los mares mediante la cooperación de Gobiernos avisados y temerosos. Durante la primera semana había descubierto a cuatro hombres que no eran hombres, y durante la segunda a una mujer que no era mujer. Después de aquello, no habían habido más. El mundo se había librado de la sepsis mental.

La perdida nave espacial había sido hallada hundida en las profundidades del mar, más allá de Puget Sound, y los equipos de recuperación continuaban trabajando para extraerla a piezas. Los científicos luchaban incansablemente para conseguir medios efectivos de protección para una segunda expedición a Venus y buscando un arma efectiva con la cual poder libertar a los Wends, una raza de criaturas parecidas a monos, ágil e inteligente, dotada del don de la palabra.

—¿*Var Silvin, Wend*?

Pero no habían unas manos gruesas que abrieran de su porrazo su puerta ni nadie que apartara bruscamente los papeles de su mesa para poder sentarse, ni tampoco nadie que reclamara parte de su tiempo para emplearlo en un intercambio de insultos. Riley estaba lejos, en una gran casa en medio del campo, cuidando del jardín, realizando pequeños trabajos, sonriendo a los traviesos pajarillos y

dejándose llevar suavemente a su dormitorio cuando llegaba la hora de dormir. Como todos los demás, un niño. Jamás sería diferente. Nunca, nunca. Jamás.

Por lo que atañía a Harper personalmente, la secuela de la batalla permanecería con él toda su vida. No solamente en su memoria, sino también en circunstancias inmediatas.

Por ejemplo, su negocio había ido progresando a medida que amplificaba el número de sus fabricados. Trabajaban ahora en su fábrica cuarenta hombres. Uno de ellos, Weis, no era solamente un experto empleado, sino también un espía del Gobierno. El ojo de Conway. Lo podría cegar sólo con despedirlo... solamente para ser vigilado por otro. No había forma de eludir el constante espionaje.

Su correo era intervenido. Muchas veces sospechaba que su línea telefónica estaba controlada. Siempre que hacía un viaje con coche o avión, era seguido. Morris o Rausch le visitaban mensualmente para charlar un rato con él de cosas sin importancia, recordándole con su presencia que la memoria de la autoridad es larga e inexorable.

Sí, le temían... pero temían más aún otras cosas.

Transcurrieron otros treinta meses, totalizando cuatro años y medio. Entonces se produjo el milagro. Era increíble, pero era cierto.

Estaba a punto de meterse en su coche cuando captó un breve destello de pensamiento extraño. Lo sintió como si hubiera sido un golpe físico. La dirección, y distancia se manifestaron automáticamente en su mente: desde el Sur, a unas cuatro millas. Una distancia mucho más allá de su receptividad normal. Permaneció con temblorosa mano apoyada en la puerta del coche, escuchando otra vez, buscando su dirección. Ahora volvía. No era extraña; le había parecido así porque era algo nuevo, algo que jamás antes había experimentado. Tenía aquella sensación fuerza y claridad tan diferentes de otros flujos mentales como si comparara al vino de Champaña con el agua.

Tanteó aquel pensamiento e inmediatamente recibió la respuesta con fuerza igual a la suya. Se introdujo en el coche y se quedó sentado, temblando emocionado. Su mente estaba llena de excitados pensamientos y notaba como si tuviera mariposas en el estómago mientras miraba fijamente a través del parabrisas como si

estuviera soñando despierto. Finalmente, se dirigió hacia un gran restaurante y pidió le sirvieran la cena.

Ella estaba sentada sola en la parte opuesta del salón. Una rubia de sonrosado rostro, llenita, de unos treinta y cinco años. Tenía pecas en la cara y una nariz respingona. En ningún momento miró ella hacia donde él estaba; ni tampoco él se fijó en ella al marcharse.

Después de aquello se encontraron con frecuencia, sin acercarse nunca uno al otro ni cambiar una palabra verbal. A veces él comía en un sitio mientras ella tomaba café en otro, a media milla de distancia. Otras veces, él reflexionaba abstraídamente en su oficina mientras ella se volvía pensativa en una tienda lejana. Asistían a las mismas sesiones de cine, él en una parte del local y ella en otra, y nunca veían mucho de las películas.

Esperaban, esperaban a que las circunstancias variaran con suficiente naturalidad para engañar a los vigilantes. La oportunidad se estaba acercando; ambos lo sabían. Moira llevaba un anillo con un diamante.

A su debido tiempo, Moira se despidió entre enhorabuenas y un regalo de boda. Veinte muchachas se presentaron como candidatas para ocupar su vacante. Harper se entrevistó con todas ellas, tratándolas con la misma consideración, haciéndolas las mismas preguntas, no demostrando visible favoritismo con ninguna de ellas.

Eligió a Frances, una rubia sonrosada, llenita y con nariz respingona.

Diez días después llegó Morris en su periódica visita, miró a la nueva empleada, le regaló una agradable sonrisa, definiéndola como bonita, y nada más. Empezó su charla mientras Harper miraba soñadoramente a un punto detrás de sus espaldas.

—Por quincuagésima vez, ¿te quieres casar conmigo?

—Por quincuagésima vez, sí. Pero debes tener paciencia. Llegaremos a eso gradualmente.

—Así es que este individuo mostró al director un puñado de documentos certificando que era un inspector de Bancos oficial —continuó Morris—. El director se dejó engañar y… —Hizo una pausa y añadió con voz muy alta—: ¡Eh! ¿Me oye?

—Naturalmente. Prosiga. Apenas puedo esperar el desenlace final.

—No quiero ser paciente. No quiero esperar. Quiero casarme en seguida.

—Tú lo sabes muy bien. Debemos tener cuidado.

—Quiero hijos que sean igual que nosotros.

—¡Espera!

Ella metió papel en su máquina de escribir, lo ajustó, se sonrrojó y sonrió.

—Esta fue su caída —terminó Morris, completamente inocente de la muda conversación—. Así es como se encadenó para toda su vida.

—¿No lo hacemos todos? —dijo Harper, ocultando su felicidad.

FIN